

A man and a woman in historical Scottish attire are shown in profile, looking at each other. The woman is on the left, wearing a dark dress with a brown belt. The man is on the right, wearing a white shirt, a dark vest, and a red and black plaid kilt. They are standing in a room with large windows in the background, through which a bright sunset or sunrise is visible. The text "MI HIGHLANDER DEL PASADO III" is overlaid in the center in a white, serif font with a black outline.

MI HIGHLANDER DEL PASADO III

Eterno en el tiempo

Penélope Ember

MI
HIGHLANDER
DEL PASADO
III

Eterno en el tiempo

Penélope Ember

Capítulo 1

El frío viento de la noche azota mi rostro curtido por la batalla. Mis ropas, empapadas de sudor y sangre, se adhieren a mi piel como una segunda capa, un recordatorio constante de la lucha por la vida que acabo de librar. He escapado del territorio de los MacGregor con vida, aunque por los pelos. Cada paso que doy lo hago con la agonizante certeza de que la muerte me acecha a cada esquina.

Me están buscando. Saben que soy el traidor, el que facilitó la fuga de mi hermano Ewan y su amada Anna. No fue una decisión difícil, en realidad. No podía permitir que los MacGregor les arrebataran la vida.

No he tenido tiempo ni siquiera de pisar el umbral de mi propio hogar. Mi única prioridad era poner a salvo a mi esposa, y lo he conseguido. Ella ya está en Francia, lejos del peligro, donde podrá rehacer su vida sin la sombra de la tragedia que nos persigue. Ahora, yo soy el que está en la mira, un fugitivo acorralado por la furia del clan enemigo.

Necesito esconderme, al menos hasta que las aguas se calmen y pueda encontrar una forma de explicar lo que ha sucedido. Pero, ¿cómo hacerlo? Las palabras se atascan en mi garganta, incapaces de articular la verdad que me condenará.

La imagen de Ewan y Anna desapareciendo ante mis ojos, desvaneciéndose en el aire como si nunca hubieran existido, me persigue como una pesadilla recurrente. No puedo comprender cómo lo hicieron. Viajar en el tiempo, hacia el futuro... Es una locura, una idea que desafía la lógica y la razón. Lo único que me queda de ellos es el anillo de mi madre, el mismo que Ewan llevaba puesto cuando desapareció. Lo guardo conmigo como un talismán, un último vestigio de la conexión que alguna vez tuvimos. De que son reales.

No me entristece que se hayan marchado. Era la única manera de que pudieran salvarse. Estaban condenados en este tiempo, atrapados en una espiral de violencia y odio de la que no podían escapar. Los MacGregor no habrían mostrado piedad. Habrían torturado a Ewan hasta la muerte, y luego la habrían ejecutado a ella. A Anna. No podía permitir que eso sucediera. Su viaje al futuro era su única esperanza de supervivencia.

Ewan siempre fue un espíritu libre, un aventurero que buscaba su propio destino. Anna, con su dulzura y valentía, era la mujer perfecta para él. Juntos, estaban destinados a vivir una vida extraordinaria, lejos de las rencillas y las guerras que plagan nuestra vida aquí.

Su viaje al futuro les brinda la oportunidad de comenzar una nueva vida, libre de las ataduras del pasado. Los voy a extrañar, sobre todo ahora que me encuentro solo en este mundo hostil, pero también sé que están a salvo. Su recuerdo me dará la fuerza para seguir adelante.

Me refugio en una pequeña aldea abandonada en las montañas. Las casas de piedra, otrora hogar de familias felices, ahora se encuentran en ruinas, sus techos derrumbados y sus ventanas vacías como ojos sin vida. Es un lugar desolado, impregnado de una tristeza palpable, pero también seguro. Nadie me encontrará aquí.

Paso los días cazando y recolectando comida, buscando refugio de los elementos. Por la noche, me acurruco junto a un fuego moribundo, el único calor que reconforta mi alma atormentada. Mis pensamientos vagan sin rumbo, repasando una y otra vez los acontecimientos que me han llevado a este punto de no retorno. Me paso el anillo entre los dedos, sintiendo su fría superficie.

Los días se convierten en semanas, y las semanas en meses. Me encuentro recluso en la aldea

abandonada, un ermitaño acorralado por la soledad. El frío cala hasta mis huesos, y el hambre aprieta mi estómago con ferocidad.

La imagen de Ewan y Anna desapareciendo ante mis ojos se ha convertido en una obsesión, un fantasma que me persigue día y noche. Y, en mis últimos sueños, veo también el rostro de una mujer de cabello dorado como el sol y ojos verdes como la piedra del anillo. Su mirada me penetra, me llena de una mezcla de anhelo y terror. No sé quién es ella, pero su presencia en mis sueños me atormenta. ¿Estaré perdiendo la cabeza? ¿Será una cruel ilusión creada por mi mente torturada?

Un día, mientras observo el horizonte desde la cima de una colina, una oleada de determinación me invade. No puedo seguir así. Nada bueno me espera en Edimburgo. Los MacGregor no descansarán hasta encontrarme, y Escocia ya no es un lugar seguro para mí.

Es hora de partir, de emprender un viaje de ida sin retorno. Un viaje que me alejará de las sombras del pasado y me llevará hacia un nuevo destino, aunque con el corazón roto por tener que abandonar mi hogar.

El frío cala hasta mis huesos mientras camino hacia el puerto, un viento gélido que me corta la respiración y me recuerda la cruda realidad que me espera. El aire huele a sal y a brea, un aroma familiar que me evoca recuerdos de mi infancia junto al mar, de días despreocupados y juegos en la arena.

Miro hacia atrás por última vez a la ciudad de Edimburgo, que se alza majestuosa en la distancia, sus torres y murallas se perfilan como sombras fantasmales contra el cielo grisáceo. Un nudo de tristeza se forma en mi garganta al recordar todo lo que he perdido: mi hogar, mi familia.

Llego al puerto y me acerco al barco que me llevará al otro lado del océano. Un gigante de madera que surca las olas con la fuerza de mil caballos, un símbolo de esperanza para aquellos que buscan un nuevo comienzo. Los marineros me miran con recelo, sus ojos desconfiados me examinan de arriba abajo, pero no hacen ningún comentario.

Me he cortado el pelo, deshaciéndome de mi característica cabellera pelirroja que tanto me destaca. En mi familia, Ewan y yo somos los únicos con este color de cabello, una peculiaridad que nos ha hecho conocidos en todo el clan MacLeod. No quiero llamar la atención, no quiero que nadie me reconozca.

Intercambio escasas palabras con el capitán, un hombre curtido por el mar y marcado por las cicatrices de mil batallas. Me ofrece un trato: un pasaje a cambio de una bolsa generosa de monedas. Acepto sin dudarlo, mi futuro depende de llegar a las Américas, a esa tierra prometida donde podré empezar de nuevo y dejar atrás los fantasmas del pasado.

Subo a bordo y busco un lugar tranquilo en la cubierta, lejos de las miradas indiscretas y los susurros de los marineros. Me siento en un viejo barril de madera y cierro los ojos, tratando de calmar mis pensamientos que se arremolinan en mi mente como una tormenta.

De repente, una quemazón intensa me recorre el bolsillo. Me sobresalto y saco la mano, encontrándome con el anillo de mi madre. Está ardiendo, no con fuego, sino con una energía extraña y pulsante que emana de su interior. Lo miro con sorpresa, sin comprender lo que está sucediendo.

Un recuerdo me invade como una ola gigante, un recuerdo que me transporta a la noche fatídica en la que Ewan y Anna se desvanecieron en el aire, dejando atrás solo esta joya como única evidencia de su desaparición. Un escalofrío recorre mi cuerpo, una mezcla de miedo y esperanza. ¿Es posible...? ¿Podría viajar, tal como lo hicieron ellos?

Toda lógica me dice que es una locura, que no puedo creer en tales fantasías. Pero yo mismo

presenció cómo ocurrió, lo vi con mis propios ojos. El anillo parece llamarme, una fuerza invisible me atrae hacia él. Mis pensamientos se quedan en blanco de repente, como si los hubieran borrado de mi mente.

Sin pensarlo dos veces, me lo pongo en el dedo meñique. En ese instante, una sacudida violenta me recorre el cuerpo, una corriente eléctrica que me atraviesa de pies a cabeza. La oscuridad me envuelve de repente, una oscuridad impenetrable que me traga como un abismo sin fondo.

Capítulo 2

Un zarandeo brusco me despierta de mi aturdimiento. Abro los ojos a duras penas, la luz me molesta y la cabeza me martillea con un dolor punzante. Un hombre me mira con insistencia, su rostro curtido por el tiempo y sus ojos llenos de curiosidad. Su ropa es de un color amarillo que jamás he visto antes, un tono extraño y brillante que me recuerda a las flores silvestres que crecen en las montañas.

—No puede dormir aquí —me dice con voz firme. Luego me mira de arriba a abajo con una extraña expresión— ¿Tiene a donde ir?

Asiento con la cabeza por inercia, todavía desorientado y confuso. El sol apenas se asoma por el horizonte, tiñendo el cielo de un naranja pálido que anuncia el comienzo de un nuevo día.

Me levanto con torpeza, las piernas entumecidas y el estómago revuelto por las náuseas. Salgo del puerto a tientas, aún sin poder enfocar la vista. Un mareo me invade y me obligo a apoyarme en una pared de piedra para no caer.

En ese momento, lo noto. Algo no está bien. La ciudad de Edimburgo que me rodea ha cambiado. Los edificios son más altos, de una arquitectura moderna que jamás he visto antes, y las calles están llenas de gente vestida con ropa que jamás he visto antes. Unos vehículos extraños circulan por las calles sin caballos, impulsados por una fuerza invisible que desconozco. Por un momento recuerdo la explicación de Anna, cuando le pregunté lo que era un taxi. Debía de referirse a esto.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Significa eso que he viajado en el tiempo? ¿Es posible que el anillo de mi madre me haya transportado al futuro? La idea parece descabellada, pero la evidencia ante mis ojos es innegable.

Con paso lento y vacilante, me dirijo hacia el corazón de la ciudad. Reconozco algunos edificios, como el castillo y la catedral, pero todo lo demás ha cambiado. Las calles son más anchas, llenas de un bullicio que me aturde, y los edificios más altos se elevan hacia el cielo como gigantes de metal y cristal. La gente se mueve con una prisa que me desconcierta, sus rostros serios y sus ojos perdidos en pantallas brillantes que llevan en sus manos.

Me siento como un extraño en mi propia tierra, un hombre fuera de su tiempo. La nostalgia me invade al recordar mi pasado, mi vida en las Highlands. Pero también siento una extraña emoción, una mezcla de miedo y curiosidad por este nuevo mundo que se abre ante mí. Debo encontrar a mi hermano, él me ayudará a entender este lugar extraño y a encontrar mi lugar en él.

Deambulo por las calles de Edimburgo, preguntando por Ewan a todos aquellos que me encuentro. La gente parece tener mucha prisa, apenas se detiene a escucharme y los pocos que lo hacen no pueden ayudarme.

La frustración crece dentro de mí como una mala hierba. No puedo creer que haya viajado en el tiempo y que ahora no pueda encontrar a mi hermano. ¿Dónde puedo buscarlo? ¿En qué lugar de este laberinto de acero y cristal se ha escondido Ewan?

De repente, un sonido estridente me sobresalta. Uno de esos carruajes sin caballos se detiene justo delante de mí, bloqueando mi camino. Instintivamente, llevo la mano a la empuñadura de mi espada, que descansa en mi cinturón.

El extraño carro se abre por un lado y una voz sonora de mujer me grita:

—¿Estás loco?! ¿Acaso estás intentado que te atropelle? ¡Quítate del medio!

Me quedo petrificado. No puedo creer lo que veo. Sus ojos verdes me miran con una mezcla

de ira y confusión, y su cabello rubio, recogido en un peinado desordenado que le da un toque de rebeldía, brilla con la luz del sol. Es ella. Es la mujer con la que llevo soñando desde hace meses.

—¿Estás sordo, tío? ¡Muévete! —me exclama enfurecida antes de meterse en el vehículo y cerrar con un portazo.

Su voz, como un trueno en una tormenta de verano, me devuelve a la realidad. Reacciono, corro hacia ella y me aferro a la pequeña ventana del carruaje. Ella se aparta un poco, su rostro convertido en una máscara de desprecio, y me fulmina con una mirada que podría hacer arder la ciudad entera.

—Espera —le pido, pero las palabras se atascan en mi garganta.

¿Qué debería decirle? ¿Hola, te he visto en mis sueños y creo que significa algo? Por cierto, soy un viajero del tiempo, vengo del pasado. Tal vez en esta época no sea muy popular la quema de brujas, pero estoy seguro de que tampoco me creería.

Finalmente, ella gruñe y el vehículo se aleja, obligándome a soltarlo y verla partir. Desaparece entre la multitud, dejando un vacío en mi corazón y una pregunta en mi mente. ¿Era ella real o solo una ilusión producto de mi desesperación? Sea como sea, debo concentrarme.

Sigo caminando por las calles de Edimburgo, preguntando por Ewan y Anna a todos aquellos que me encuentro. Pero nadie parece conocerlos. Es como si se hubieran evaporado en el aire. ¿Cómo puede ser que nadie los conozca? Todo el mundo conoce a los MacLeod. Esto es de lo más extraño.

La frustración y el cansancio me agobian. Necesito un trago urgentemente, eso sí que puedo hacerlo. No he comido nada desde que llegué a esta extraña época y mi estómago ruge con hambre. He visto muchas tabernas durante mi paseo, y ya es de noche cuando decido entrar a la primera que veo.

La taberna está llena de gente, un murmullo constante de voces y risas que llena el aire. Algunos beben en silencio, observando con atención a los jugadores de cartas que disputan partidas acaloradas en las mesas cercanas. Otros conversan animadamente, compartiendo historias y noticias con sus compañeros. En una esquina, un grupo de jóvenes se amontona alrededor de una pantalla gigante, sus rostros iluminados por la luz azul que emana de ella, mientras observan con fascinación imágenes que se mueven y cambian a un ritmo vertiginoso. Intento no parecer demasiado asombrado y me siento en una mesa vacía en un rincón, observando el bullicio que me rodea.

De repente, una voz me saca de mis pensamientos.

—¿Qué desea tomar? —me pregunta la voz aburrida de una mujer.

Me giro hacia ella y mis ojos se abren como platos. Es la mujer del carruaje, la rubia de ojos verdes que me fulminó con la mirada hace unas horas. Su rostro, enmarcado por mechones rebeldes, es tan hermoso como peligroso, y sus ojos me miran con una mezcla de ira y confusión.

—¿Tú otra vez? —exclama ella— No me estarás acosando, ¿verdad? Tengo bate detrás de la barra y no dudaré en utilizarlo como te atrevas a...

—No quise molestarla antes —me veo obligado a interrumpirla antes de que me lance una jarra a la cabeza—. Me... recordó a alguien, la confundí. Eso es todo. Espero que podamos empezar de nuevo —digo ofreciéndole una mano como saludo—. Mi nombre es Lachlan MacLeod.

Ella me observa con una ceja alzada sin dejar de fulminarme con la mirada. Sus ojos son como dos pozos de fuego verde, capaces de incinerarme con su intensidad. Finalmente, acepta mis disculpas y me estrecha la mano con fuerza, un apretón que podría romper huesos.

—MacLeod, ¿eh? No es un apellido común por aquí —me dice, sorprendiéndome. Luego,

sigue hablando con una voz fría y distante—. Yo soy Kat.

—¿Sólo Kat? —cuestiono, intrigado por la escasa presentación.

—Sólo Kat —responde con un tono cortante—. Y háblame de tú, por favor. Hablas como mi abuelo.

Yo sonrío sin apenas darme cuenta. Su comentario me ha desconcertado, pero también me ha despertado una extraña curiosidad.

—Un placer conocerte, Kat —digo todavía sosteniendo su mano entre la mía.

Ella me dedica una sonrisa forzada que no llega a sus ojos y luego retira su mano de un tirón.

—Ahora, ¿qué quieres pedir? No es por ser borde, pero tengo más mesas que atender.

—Por supuesto —le digo antes de pedirle una jarra de cerveza y la mitad de la carta. Mi estómago ruge con hambre y necesito llenar el vacío que me carcome por dentro. Además, la comida me ayudará a calmar los nervios y a pensar con claridad.

Mientras espero la comida, observo a Kat trabajar. Se mueve con una gracia felina entre las mesas, tomando pedidos, sirviendo bebidas y recogiendo platos vacíos. Su belleza es indiscutible, pero hay algo en ella que me inquieta, una oscuridad que se esconde detrás de sus ojos verdes.

Cuando la comida llega, me abalanzo sobre ella como un lobo hambriento. La carne está deliciosa, jugosa y llena de sabor, y la cerveza me refresca la garganta. Mientras como, reflexiono sobre mi situación. Tengo que encontrar a mi hermano, pero ya me he dado cuenta de que no va a ser algo fácil de conseguir. No conozco a nadie y ni siquiera sé por dónde empezar. Pero por hoy ha sido suficiente. Lo que necesito ahora es un lugar donde dormir.

—Vaya, te lo has terminado todo —dice Kat con un tono de sorpresa cuando viene a recoger mi mesa.

—Por supuesto —contesto orgulloso y satisfecho. No recuerdo la última vez que comí tan bien.

—¿Vas a querer algo más? —me pregunta ella.

Niego con la cabeza. Mi estómago ya está lleno y mi mente solo piensa en una cosa: encontrar un lugar seguro donde descansar.

—Pero sí que me gustaría encontrar un sitio para pasar la noche —le digo, con la esperanza de que ella pueda ayudarme.

—Claro, te puedo recomendar algún hotel cerca —responde ella sin importancia—. ¿Te traigo la cuenta? ¿Pagarás con tarjeta o en efectivo?

Pestaño un par de veces antes de responder. ¿Tarjeta? ¿Efectivo? Estas palabras suenan como un idioma extranjero en mis oídos.

—Efectivo —me aventuro a responder, sacando mi bolsa de cuero desgastada.

Ella asiente y se marcha, para luego volver con un trozo diminuto de papel con el resumen de mi comida y un número al final de todo. Por el amor de Dios. Esto es casi todo lo que llevo en mi bolsa.

La saco y rebusco entre mis monedas, sacándolas una a una mientras cuento en mi mente. Pero entonces escucho la risa de Kat y me vuelvo hacia ella.

—Has llevado el cosplay muy lejos, ¿no crees? ¿De dónde has sacado esas monedas de oro? Parecen de verdad.

Mi pecho se hincha ante el orgullo herido. ¡Estas no son simples monedas! Son parte de mi herencia, del tesoro familiar.

—¡Por supuesto que son reales! —le aseguro con firmeza.

Kat alza las manos en son de paz sin dejar de reírse. Una melodía preciosa, ciertamente, pero

no entiendo el motivo de su burla.

—De acuerdo, pero con eso no puedes pagar —dice ella, con una sonrisa traviesa en los labios—. Si no llevas dinero suelto puedes pagar con tarjeta, incluso aceptamos bizum.

Todas esas palabras suenan desconocidas para mí. No tengo la más remota idea de lo que me está hablando. Me quedo un momento en silencio, mientras Kat espera mi respuesta, pero no llega. Entonces, su gesto amable y divertido se desvanece por completo.

—Espera, estás de broma, ¿verdad? ¿En serio pretendes pagar con eso? —me pregunta con incredulidad.

Yo balbuceo un momento, sin saber qué decir.

—¿De qué otra manera iba a hacerlo? —exclamo, confundido por su reacción.

El ceño de Kat se frunce y sus ojos me fulminan con ferocidad.

—Mira, tío —dice con voz áspera—. He dejado pasar lo del kilt porque no eres el primero que se presenta al bar con esas pintas entre semana, pero esto ya es pasarse. Lárgate de aquí y no vuelvas más, ¿quieres? Al menos hasta que tengas dinero. Dinero de verdad.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. La ira y la frustración me invaden. ¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera? Soy un MacLeod, un guerrero honorable, no un mendigo.

—¡No me insultes! —le grito con rabia. Me levanto de la mesa de un salto, tirando la silla al suelo. La furia me consume y mis manos se aprietan en puños—. Eres tú quien no quiere aceptar mi dinero.

Kat se acerca a mí, sin mostrar ni un ápice de miedo en su rostro. No está ni un poco intimidada por mi presencia, incluso cuando le saco varios centímetros de altura. Se coloca delante mío, levantando la cabeza con arrogancia, sus ojos verdes brillando con desafío. Tan cerca que puedo percibir un aroma dulce y floral que desprende su cabello, un aroma que contrasta con la dureza de su personalidad.

—Te he dicho que te largues —dice con voz fría e implacable—. Y ahora mismo.

Aprieto los puños con fuerza, mis músculos tensos como cuerdas de violín. No puedo hacer nada, no pienso ponerle una mano encima a una mujer. Ni siquiera aunque me esté retando de esta manera, humillando mi orgullo y menospreciando mi origen.

Recojo mis cosas en silencio, con el corazón palpitando en mi pecho como un tambor de guerra. Me doy la vuelta y salgo de la taberna, dejando atrás la calidez del lugar y el aroma de la comida para adentrarme en la fría noche de Edimburgo.

Capítulo 3

La noche en Edimburgo es fría y húmeda, un abrazo gélido que cala hasta los huesos. El viento aúlla entre las calles vacías, como un lamento fantasmal que me acompaña en mi soledad.

He intentado encontrar un lugar donde hospedarme, pero nadie parece querer mis monedas de oro. El brillo que alguna vez las caracterizó se ha apagado en este mundo extraño, dejando solo un metal inútil en mis manos. Tal vez la reacción de Kat no estuviera tan fuera de lugar.

Aún así, no logro comprenderlo. ¿Por qué nadie iba a querer mi oro? ¿Qué hago al respecto? No tengo otra cosa conmigo. Sigo preguntando por Ewan y Anna, pero sigo sin obtener resultados.

Al final, cuando al fin amanece, mis pies me guían hacia el único lugar que me resulta familiar: la taberna de Kat. Me quedo en la puerta varios minutos, tratando de encontrar las palabras que decirle antes de que se lance hacia mí y me arañe la cara, o decida desmembrarme.

Debo explicarle mi situación, al menos todo lo que pueda, para conseguir su ayuda. De alguna manera, sé que debo buscar ayuda en ella. ¿Por qué si no llevo soñando con ella desde hace meses? Tiene que significar algo.

Reúno todo mi valor y empujo la puerta con recelo. El ambiente es diferente al de la noche anterior. La taberna está más tranquila, la música ha cedido su lugar a un silencio incómodo. Kat está detrás de la barra, limpiando vasos con un trapo húmedo. Al verme, levanta la cabeza y me mira con recelo. Sus ojos verdes, como dos esmeraldas en la penumbra, me observan con desconfianza.

—Tú otra vez —dice con voz fría.

—Sí, soy yo —respondo con timidez, sintiendo el peso de mi situación—. Lo siento, sé que me dijiste que no volviera hasta tener dinero, pero esto es todo lo que tengo. Por favor, déjame explicarme.

Kat me mira de arriba abajo, evaluando mi aspecto desaliñado. Mis ropas están sucias y arrugadas, y mi rostro probablemente esté marcado por el cansancio y la desolación.

—Estás horrible —dice con un tono de desdén—. Pareces un mendigo salido de un libro antiguo.

Me ofende su comentario, pero me trago el orgullo herido. En este momento, mi supervivencia depende de ella.

—He pasado la noche en la calle —explico con voz temblorosa—. Supongo que no es mi mejor momento.

Kat me mira durante un largo rato, sin decir nada. Finalmente, suspira y se acerca a mí.

—Siéntate —me dice—. Te traeré un café.

Un atisbo de esperanza se enciende en mi interior. Me siento en una de las mesas libres mientras la observo moverse por el local. Su cabello rubio corto brilla bajo la luz tenue de la taberna, y su figura esbelta se mueve con una gracia felina.

En ese momento, un aroma embriagador invade mis sentidos. Un aroma amargo y, en cierto modo, reconfortante. Kat se acerca a la mesa y me deja una taza humeante frente a mí.

—Bebe —dice con un tono más suave—. Te ayudará a entrar en calor.

Obedezco en silencio, tomando un sorbo del café. El líquido caliente me calienta la garganta y me reconforta por dentro. El sabor es fuerte y amargo, pero tiene algo que me gusta, algo que me hace sentir que estoy en casa.

Cuando termino la taza, Kat me mira con una expresión indescifrable. Sus ojos verdes, antes fríos y distantes, ahora brillan con un destello de curiosidad.

—¿Y bien? —empieza a hablar ella—. No tienes dinero. ¿Qué esperabas encontrar aquí? ¿Un príncipe azul que te sacara de tu miseria?

Sus palabras me hieren como un puñal, pero me trago el orgullo y la rabia. Necesito su ayuda, sin importar su actitud hostil.

Trago saliva antes de hablar. Debo decir verdades a medias, pero también he inventado una parte de la historia que explique por qué no tengo dinero. Dinero actual.

—Vengo del norte, de las tierras altas —comienzo, intentando que mi voz suene firme—. Vine a Edimburgo para visitar a mi hermano y a su esposa, pero ciertamente no sé dónde viven. Esperaba encontrarlos si preguntaba por ellos, pero me equivocaba. Y no llevo dinero porque... lo perdí en el viaje. Perdí la mayoría de mis pertenencias.

Kat me mira como si no se creyera una sola palabra.

—Pero el kilt y el resto del atuendo están intactos —señala ella, con una mueca de incredulidad.

Yo me yergo, sintiendo un fuego recorrer mi cuerpo.

—El kilt es el mayor orgullo de un verdadero escocés —digo con firmeza—. No lo perdería ni por todo el oro del mundo.

Para mi sorpresa, Kat se ríe. Tiene una risa preciosa, como el sonido de un arroyo cristalino en un día soleado. Podría quedarme todo el día aquí sentado solo para oírla reír.

—De acuerdo, laird MacLeod —se burla ella, con una sonrisa traviesa en los labios. Yo estoy a punto de corregirla, de decirle que ese es mi padre, pero recuerdo que ya no estoy en mi época. Aquí ya no existen los laird—. ¿Qué vas a hacer, entonces? Sin dinero y sin poder localizar a tus parientes...

—Bueno, en realidad quería pedirte ayuda a ti —digo con timidez, sintiendo que me ruborizo.

—¿A mí? —dice ella entre sorprendida y divertida—. ¿Por qué?

—Esperaba que pudieras ayudarme a encontrar la manera de cambiar estas monedas por dinero... de verdad —respondo, mostrando mis monedas de oro sobre la mesa—. Y tal vez un sitio donde quedarme unos días, hasta que encuentre la manera de seguir mi viaje.

Kat pone los ojos en blanco.

—Hablas como un mi abuelo, ¿estás seguro de que no vienes del pasado? —dice riéndose, con una mirada burlona en sus ojos verdes.

—¡No! ¡Por supuesto que no, eso es imposible! No existen los viajes en el tiempo —me apresuro a decir, sintiendo cómo se me tensiona todo el cuerpo.

Kat parpadea dos veces, evidentemente divertida ante mi reacción.

—Vale... —dice, después me observa detenidamente y se sienta en la silla delante de mí con un suspiro—. Eres, con diferencia, la persona más extraña que he conocido nunca. Todavía no estoy segura de si eso es bueno o no, pero, aunque me encantaría quitarme este marrón de encima, no puedo evitar sentirme un poco responsable de que pasaras la noche en la calle —dice, con una expresión de compasión en su rostro—. Te ayudaré, pero no a cambiar tus monedas. Haré algo mejor, te voy a dar trabajo.

—¿Trabajo? —pregunto con incredulidad, sintiendo una mezcla de alivio y sorpresa. La idea de trabajar en una taberna no me disgusta, pero no puedo evitar sentirme un poco humillado.

—Sí, en el bar —explica Kat con una sonrisa traviesa—. Por las noches esto se pone hasta arriba y no me vendrían mal un par de manos más. Aunque tendrás que comprarte ropa nueva. Lo del kilt podría funcionar, a los turistas les encantará. Pero el resto es demasiado, además estás

sucio yapestas.

Me palpo la ropa, sintiendo la textura áspera de la lana y el olor a humedad que impregna mi kilt. Puede que tenga razón, aunque sea sólo un poco.

—Cerca de aquí hay un mercado —sigue hablando ella—. Te daré algo de dinero para que puedas comprar lo que necesites. Pero antes de irte... deberías darte un baño —rebusca en el bolsillo de su delantal y me da un juego de llaves—. La llave más grande, sube las escaleras y gira a la derecha, la primera puerta que veas es el aseo. Tenemos una ducha para el personal, puedes utilizar todo lo que necesites. Cuando tengas la ropa, vuelve aquí.

Me levanto de la mesa y la miro con gratitud.

—Gracias, Kat —digo con sinceridad—. Me has salvado la vida.

Ella pone los ojos en blanco y se levanta.

—Más te vale volver, no me hagas arrepentirme de haberme compadecido de ti —me amenaza antes de darse la vuelta y dar por finalizada la conversación.

Horas más tarde, regreso al bar con una sensación de renovación que contrasta con el hombre desaliñado que llegó la noche anterior. En mis manos llevo varias bolsas de papel que contienen mi nueva indumentaria. En una de ellas, cuidadosamente doblada, se encuentra mi vieja ropa.

La mujer que me ha ayudado a escoger la ropa me ha mirado con una mezcla de simpatía y diversión mientras me obligaba a quitármela para poder lucir la nueva.

La mañana ha sido un torbellino de experiencias extrañas. El baño de la taberna, por ejemplo, me ha sorprendido con su peculiar sistema de ducha. El agua caía desde un dispensador en el techo, y para activarlo, había que tocar unas manillas que, confieso, me costaron un buen rato comprender. Un nuevo mundo, nuevas costumbres, nuevos desafíos a los que debía adaptarme. Pero después de poder quitarme la mugre de encima y sentir el agua caliente recorriendo mi cuerpo, todo ha adquirido un nuevo color.

—Vaya, laird MacLeod, ya era hora... —dice Kat con un tono burlón al verme.

Me examina de arriba abajo, evaluando mi nuevo aspecto. La camisa blanca, los pantalones negros y la chaqueta de cuero me dan un aspecto más moderno, más acorde con este tiempo que me resulta tan ajeno. Sonrío con timidez, sintiendo una mezcla de esperanza y nerviosismo mientras me observa.

—No está mal —dice finalmente, con una leve sonrisa en sus labios—. Ya no pareces un indigente.

Me sonrojo ante su comentario y desvío la mirada.

—Ahora, ponte a trabajar —dice Kat, dándome un delantal y un trapo—. Hay mucho que hacer.

Me quedo atónito, sin poder creer que me esté dando una orden tan directa.

—Espera, ¿no deberías preguntarle al dueño de la taberna antes? —inquiero preocupado.

Ella alza una ceja y me sonrío, pero su sonrisa no tiene nada de amigable. De hecho, me parece más una burla que una muestra de simpatía.

—¿Yo soy la dueña del bar, ¿por qué si no iba a ofrecerte trabajo? —pregunta con un tono de voz que me deja sin palabras.

—¿Tú eres la dueña? Pero si eres... —comienzo a decir, sin saber cómo terminar la frase.

—¿Una mujer? —termina ella por mí, cruzándose de brazos y lanzándome una mirada que podría envolverme en llamas.

Su tono de voz es desafiante, casi amenazante. Me siento acorralado, sin saber qué decir. No quería ofenderla, pero ciertamente me sorprende ver a una mujer al mando de un local como este. En mi tiempo, las mujeres se dedican a las tareas del hogar y al cuidado de la familia, no a dirigir

un negocio como este.

Finalmente opto por la decisión más sensata: cerrar el pico. No quiero meterme en más problemas.

Me pongo el delantal y el trapo que Kat me ha dado, sintiendo una mezcla de resignación y agradecimiento. No me hace ninguna gracia trabajar en esta taberna, pero no tengo otra opción. No tengo dinero, no tengo donde quedarme, y no tengo nada que hacer en este mundo extraño.

Comienzo a trabajar con la rapidez y eficiencia que me caracterizan. Limpio mesas, sirvo bebidas y atiendo a los clientes. Aunque cuando llega la noche, todo se complica.

La taberna se llena de gente ebria que canta, grita y ríe a carcajadas. El sonido es ensordecedor y me cuesta concentrarme. Además, empiezo a escuchar comentarios hacia mí y hacia Kat que no me hacen ni un pelo de gracia.

Siento la ira subir por mi cuerpo. Estoy a punto de saltar para defender su honor, pero ella me detiene con una mirada. No sé cómo ha sabido lo que iba a hacer, pero consigue evitar que le parta la cara al que la ha llamado... ni siquiera quiero repetirlo.

—Tal vez sea mejor que te quedes detrás de la barra por ahora —me dice ella con el rostro serio.

Acepto a regañadientes. Me siento frustrado, impotente. No puedo defenderla ni a mí mismo de los insultos de estos miserables. Me refugio detrás de la barra, sirviendo bebidas y evitando las miradas de los clientes.

Hay tres personas más trabajando para Kat: Luke, un hombre corpulento con barba espesa y voz ronca; Lia, una mujer joven y alegre con cabello pelirrojo rizado; y Marcus, un chico delgado y tímido con gafas de pasta. Apenas hemos podido presentarnos como es debido, pero en seguida me doy cuenta de lo mucho que la respetan.

Sin embargo, durante la noche, observo cómo ninguno de ellos hace nada al respecto de los comentarios que algunos clientes hacen sobre Kat. Sus palabras son ofensivas, degradantes y cargadas de machismo. Hablan de su cuerpo como si fuera un objeto, de sus deseos sexuales como si fueran algo que ella debe cumplir.

Me hierve la sangre al escucharlos, pero me calmo respirando hondo. Sé que no puedo meterme en problemas, y además, en seguida descubro que Kat no necesita que la defiendan.

De repente, la veo acercarse al grupo de hombres que comentan sin cortarse un pelo sobre el tamaño de los pechos de Kat y Lia, de sus traseros, y de lo mucho que les gustaría llevarlas al catre.

Su paso es firme y decidido, y se coloca frente a ellos, con las manos en las caderas y una mirada de acero en sus ojos. No hay ni un ápice de miedo en su rostro, solo un desprecio absoluto.

—Tú, bájate los pantalones —le ordena a uno de ellos con voz firme y serena, señalándolo con el dedo índice—. Quiero ver qué tienes que ofrecer antes de presumir tanto.

El hombre se queda atónito, sin saber cómo reaccionar. Sus compañeros se ríen a carcajadas, pensando que se trata de una broma. Pero Kat no está bromeando. Su tono de voz es serio y desafiante, y sus ojos brillan con una intensidad que los pone a todos incómodos.

—No te hagas el tonto —le dice con una sonrisa irónica—. Si tanto te gusta hablar de nuestras tetas, demuéstranos lo que tienes. ¿No? ¿Y qué tal tú? —se dirige a otro de los hombres—. Parece que tienes más suerte que tu compañero, tal vez contigo sí que tengamos algo que comentar.

Los rostros ebrios de los hombres se tornan rojos de ira y confusión. No pueden creer que esta mujer les esté hablando de esa manera. Se sienten humillados, ultrajados, como si su

masculinidad se hubiera visto mermada por las palabras de Kat.

—¿Pero de qué vas? —exclama uno de ellos, enfadado, levantándose de la mesa con un movimiento brusco.

Pero Kat se ríe. Una risa letal, amenazante, que me pone la piel de gallina. Su risa suena como un trueno en la taberna, silenciando a todos los presentes.

—Lleváis toda la noche hablando de nuestros cuerpos, creo que es justo que hagamos lo mismo nosotras, ¿no crees Lia?

Lia se acerca a ella con pasos felinos y una sonrisa maliciosa en su rostro. Su mirada recorre a los hombres con descaro, desafiándolos con su belleza y su seguridad en sí misma.

—Me encantaría eso —dice con voz ronca y sensual.

—¡No vamos a enseñaros nada! —grita uno de ellos, desesperado por mantener una pizca de dignidad.

—Vaya, eso es que la tiene pequeña... —dice Lia con fingida decepción, mirando al hombre que ha gritado. Su comentario provoca una ola de burlas entre las mujeres de la taberna, que observan la escena con diversión.

—¡Yo no la tengo pequeña! —exclama él, aún más rojo y avergonzado, sin saber dónde meterse.

—Enana, mírale los pantalones, ni siquiera se le abulta la entrepierna... —comenta Kat con sarcasmo, señalando al hombre con desprecio.

Los hombres se levantan incómodos, rojos como un tomate y con la cabeza gacha. Sueltan alguna maldición más y abandonan el bar con prisa, humillados y derrotados. El resto de la taberna estalla en aplausos ante la magnífica actuación de las taberneras. En un momento, Kat de vuelve hacia mí y me guiña un ojo.

La noche avanza con calma, los clientes se van marchando uno a uno, dejando un silencio que solo se rompe por el tintineo de las copas y el crujir de la madera bajo mis pies.

Al final de la jornada, estoy agotado pero satisfecho. He trabajado duro y he ganado algo de dinero.

Kat me da una habitación pequeña en la parte trasera de la taberna para que duerma. Es una habitación sencilla, con una cama pequeña, una mesa y una silla. No hay muchos lujos, pero está limpia y cómoda. Me siento agradecido por tener un lugar donde dormir, por pequeño que sea.

Me doy una ducha rápida, dejando que el agua caliente lave la suciedad del día y calme mi mente. Me acuesto en la cama, hundiendo mi cuerpo en el colchón que gime bajo mi peso. El cansancio me invade y me duermo casi al instante.

Esa noche, vuelvo a soñar con esos ojos verdes. Con esa mirada firme y desafiante que me cautiva y me inquieta al mismo tiempo.

Capítulo 4

Me despierto sobresaltado por un sonido estridente que baña la habitación como un rayo de luz cegadora. Mi corazón late con fuerza en el pecho, la adrenalina recorriendo mis venas como un torrente. Me pongo de pie de un salto, la daga que guardo bajo la almohada en la mano, lista para defenderme de cualquier amenaza.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Kat, apartando la mirada con un gesto avergonzado—. ¿Duermes en pelotas?

La miro sin comprender qué hace aquí, sobre todo con dos cacerolas en la mano. Tardo apenas unos segundos en comprender que ella ha sido el foco del sonido que me ha despertado.

—Lo siento, creí que sería divertido despertarte así —dice ella, aunque no parece demasiado arrepentida—. No pensé que... No quería verte... ¡Vístete y baja a desayunar! —grita finalmente antes de salir por la puerta cerrando con un portazo.

Me quedo atónito, sin saber cómo reaccionar. La vergüenza me invade por haber sido pillado en una situación tan embarazosa, pero también me siento un poco molesto. Finalmente me visto y bajo a la taberna. La encuentro en la cocina, preparando el desayuno. Me ignora por completo, como si nada hubiera pasado. Me siento a la mesa y ella me sirve un plato sin decir una palabra.

Comemos en silencio. La tensión se palpa en el ambiente. Un momento, ¿está enfadada? ¿Por qué está ella enfadada?

—¿Sabes? Creo que debería ser yo el ofendido, has entrado en mi habitación privada para despertarme de la manera más ruin que conozco —digo finalmente, rompiendo el incómodo silencio.

Por fin me mira a la cara, con una expresión que no puedo descifrar.

—También podría haberte lanzado un vaso de agua a la cara —responde con un tono desafiante—. ¡Además, no soy yo quien duerme desnudo!

—¡Como duerma o no es mi problema! —digo con un tono de voz que intenta sonar firme—. ¡No deberías haber entrado sin llamar!

—¡Lo sé! Lo siento, ¿vale? —repite ella, con un tono de voz que me desarma un poco—. Creí... que sería divertido...

Me meto un trozo de huevo en la boca y lo mastico con exasperación.

—¿Y te ha parecido divertido? —digo con ironía, sin poder evitar una sonrisa burlona.

Kat me mira un momento y una sonrisa traviesa escapa por la comisura de sus labios.

—Bueno, no ha estado mal —dice con un tono pícaro.

Casi me atraganto ante el comentario, pero antes de que pueda decir nada más, Luke entra por la puerta cargado de barriles.

—¡Buenos días, gente! —saluda con su habitual energía—. ¿Listos para otro día de trabajo?

La presencia de Luke rompe la tensión entre Kat y yo. Nos miramos un momento, y ella me guiña un ojo con complicidad. Supongo que no tiene sentido seguir enfadados por esto.

El día transcurre sin grandes sobresaltos, aunque el ambiente en la taberna es denso, cargado de la testosterona de los hombres rudos y gritones que la llenan. El aroma a cerveza rancia y tabaco impregna el aire, mezclándose con el sonido de las risas y las conversaciones acaloradas.

Lia se acerca a la barra con su sonrisa habitual, iluminando la penumbra del local. Me pide un drambuie, un licor de hierbas que no solemos servir aquí, más habituados a la cerveza áspera y el whisky barato. Me sorprende un poco su elección. Sin embargo, he aprendido a no cuestionar los

gustos de las mujeres de este lugar. Si Lia quiere un drambuie, yo se lo preparo con gusto.

Le sirvo en un vaso y ella lo coge con cuidado, admirando el color y la textura del líquido antes de llevarlo a sus labios. Un pequeño sorbo, y sus ojos se abren como platos, sorprendidos por la explosión de sabores que inundan su paladar.

—¡Esto está buenísimo! —exclama con entusiasmo—. Es diferente al que solemos servir aquí, ¿seguro que es un drambuie?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Me complace haberla sorprendido con mi creación.

—Claro que sí —digo con orgullo—. He añadido un toque especial, una receta familiar que he heredado de mi abuela

—¿Qué pasa aquí? —dice la voz severa de Kat irrumpiendo en nuestra conversación. Se acerca a la barra con paso firme, su mirada inquisitiva recorriéndonos a ambos—. ¿A esto os dedicáis? ¿A beber en el trabajo?

Lia la ignora por completo, todavía fascinada por el sabor del drambuie.

—¡Kat, tienes que probar esto! —exclama, extendiéndole el vaso—. ¡Es increíble!

Kat la mira con recelo, dudando entre aceptar o rechazar la oferta. Finalmente, cede a la insistencia de Lia y toma un sorbo del licor. Sus ojos se entrecierran al degustarlo, buscando un sabor familiar que no encuentra.

—Es... diferente —dice simplemente, depositando el vaso sobre la barra con un gesto pensativo. Sus ojos observan el líquido que queda en el vaso, como si intentaran descifrar su secreto.

—¡Es una receta familiar! —le explica Lia—. Creo que podría gustarle a la gente, incluso podríamos subir el precio si les ofrecemos algo tan especial.

—¿Subir el precio? —dice con tono desafiante, su mirada clavada en mí con una intensidad que me hace sentir como si me estuviera examinando—. ¿Crees que cualquiera puede preparar un buen cóctel? Esto no es solo mezclar ingredientes, se necesita talento, experiencia...

No puedo evitar arquear una ceja ante sus palabras. Un fuego de orgullo se enciende en mi interior, alimentado por la confianza en mis habilidades y la experiencia que he adquirido a lo largo de mi vida.

—¿Y no crees que yo tengo talento y experiencia? —pregunto con voz firme, mi mirada sosteniéndola con una determinación inquebrantable—. He vivido toda mi vida rodeado de bebidas tradicionales. Créeme, sé lo que hago.

Kat bufa con desdén, cruzando los brazos delante de su pecho. Su actitud arrogante me molesta, pero también me motiva a demostrarle lo equivocada que está.

—Estoy segura de que eres incapaz de repetirlo —dice con un tono condescendiente, su mirada llena de incredulidad.

Lia, siempre buscando la paz y la armonía, interviene para calmar la tensión.

—Basta —dice con suavidad, colocando una mano en el brazo de cada uno—. No os peleéis por esto. Estoy segura de que ambos sois buenos bartenders a vuestra manera.

Pero Kat me mira con recelo.

—Él no es un bartender —dice con desdén—. Hasta hace dos días mendigaba por la calle por comida.

Mis puños se aprietan con fuerza, conteniendo la ira que amenaza con explotar. No soy un mendigo, soy un hombre orgulloso de mis raíces y de mi pasado.

—Yo no soy ningún mendigo —respondo con firmeza—. He pasado por momentos difíciles, pero eso no me define. He aprendido a sobrevivir, a adaptarme, a luchar por lo que quiero.

Un silencio incómodo se apodera de la taberna. Las palabras han flotado en el aire como

dardos envenenados, hiriendo y dejando heridas que tardarán en sanar.

—¿Qué tal si hacemos una competición? —propone Lia con una sonrisa divertida, rompiendo el incómodo silencio que se había apoderado de la taberna—. Veremos quién prepara la mejor bebida tradicional.

La idea nos sorprende por igual. Sin embargo, a mí, personalmente, me intriga. Kat me mira con desafío y desconfianza, mientras que yo siento una chispa de emoción recorrer mi cuerpo.

—¿En serio, Lia? —pregunta Kat con un tono de incredulidad, claramente molesta por la simple propuesta. Es evidente que no le gusta la idea de que un mendigo, como me ha llamado, compita con ella en su propio terreno.

—En serio —asegura Lia con firmeza—. El que gane se lleva un premio.

Kat se gira hacia mí, sus ojos verdes brillando con una intensidad que me hace sentir como si me estuviera escudriñando el alma.

—No me digas que tienes miedo de perder —le pregunto yo con tono desafiante.

No hace falta que diga nada más. Kat acepta el desafío y en seguida nos ponemos a trabajar.

Lia decide las bebidas que vamos a preparar: una receta tradicional escocesa, una receta irlandesa y una receta galesa.

Yo decido añadir algunos ingredientes extraños que he aprendido en mi tierra, hierbas aromáticas y especias que le dan un toque único a mis creaciones. Kat me mira con recelo, pero no dice nada.

Cuando terminamos, servimos nuestras bebidas a los clientes. La gente las prueba con avidez, comentando sobre el sabor y la textura. Algunos prefieren la versión clásica de Kat, mientras que otros se sienten atraídos por el sabor exótico de mis mezclas.

Al final, la decisión es del público. Los clientes votan por su bebida favorita, y yo gano por una estrecha ventaja. La emoción me invade mientras me dan la noticia, y no puedo evitar lanzar una mirada victoriosa a Kat.

Ella me mira con recelo, pero puedo ver una mezcla de sorpresa y admiración oculta tras las llamas de sus ojos verdes.

—No sabía que podías preparar copas —dice con voz ronca, su tono habitualmente arrogante ahora teñido de un toque de respeto—. Parece que te he tenido desaprovechado, Lachlan.

Yo arqueo una ceja mientras sonrío con satisfacción.

—¿Eso que estoy escuchando es un cumplido?

El comentario me hace ganarme un empujón en el brazo, pero vale la pena con tal de ver la discreta sonrisa que se le ha escapado antes de darse la vuelta y volver a su trabajo.

Lia se acerca a mí con una sonrisa traviesa en el rostro.

—Felicidades, Lachlan —dice—. Te lo has ganado.

Me entrega un pequeño objeto envuelto en un pañuelo de seda.

—Lo he hecho de prisa —dice—. Espero que te guste.

Desenvuelvo el pañuelo con cuidado y descubro un broche de plata en forma de chapa de cerveza.

Me río a carcajadas.

—¡Es genial, Lia! —digo con entusiasmo—. ¡Me encanta!

Me prendo el broche en la camisa y sonrío. Ese accesorio se convierte en un habitual en mi horario laboral. La chapa de cerveza plateada, símbolo de mi victoria, me acompaña cada noche tras la barra.

Las semanas pasan y me instalo en mi nuevo rol. La taberna de Kat es un éxito rotundo, llena de clientes cada noche. Trabajamos sin descanso, preparando bebidas y atendiendo a la gente con

la mejor de nuestras sonrisas. Me adapto rápidamente al ritmo frenético de la ciudad, aprendiendo a manejarme entre la multitud y a codearme con gente de todo tipo.

Dos días a la semana, uno de nosotros libra. Aprovecho esos días para explorar la ciudad, aclimatándome a esta nueva época tan diferente a todo lo que he vivido. No me resulta tan difícil como sospechaba al principio, pero hay algo que me atormenta: tener que ocultar mis orígenes. Cada vez que actúo de manera atemporal, siento la mirada inquisitiva de Kat sobre mí. Sé que sospecha algo, que no está del todo convencida de mi historia. Me gustaría poder contárselo todo, explicarle la verdad sobre mi viaje en el tiempo, sobre mi búsqueda de Ewan y Anna. Estoy seguro de que eso aliviaría una gran carga sobre mis hombros, que me permitiría ser yo mismo sin reservas. Pero no puedo arriesgarme a perderlo todo. Kat, la taberna... son todo lo que tengo ahora mismo.

No he olvidado mi misión, pero sigo sin dar con el paradero de Ewan y Anna. La ciudad es un laberinto de calles y rostros anónimos, y me resulta imposible encontrarlos entre tanta gente. Ni siquiera me encuentro con la misma persona dos veces, y las posibilidades de toparme con ellos un día cualquiera se antojan mínimas. Sin embargo, no pierdo la esperanza. Me aferré a la idea de que algún día los encontraré.

Esa tarde, cuando llego a la taberna, Kat me sorprende con un obsequio. Me entrega una cajita blanca impoluta.

—¿Qué es esto? —pregunto con curiosidad, intrigado por el misterio que esconde la caja.

Ella sonríe con picardía y la abre con cuidado, revelando en su interior un pequeño objeto rectangular de color negro.

—Sé que no tienes teléfono, que eres una persona muy rural, pero necesitas uno —me explica mientras lo saca de la caja y lo observa con detenimiento—. Este es un modelo de los más sencillos, te enseñaré a utilizarlo si ves que no te aclaras solo. Quiero que lo lleves siempre encima. Necesito poder localizarte si ocurriera algo en el bar.

Sus palabras me desconciertan. ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —pregunto con preocupación, sintiendo un nudo en el estómago.

Ella niega con la cabeza con rapidez, intentando disipar mis dudas.

—No, nada —responde con suavidad—. Pero, ya sabes, por si acaso. Y no, no es un regalo —añade con una sonrisa pícara—. Pienso descontártelo del sueldo.

Sus palabras me sacan una carcajada.

—Está bien —acepto con resignación—. Te lo pagaré a plazos, como siempre.

Capítulo 5

Pocos días después, la ciudad se ve envuelta en un silencio inusual. Una inoportuna avería eléctrica ha dejado sin luz a gran parte del centro histórico. La taberna se ve forzada a cerrar sus puertas por primera vez desde que empecé a trabajar aquí, y la ciudad se transforma en un escenario fantasmal.

Todavía no comprendo del todo el tema de la electricidad, ni cómo algo tan invisible puede causar tanto alboroto. Kat me explica que un técnico está trabajando en la reparación, pero que podría llevar horas, o incluso días. La frustración se refleja en sus ojos, y yo solo puedo sentirme impotente ante la situación.

Nos encontramos en el interior del local, sentados a una mesa junto a la ventana. La noche se extiende ante nosotros como un manto negro salpicado de estrellas, pero la ciudad ha perdido su brillo habitual. Las calles están vacías, los comercios cerrados y el único sonido que se escucha es el del viento soplando entre las calles.

El silencio se vuelve opresivo, y la inactividad me inquieta. Me gustaría poder ayudar de alguna manera, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Kat parece sentir lo mismo, y de repente se levanta con decisión, rompiendo el aburrimiento que nos aprisiona.

—Está bien, vámonos —dice con una voz firme que no oculta su frustración—. No podemos seguir aquí esperando al técnico durante horas. Si vienen y no estamos, los demás también tienen llaves y pueden abrirles.

—¿A dónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Ya lo verás —responde ella con una sonrisa enigmática que me intriga y me desconcierta al mismo tiempo.

Sin más preámbulos, Kat se pone en marcha y yo la sigo en silencio, sin saber qué esperar. La noche es fresca y el aire huele a piedra antigua y humedad. Caminamos por las estrechas callejuelas, sorteando turistas despistados y grupos de jóvenes que buscan diversión en la oscuridad.

Finalmente, llegamos a su vehículo, el mismo que casi me atropella cuando nos conocimos. Ella también parece acordarse porque suelta una carcajada mientras me invita a entrar.

El coche avanza por calles oscuras, siguiendo un camino desconocido para mí. La ciudad se va transformando poco a poco, pasando de las zonas turísticas a barrios más tranquilos y residenciales. Kat conduce en silencio, sin darme ninguna pista sobre nuestro destino.

Finalmente, el coche se detiene en un lugar oscuro y lúgubre. Kat apaga las luces y me hace salir del vehículo. Me guía en la oscuridad entre árboles y matorros, la tierra húmeda se pega a mis zapatos.

Caminamos en silencio durante varios minutos, hasta que finalmente llegamos a nuestro destino. Y yo... me quedo sin palabras.

Ante mis ojos se extiende una vista impresionante. La ciudad de Edimburgo se despliega a nuestros pies, iluminada por miles de luces que parecen estrellas caídas del cielo. El castillo se alza majestuoso en la cima de una colina, dominando la ciudad con su imponente presencia.

Pero lo que más me impresiona es la oscuridad que nos rodea. Desde donde estamos, podemos ver perfectamente las zonas que han sido afectadas por el apagón. El resto de la ciudad se ve iluminada como pequeñas luciérnagas, creando un contraste mágico y fascinante.

—Es bonito, ¿verdad? —pregunta con voz suave.

Asiento con la cabeza sin poder hablar. No encuentro palabras para describir lo que siento.

—Este es mi lugar secreto —me dice en voz baja—. Un lugar donde vengo a pensar, a reflexionar sobre la vida.

Pasamos un largo rato en silencio, disfrutando de la vista y de la compañía del otro. La noche es perfecta, el cielo está despejado y las estrellas brillan con intensidad. Me siento feliz, tranquilo y pleno.

Sin embargo, una voz interior me advierte del peligro. No puedo permitirme ser feliz. No hasta que encuentre a mi hermano y a Anna.

—¿En qué piensas, Lachlan? —pregunta con voz suave—. Pareces distante.

Me trago las palabras que están a punto de salir de mi boca y fuerzo una sonrisa.

—Nada, solo estoy disfrutando del momento —respondo con voz temblorosa.

Ella se acerca a mí y me mira a los ojos. Su mirada es intensa, penetrante. Siento como si pudiera ver a través de mi alma, descubrir mis secretos más profundos.

—¿Estás seguro? —pregunta en un susurro—. ¿No hay nada más que quieras decirme?

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. La tentación de abrirme con ella, de contarle todo lo que me atormenta, es casi irresistible. Pero sé que no puedo hacerlo.

—No, nada más —respondo con voz firme, aunque por dentro me muero de ganas de contarle la verdad.

Kat me observa en silencio durante unos segundos. Incluso en la oscuridad, puedo percibir el brillo de sus ojos.

—Lachlan MacLeod... —dice mi nombre en un susurro que me hace estremecer—. Tan estoico, con todo ese dolor guardado en tu interior...

Su mano se posa sobre mi pecho, justo sobre mi corazón acelerado. Su tacto es cálido y suave, una caricia que me reconforta en medio de la tormenta. El aroma dulce de su perfume invade mis sentidos, embriagándome con una fragancia que despierta en mí emociones indescriptibles.

—Ese dolor, la culpa que sientes... Te consumirá si no te deshaces de ella. Debes olvidar y dejar el pasado atrás —sus ojos verdes brillan con una intensidad casi sobrenatural, soy incapaz de pestañear, de apartar la mirada de ellos—. Déjalo atrás, Lachlan.

Su cercanía me embriaga, su voz me seduce. La calidez de su cuerpo junto al mío es como un refugio en medio de la tormenta. Su perfume, una mezcla inebriante de jazmín y vainilla, me invade por completo, encendiendo una llama de deseo en mi interior. Sus ojos, dos pozos de zafiro, me atrapan en un hechizo irresistible, silenciando los demonios que atormentan mi pasado. Por un instante, el mundo se desvanece a mi alrededor, dejando solo un vacío que ella llena con su presencia radiante.

—No puedo... No puedo dejarlo atrás, todavía no...

—No estás solo, Lachlan —susurra en mi oído—. Puedes hablar conmigo, si quieres.

—¿Y qué hay de tu dolor? —pregunto yo entonces.

En ese instante, el hechizo se rompe como un cristal hecho añicos. Kat se aleja de mí, sus ojos aún brillantes, pero algo ha cambiado en su mirada. Una sombra de melancolía la envuelve, como si la luz de la luna revelara las cicatrices que esconde en su interior.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con voz temblorosa.

—Crees que lo ocultas bien —respondo con firmeza—, pero sólo hay que observarte con atención para saber que estás sufriendo.

Ella sonrío de lado, una sonrisa forzada que no logra ocultar la tormenta que ruge en su interior.

—¿Estás diciendo que me observas? —pregunta con un tono desafiante

—Mucho —respondo sin miramientos.

Su sonrisa se desvanece un momento, dejando al descubierto un rostro lleno de vulnerabilidad. Mi respuesta la ha sorprendido, y no estoy seguro de por qué.

Enseguida vuelve a sonreír de lado, pero esta vez la sonrisa es diferente. Es una sonrisa forzada, como si intentara ocultar algo.

—Olvidalo. Soy tu jefa, no puedo gustarte —me dice ella, su voz teñida de una ligera ironía.

Esta vez sonrío yo también, una sonrisa pícara que juega con los límites de la tensión que se ha creado entre nosotros.

—Yo no he dicho que me gustes, sólo he dicho que te observo —explico acercándome a ella—. Y si me gustaras de verdad, no veo por qué es un problema que seas mi jefa.

Ella me mira fijamente, sus labios ligeramente entreabiertos. No estoy seguro de qué está pensando, pero puedo sentir la electricidad que crepita entre nosotros. Se acerca un paso, invadiendo mi espacio personal. No puedo evitarlo, me pongo nervioso.

—No están bien vistas las relaciones entre compañeros —dice ella, su voz teñida de una ligera ironía, como si la situación le causara cierta gracia a la vez que cierta desazón.

Y, por un momento, a mí también me lo parece. Kat siempre me ha parecido una mujer preciosa, con una personalidad arrolladora que me atrae como un imán. Pero he conseguido ignorarlo todo este tiempo, no me convenía dejarme llevar por mis instintos más primitivos. Pero ahora...

La tensión entre nosotros es palpable, se corta con un cuchillo. La cercanía de su cuerpo, el calor de su aliento, el aroma floral que la envuelve... todo me embriaga, me confunde. Me muerdo el labio inferior, luchando contra el deseo de besarla, de perderme en sus ojos y explorar los misterios que se esconden en su alma.

Sin embargo, algo me detiene. La voz de la razón me susurra que no puedo cruzar esa línea, que no puedo arriesgar mi amistad con Kat. La necesito para llegar a Ewan.

En cambio, me alejo un paso, rompiendo el hechizo que me atrapaba. Respiro hondo, tratando de calmar mi corazón que aún late con fuerza en mi pecho.

—Tienes razón —digo con voz ronca, tratando de mantener la calma—. No sería una buena idea.

—No, no lo es —está de acuerdo.

Nos quedamos un rato más, disfrutando de la compañía del otro en silencio, observando las preciosas vistas de la ciudad. La luna brilla sobre nosotros, creando un ambiente mágico que no hace más que intensificar la tensión entre nosotros.

Cuando volvemos, apenas hablamos. Las palabras parecen inútiles, incapaces de expresar el torbellino de emociones que nos invade. La noche ha cambiado algo en nosotros, algo que aún no podemos definir.

Los días siguientes son una tortura. La otra noche, Kat despertó en mí algo que llevaba dormido mucho tiempo. Un deseo ardiente, una pasión que creía perdida. Y ahora... soy incapaz de dormirlo de nuevo.

Cada vez que Kat y yo estamos en la misma habitación, mi cuerpo se enciende por completo. La adrenalina corre por mis venas, mi piel se eriza y mi corazón late con fuerza en mi pecho. Es como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo cada vez que la miro.

Y eso es un problema porque eso ocurre... todo el tiempo. Es imposible escapar de su presencia, de su sonrisa traviesa, de sus ojos que me miran con desafío.

Me sorprende a mí mismo observándola más de lo necesario, fijándome en detalles que antes no me llamaban la atención. La curva de sus caderas, la forma en que su cabello cae sobre sus

hombros, la manera en que sus labios se curvan en una sonrisa. Son detalles insignificantes, pero en mi mente se convierten en obsesiones.

Pero lo peor es cuando nuestras miradas se encuentran. Es como si una descarga eléctrica recorriera mi cuerpo. Siento como si me desnudara, como si pudiera leer en mis pensamientos más profundos. Ella es consciente de lo que me pasa y tengo la ligera sensación de que disfruta provocándome. Me lanza miradas furtivas, sonrío de lado cuando me pilla observándola y se acerca a mí más de lo necesario cuando estamos solos.

Cada día que pasa me acerco más al precipicio, cada día que pasa me acerco más a romper las reglas. Sé que no puedo seguir así, que tengo que encontrar una manera de controlar mis impulsos. Pero por ahora, solo puedo disfrutar de este juego peligroso, de esta danza de miradas y deseos prohibidos que me mantiene en vilo.

La noche cae sobre la taberna, envolviéndola en un manto de silencio y penumbra. Solo estamos nosotros dos, Kat y yo, recogiendo las últimas mesas y sillas, los restos de una noche llena de risas, música y cerveza.

Como único residente de la taberna, siempre soy el último en irme. Me gusta la tranquilidad de la noche, el sonido del viento susurrando entre las vigas de madera y la tenue luz de las velas que aún arden en algunas mesas.

En este silencio, mientras trabajamos en paralelo, no puedo evitar fijarme en ella. Observo cada movimiento, cada gesto, cada curva de su cuerpo. La forma en que sus pantalones se ajustan a la perfección a sus caderas, la redondeada forma que se le marca al inclinarse hacia adelante para levantar una pesada mesa. Las vistas desde atrás son impresionantes, me quitan el aliento.

Mientras paso el trapo por la superficie de madera, Kat se acerca, y al intentar pasar entre mí y una mesa, su trasero roza con mi entrepierna. El contacto es tan inesperado que me despierta al instante, enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo. Mi respiración se entrecorta, y el tiempo parece detenerse. La cercanía de su cuerpo, el calor que emana de ella, todo se convierte en una tensión palpable.

Ella se queda ahí un momento, casi inmóvil, y puedo sentir su respiración, suave y profunda. Gira lentamente la cabeza, y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en su mirada, una mezcla de sorpresa y... ¿deseo? Es una chispa que enciende un fuego dentro de mí, un fuego que no puedo ignorar.

Maldición, mi deseo evidente palpita contra su trasero pero ella no se mueve. Intento desesperadamente controlar mis impulsos, mantener la compostura, pero cada fibra de mi ser clama por más.

Demonios, como no se aparte de mí pronto...

Entonces ella hace un ligero movimiento, apenas perceptible, pero suficiente para enviar ondas de placer por todo mi cuerpo. Mi erección responde sin yo poder hacer nada al respecto, irguiéndose todavía más, palpitando contra ese precioso trasero redondo.

El deseo se apodera de mí con una fuerza avasalladora, nublando mis pensamientos, haciendo que el pulso en mis sienes retumbe con fuerza.

Y entonces se aleja como si nada hubiera pasado y se pone a limpiar en el otro lado de la sala.

El roce de Kat contra mí me ha dejado inmóvil por un instante, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Ella se detiene un segundo, como si hubiera sentido el impacto del contacto también, pero sigue adelante, sus caderas moviéndose con una gracia que me hipnotiza.

Intento concentrarme de nuevo en limpiar la mesa, pero mis pensamientos siguen regresando a ese instante. La proximidad de su cuerpo, el calor que emanaba, la suave presión que sentí...

todo ello me sigue quemando por dentro. Trago saliva, tratando de calmarme, de recuperar la compostura.

Terminamos de recoger las últimas cosas en un silencio cargado de tensión. Cuando llega el momento de marchar, Kat gira hacia mí, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y algo más, algo que no puedo definir.

—Buenas noches, Lachlan —se despide antes de salir por la puerta y cerrar con llave.

Solo puedo murmurar un "buenas noches" en respuesta. Me quedo observándola mientras se aleja, sintiendo cómo el deseo me consume por dentro.

Me retiro a mi habitación, incapaz de dormir. La imagen de Kat me persigue, su trasero restregándose contra mí, la forma en que sus ojos me miraban. No puedo dejar de pensar en ella, en lo mucho que la deseo en este instante.

La tensión en el aire es sofocante, mi cuerpo arde con la necesidad de liberar esta pasión que me consume. Decido darme placer a mí mismo en la soledad de mi habitación, dejando que mi mente se llene de fantasías donde Kat es la protagonista absoluta.

Cierro los ojos y la veo frente a mí, su figura contorneándose con cada movimiento, sus labios entreabiertos en un susurro de placer. Mis manos exploran cada centímetro de su piel imaginaria, ansiosas por satisfacer el deseo que me consume.

Cuando culmino, su nombre escapa de mis labios en un susurro cargado de deseo y anhelo. "Kat", lo digo con fervor, como si su nombre fuera un conjuro que libera toda la pasión que acabo de experimentar.

Capítulo 6

La tensión entre Kat y yo se corta como un cuchillo al rojo vivo. Cada día que pasa, la llama de mi deseo arde con más intensidad, mientras que ella parece ajena a la hoguera que ha encendido en mi interior. Sus gestos, sus miradas, su voz... todo en ella parece una invitación, un sutil juego de seducción que me vuelve loco.

Me he visto obligado a buscar alivio en la soledad, en la intimidad de mi propio cuerpo. Un acto desesperado para calmar el fuego que me consume, un recordatorio de la adolescencia cuando los deseos eran incipientes y las frustraciones más fáciles de sobrellevar.

Pero ahora soy un hombre, maduro y seguro de mí mismo. Un hombre que anhela algo más que un fugaz instante de placer.

¿Qué hago ahora? No puedo seguir así, atormentado por este deseo insaciable que no puedo expresar. Debo hacer algo, tomar las riendas de esta situación antes de que me consuma por completo.

Tal vez sea hora de marcar límites, de dejarle claro a Kat que no soy un juguete con el que puede jugar a su antojo. Necesito saber si ella siente algo por mí, o si solo está disfrutando de mi atención sin ninguna intención real.

Sea cual sea su respuesta, debo enfrentarla. No puedo seguir viviendo en esta agonía, en esta danza de miradas y gestos que no conduce a ninguna parte.

En un momento la mano de Kat recorre mi brazo como una caricia fugaz, un roce apenas perceptible que, sin embargo, enciende una llamarada en mi interior. Mi corazón se desboca, mi mente se nubla y la necesidad de tenerla se vuelve imperiosa.

Suficiente.

La sigo hasta el desván del bar, un lugar tenue y polvoriento donde la luz se cuela a través de rendijas en el techo. Cierro la puerta con un golpe seco, aislando nuestro mundo del bullicio exterior.

—Tienes que detener este juego—le digo con voz firme, tratando de ocultar el temblor que me recorre.

—¿De qué hablas? —pregunta ella, fingiendo inocencia en sus preciosos ojos verdes.

—Sabes perfectamente de lo que hablo —respondo, conteniendo la furia que amenaza con estallar—. Estás jugando conmigo, y tienes que parar.

Ella suelta una carcajada, un sonido melodioso que, sin embargo, me hace hervir la sangre.

—De verdad, cómo sois los tíos —dice, con una sonrisa burlona en los labios—. Os pensáis que como somos simpáticas con vosotros ya queremos algo más. No es mi problema que vayáis saliendo todo el tiempo.

Mi enfado se intensifica. Doy un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal.

—¿Estás diciendo que me lo invento? —rujo, con la voz cargada de rencor— ¿Que no has estado jugando conmigo y con mis reacciones?.

Su sonrisa se borra y un leve rubor tiñe sus mejillas.

—Bueno, no negaré que ha sido divertido ver... tus reacciones —admite con descaro.

Aprieto la mandíbula con fuerza, sintiendo cómo la ira se apodera de mí.

—Te has estado riendo de mí —digo con voz ronca—, pero esto se termina ya. Detente o atente a las consecuencias.

La expresión de Kat cambia de nuevo. Sus ojos se oscurecen y sus pupilas se dilatan,

emitiendo un brillo que me hace estremecer.

—¿Consecuencias? —pregunta con tono desafiante— ¿Me estás amenazando?.

Retrocedo un paso, inseguro de cómo responder.

—Yo... bueno, lo que quiero decir es... —tartamudeo, buscando las palabras adecuadas.

—¿Qué harás si no dejo de molestarte? —me reta, con una mezcla de desafío y curiosidad en su mirada.

La tensión entre nosotros alcanza su punto álgido. La pregunta de Kat flota en el aire, cargada de desafío y una pizca de curiosidad morbosa. Retrocedo un paso, inseguro de cómo responder. Me encuentro atrapado en un callejón sin salida, con mis propias palabras convertidas en un arma que ahora me apunta a mí mismo.

Sin embargo, en ese instante de duda, algo en mí se enciende. Un impulso arrollador, una mezcla de deseo reprimido y la necesidad de tomar el control de la situación.

Antes de que pueda formular otra palabra coherente, me lanzo sobre ella. Mis brazos la rodean con fuerza, atrayéndola hacia mí. Mi boca busca la suya en un beso ardiente, inesperado e intenso.

Kat se queda atónita por un momento, pero luego responde a mi beso con la misma pasión. Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome aún más cerca. El mundo a nuestro alrededor se desvanece, solo existimos nosotros dos, unidos por un beso feroz que consume toda la tensión y la incertidumbre del momento.

El sabor de sus labios es como una droga, embriagador y adictivo. Sus manos recorren mi cuerpo con una familiaridad sorprendente, como si supiera exactamente dónde tocar para encender mi fuego.

Gimo en su boca, rendido a la ola de deseo que me invade. Mis manos se deslizan por su espalda, explorando cada curva de su cuerpo. La deseo con una intensidad que nunca antes he sentido, una necesidad desesperada de poseerla, de hacerla mía.

El beso se intensifica, nuestros cuerpos se presionan con fuerza, buscando desesperadamente el contacto, la fricción que enciende aún más la llama del deseo.

Entonces, con un gesto decidido, Kat desliza una mano por mis pantalones, buscando el foco de mi deseo. Un gemido se escapa de mis labios cuando sus dedos encuentran mi erección, acariciándola con una maestría que me hace temblar de placer. Cada roce, cada caricia, es como una descarga eléctrica que recorre todo mi ser, llevándome al borde del abismo del éxtasis.

Mis sentidos se encienden como pólvora cuando siento sus dedos hábiles desabrochar mi pantalón, liberando mi miembro cautivo para que reciba sus caricias ardientes. Nuestros labios permanecen unidos en un beso apasionado, sin separarse ni un instante, mientras mis manos encuentran su camino hacia sus pechos. Bajo la fina tela de su camiseta, experimento la firmeza y la suavidad de su piel, recorriendo cada curva y contorno con ternura. Sus gemidos, un dulce néctar para mis oídos, avivan aún más el fuego que arde en mi interior.

La sorpresa inicial se convierte en una oleada de placer desenfrenado cuando sus movimientos maestros provocan que la pasión se encienda en mí. Me dejo llevar por la marea de sensaciones, entregándome por completo a la experiencia. Cada suspiro, cada gemido, se mezcla con la música que suena en la taberna, creando una sinfonía de placer que nos envuelve por completo, uniendo nuestros cuerpos en una danza erótica y ardiente.

Y cuando finalmente alcanzo el clímax, es como si el tiempo se detuviera por un instante. Un suspiro escapa de mis labios mientras me entrego al placer que me consume por completo. Cada músculo se contrae con una intensidad que nunca antes había experimentado, dejándome sin aliento y completamente desarmado.

No esperaba que todo sucediera tan rápido, tan abrumadoramente rápido. He perdido totalmente el control.

Mis ojos se encuentran con los de Kat, que brillan con un deseo incontrolable. Su mano aún envuelve mi miembro palpitante, impregnada con mi esencia.

Maldición, apenas he tenido tiempo de tocarla.

Con la respiración agitada y el pulso aún latiendo con fuerza, la vuelvo a besar con pasión, deseoso de devolverle el placer que ella me ha proporcionado. Mis manos recorren su cuerpo, explorando cada curva y recoveco, buscando encender una nueva llama de deseo.

Sin embargo, ella me detiene con suavidad.

—Está bien —dice con una sonrisa triunfal mientras se limpia la mano—dejaré de molestarte.

Me quedo atónito. La miro a los ojos, buscando una señal de ironía o sarcasmo, pero ella se aleja de mí, dejando un vacío en la habitación.

Capítulo 7

Los días posteriores a la abrupta despedida de Kat en el almacén de la taberna transcurren como un borrón para mí. Me siento como si un huracán hubiera pasado por mi vida, dejando tras de sí un rastro de destrucción y desolación.

No puedo dejar de pensar en ella, en sus labios ardientes que ahora me parecen un espejismo, en sus manos expertas que ahora solo puedo recordar en mis sueños, en la intensidad de su mirada que ahora se ha convertido en un enigma insondable.

Me pregunto qué habrá pasado por su mente para que me haya rechazado de esa manera tan repentina. ¿Acaso solo estaba jugando conmigo, disfrutando de mi deseo sin intención de entregarse jamás? ¿O había algo más, algo que yo no he sabido ver, algo que se esconde detrás de esa sonrisa triunfal que apagó el fuego que ardía en mí?

Lo que sí es cierto es que ha dejado de provocarme. Ya no me mira con esa chispa de coquetería que encendía mi imaginación, ya no me roza con su cuerpo en esos encuentros casuales que antes eran tan comunes. Su indiferencia me hiere, pero lo que más me atormenta es la sensación de vacío que ha dejado en mí. La he probado, he saboreado la intensidad de su pasión, y ahora que la ha retirado, solo me queda un anhelo insaciable.

Incluso su hostilidad me resulta atractiva. Su frialdad me enciende, su desdén me impulsa a conquistarla de nuevo. Es una locura, lo sé, pero no puedo evitarlo. Ella se ha convertido en una obsesión, un torbellino de emociones que me tiene atrapado.

Por suerte, algo ocurre que logra distraerme de mis pensamientos turbadores. Hay una tensión palpable en el ambiente, una corriente invisible que recorre el local y eriza los vellos de mi nuca. Kat está de un humor de perros, su rostro surcado por una mueca de desagrado que no presagia nada bueno. El resto del personal también se muestra inquieto, sus movimientos torpes y sus miradas furtivas revelan un nerviosismo que no puedo ignorar.

—Yo que tu no la molestaría hoy —me advierte Marcus acercándose a mí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre hoy? —pregunto con curiosidad. Nunca los había visto tan alterados.

Marcus suspira, su rostro marcado por una profunda preocupación.

—Hoy viene su padre —responde con voz grave—. Es el dueño oficial del local, y solo se pasa por aquí para cobrar y ponerla de mal humor. Va a ser una noche larga, así que prepárate —me advierte antes de continuar con sus tareas.

Y entonces, antes de que pueda responder, añade una última advertencia:

—Ah, y Lachlan —me dice, mirándome con intensidad—, ni se te ocurra intervenir. Da igual lo que veas o lo que escuches, es entre ellos dos. Meterte no te hará ningún bien.

Las palabras de Marcus resuenan en mi mente mientras observo a Kat, su figura tensa y sus ojos encendidos por la ira. Me pregunto qué tipo de relación tormentosa existe entre ella y su padre, qué secretos se esconden detrás de esa tensión palpable que llena el local.

La noche avanza con una lentitud exasperante. Cada minuto que pasa aumenta la tensión en el ambiente, como si todos estuviéramos esperando una explosión inminente. Los clientes murmuran entre sí, sus miradas furtivas dirigidas hacia Kat y la puerta por la que debería entrar su padre en cualquier momento.

De repente, la puerta se abre con un golpe seco y un hombre alto y corpulento entra en el local. Su rostro es severo, sus ojos pequeños y penetrantes recorren el lugar como si buscaran a

un enemigo. Es el padre de Kat, lo sé antes del aviso de Marcus, y su presencia no hace más que aumentar la tensión que se palpa en el aire.

Kat lo ve entrar y su rostro se transforma en una máscara de odio. Sus ojos, antes fríos y distantes, ahora arden con una furia incontenible. Sus labios se aprietan en una línea fina, y sus manos se aferran con fuerza al borde de la barra.

—Llegas tarde —dice con voz helada, cada palabra pronunciada como un dardo envenenado—. Espero que eso no signifique que me hagas cerrar tarde.

Su padre, un hombre alto y corpulento con una mirada severa y una expresión arrogante, se ríe con desprecio. Su risa no tiene nada de amistosa, más bien suena como el gruñido de un animal salvaje.

—No seas tan dramática, Katherine —dice con sarcasmo.

Yo tomo nota mental. Kat viene de Katherine.

—Además —sigue hablando él—, recuerda de quién es el bar. Se cerrará cuando yo lo diga —le recuerda con voz áspera, extendiendo su mano hacia ella—. ¿Cuánto has ganado hoy?

Kat duda un instante, su mirada clavada en la mano extendida de su padre. Sus dedos se crispan, luchando contra el impulso de arrojarle el dinero a la cara. Finalmente, con un gesto de resignación, entrega un fajo de billetes.

El padre los cuenta con rapidez, una sonrisa cruel dibujada en su rostro. Sus ojos brillan con avaricia mientras contempla el fruto del trabajo de su hija.

—No está mal —dice con sarcasmo, guardando el dinero en su bolsillo—. Pero podrías hacerlo mejor. Si te esforzaras un poco más... Tal vez podrías enseñar más piel, ya sabes.

Luego, sin decir una palabra más, se da la vuelta y se dirige hacia una mesa donde lo esperan sus amigos.

Kat se queda inmóvil por un momento, respirando hondo como si tratara de calmarse. Su mirada sigue a su padre hasta que se sienta en la mesa, donde comienza a hablar con sus amigos en voz alta y gesticulando con arrogancia.

—Bueno, sírvenos una copa a mí y a mis amigos, ¿quieres? —le ordena con voz ronca—. Ya me darás lo de este mes cuando me vaya.

Kat lo mira con asco, su estómago revuelto por la repugnancia que le inspira su padre. Sin embargo, sabe que no puede negarse. Él es el jefe, y ella solo una empleada.

Con un gesto de desprecio, se da la vuelta y se dirige hacia la estantería para coger las botellas. Yo la sigo con la mirada pero no me acerco, Marcus y Luke han sido muy insistentes con eso. Si necesita ayuda, la pedirá. Hasta entonces, lo mejor será que no le dirija la palabra.

Mientras Kat prepara las bebidas, su padre la observa con una sonrisa lasciva. Sus amigos se ríen y hacen comentarios groseros, sin mostrar ningún respeto por ella. Kat ignora sus palabras, pero sus ojos brillan con una furia contenida.

Finalmente, termina de preparar las bebidas y las coloca sobre la barra. Su padre las coge y las reparte entre sus amigos, quienes las beben con avidez. Kat se queda de pie, observándolos en silencio, con la cara pálida y la mandíbula apretada.

La noche avanza lentamente, y el padre de Kat y sus amigos se emborrachan cada vez más. Sus risas se vuelven más fuertes y sus comentarios más ofensivos. Kat se mantiene impassible, pero su cuerpo está tenso y sus ojos brillan con una ira contenida.

Yo la observo desde el otro lado del local, sintiendo una mezcla de preocupación y admiración. Admiro su fuerza y su capacidad para mantener la calma en una situación tan difícil. Pero también me preocupa su seguridad, y temo que su padre y sus amigos puedan hacerle daño.

De repente, el padre de Kat se levanta de la mesa y se acerca a ella. La mira con una

expresión lasciva y le pone una mano en la cadera.

—Eres una chica muy guapa, Kat —dice con voz ronca—. Deberías venir conmigo a casa esta noche.

Ella se aparta de su mano con asco.

—No me toques —dice con voz firme—. Y no me digas esas cosas.

El padre de Kat se ríe con desprecio.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta—. ¿Llamar a la policía? No te creerían.

Kat lo mira con desafío.

—No tengo miedo de ti —dice—. Y te juro que si vuelves a tocarme, me las pagarás.

El padre de Kat avanza hacia ella, con el rostro enrojecido por la ira y el alcohol. Pero antes de que pueda llegar a tocarla, me interpongo entre ellos.

Actúo sin pensar, apenas soy consciente de cuándo ha ocurrido. Sin embargo, mi cuerpo tiembla de rabia. El solo hecho de pensar en Kat y su padre... es repugnante. Incluso en mi época, está mal.

—Déjala en paz —digo con voz firme—. Ya has bebido demasiado.

El padre de Kat me mira con desprecio.

—Lachlan —me increpa Kat, furiosa.

—¿Y quién eres tú? —pregunta—. ¿Un idiota que cree que puede defender a la zorra de mi hija?

Me acerco a él, sin dejarme intimidar por su tamaño o su actitud agresiva.

—Soy un amigo. Y no voy a permitir que nadie la trate mal.

—Lachlan, por favor —me ruega Kat a mi espalda.

El padre de Kat se burla con sarcasmo.

—¿Amigo? —dice con ironía—. Oh, entiendo. Ya te has follado al novato, ¿verdad? —le grita por encima del hombro—. No te culpo, su cuerpo es su mejor cualidad.

Me acerco aún más a él, manteniendo mi mirada firme.

—Creo que ha llegado el momento de volver a casa.

—¿Me estás amenazando? Porque así es como suena y te aseguro que no te conviene en absoluto —replica él, ajustándose los nudillos con un crujido ominoso.

Mis manos tiemblan de furia.

—Sí, te estoy...

No puedo terminar la frase, Kat me empuja a un lado, interponiéndose entre nosotros.

—Ya basta, dejad de mediros las pollas y seguid a lo vuestro —dice enfurecida—. exclama con furia—. Papá, coge el dinero y lárgate. Me gustaría poder dormir esta noche.

El padre de Kat la mira de arriba a abajo de una manera que me hace sentir náuseas, luego encoge los hombros.

—Está bien, lo que sea por mi pequeña.

Se hace un silencio extraño mientras el padre de Kat, junto a sus amigos, abandonan el local.

Entonces siento la mirada de Kat atravesándome como una daga helada, clavándose en mi alma y robándome el aliento. Sus ojos arden con una furia abrasadora que me hace retroceder un paso, como si me encontrara frente a un incendio incontrolable. La intensidad de su ira es tan palpable que el aire a mi alrededor parece vibrar con ella.

—Todos, fuera —dice ella, dando por finalizada la jornada.

Los pocos clientes que quedan se marchan apresuradamente, como si huyeran de un barco a punto de naufragar.

Lia, Marcus y Luke, recogen sus cosas con movimientos rápidos y precisos, sus rostros impasibles pero sus ojos llenos de preocupación.

—Luego no me digas que no te avisé —me dice Marcus, dándome una palmadita en la espalda con una mezcla de simpatía y resignación. Sus palabras suenan como un presagio funesto.

En apenas unos minutos, Kat y yo nos quedamos solos en la taberna, rodeados por el silencio ensordecedor que solo se rompe por el leve crujir de la madera bajo nuestros pies. La tensión en la habitación es tan densa que se podría cortar con un cuchillo. La furia en los ojos de Kat no ha disminuido ni un ápice. Su mirada me escrutina con una intensidad que me hace sentir desnudo, como si pudiera leer en mi alma los secretos más profundos que escondo.

Estoy a punto de hablar, de intentar calmar a Kat, de explicarle que no era mi intención inmiscuirme en sus asuntos familiares. Pero ella se me adelanta, su voz cortante como un látigo.

—No deberías haberte metido, yo no te he pedido ayuda. No la necesito —me ladra con una fiera que me deja sin palabras.

—Lo sé, sé que eres muy capaz de cuidar de ti misma —le digo con voz temblorosa, tratando de mantener la calma—. Pero eso no quiere decir que debas hacerlo todo sola.

Su rostro se contorsiona en un gesto de rabia y, en un acto impulsivo, me lanza un vaso. Lo esquivo por los pelos, el cristal se estrella contra la pared con un sonido estruendoso que hace eco en la taberna vacía.

—¡Oye! —exclamo yo ahora furioso también, acercándome a ella con determinación—. ¡Sólo intentaba ayudar! ¡No quiero ni imaginarme lo que has tenido que pasar, pero no deberías permitir que siguiera sucediendo!

—¡No necesito tu ayuda! —me grita con una voz llena de dolor y frustración.

—¿No? Pues yo creo que sí. No tienes que pasar por esto sola, Kat. Hay personas que se preocupan por ti, que quieren ayudarte.

—Tú no sabes nada sobre mí, no tienes ningún derecho a actuar como si fuera una damisela en peligro. Porque no lo soy —me dice con una voz llena de rencor.

Sus palabras me desesperan. Es testaruda como una mula, y su dolor la ha convertido en una fortaleza impenetrable.

—De acuerdo, no te conozco, déjame hacerlo pues —le digo con firmeza—. Sal de esa muralla de piedra que te has creado y muéstrame tu yo real.

Ella se ríe.

—Siento decepcionarte, pero esta soy yo.

—No, hablo de la parte de ti que mantienes escondida, oculta y a salvo. La que se muere de ganas por hablar sobre tu padre y deshacerte de él de una vez por todas.

Una bofetada llega a mi mejilla antes de darme cuenta si quiera. Kat me mira con los ojos envueltos en llamas, tiene la mandíbula apretada y juraría que puedo ver un atisbo de lágrimas acumuladas. Pero, por supuesto, jamás dejará que salgan.

—No pienso repetírtelo, no es asunto tuyo —me dice con voz ronca.

Pero sí que lo es. No sé cómo explicarlo, pero no puedo permitir que siga sufriendo este abuso, no puedo tolerarlo. Me hierve la sangre sólo de pensarlo.

—Déjame ayudarte, por favor —le suplico con la voz llena de desesperación—. No tienes que pasar por esto sola.

La miro a los ojos, suplicándole con la mirada que me deje entrar en su mundo, que me permita ser parte de la solución.

Entonces lo veo en sus ojos, en el fondo de ese mar de furia y dolor, una pequeña chispa de

duda, una interrogación que se abre paso entre las llamas. ¿Acaso he conseguido atravesar, por primera vez, el muro de piedra que ella ha construido a su alrededor?

Un atisbo de esperanza se enciende dentro de mí, como una pequeña llama en la oscuridad.

—De acuerdo —dice ella entonces, y mi corazón se acelera como si fuera a salir disparado de mi pecho—. ¿Quieres ayudarme? Bien —dice, acercándose a mí con un movimiento brusco, como si le costara horrores dar este paso—. No necesito hablar del tema, no quiero que me seques las lágrimas mientras te cuento mi triste historia. Lo que necesito ahora, lo que realmente necesito, es olvidarme de todo.

Sus palabras son como un bálsamo para mi alma, un rayo de luz en la tormenta que ha estado azotando mi corazón durante las últimas horas.

Y entonces, sin previo aviso, coloca una mano en mi entrepierna. Doy un respingo en el sitio, asustado por la inesperada acción. Mi mente se queda en blanco, incapaz de procesar lo que está sucediendo.

La miro a los ojos, buscando una explicación, pero solo encuentro una mirada llena de deseo y desafío. Su rostro, antes surcado por la furia y el dolor, ahora se ha transformado en una máscara de sensualidad.

—¿Puedes hacer eso? ¿Puedes ayudarme a olvidar? —me dice con una voz sensual que despierta cada fibra de mi ser.

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, y por un momento me quedo sin aliento. La intensidad de su mirada me atrapa, me envuelve en una red de deseo que no puedo evitar.

Sin embargo, hago todo lo posible para rechazarla.

—No creo que sea eso lo que necesitas, Kat —digo con voz temblorosa, mi cuerpo me traiciona por completo mientras ella empieza a acariciar mi pulsátil deseo.

Sé que no es lo correcto. Sé que está herida y que necesita apoyo, no un escape momentáneo en la pasión. Pero la atracción que siento por ella es tan poderosa, tan arrolladora, que me cuesta resistirme.

Su mano se desliza a lo largo de mi ya evidente erección, acariciándola a través de la tela de mis pantalones. Cierro los ojos, luchando contra mis propios deseos. Quiero ser fuerte por ella, quiero ofrecerle el apoyo que necesita en este momento tan difícil.

—Mírame, Lachlan —susurra su voz, cargada de una mezcla de deseo y vulnerabilidad.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada penetrante. En sus ojos veo un torbellino de emociones: dolor, rabia, pero también anhelo y desesperación.

—Necesito esto —me dice con voz apenas audible, como si confesara un secreto vergonzoso—. Necesito olvidar, aunque sea por un instante.

Mi corazón se rompe al escucharla. Sé que está sufriendo, que está cargando con un dolor que nadie debería soportar. Y en ese momento, mi decisión se desvanece.

Capítulo 8

Me acerco a ella y la tomo en mis brazos. Su cuerpo se estremece contra el mío, y puedo sentir su necesidad, su urgencia. En ese instante, dejo de lado mis dudas y me dejo llevar por la atracción que nos une.

La beso con una pasión que me sorprende a mí mismo. Es un beso lleno de deseo, de necesidad, de la necesidad de olvidar el dolor y abrazar el placer, aunque sea por un breve instante.

Sus manos se aferran a mi cuello, atrayéndome hacia ella con una fuerza inesperada. Su cuerpo se arquea contra el mío, buscando el contacto, la fricción.

Siento el calor de su piel a través de la ropa, y cada movimiento suyo me enciende más.

Mis manos se deslizan por su espalda, explorando cada curva, mientras sus dedos se enredan en mi cabello. El beso se vuelve más profundo, más urgente. La pasión entre nosotros crece, alimentada por la necesidad de olvidar, de encontrar consuelo en el uno al otro.

Sus labios se mueven con desesperación contra los míos, y puedo sentir su aliento entrecortado, su deseo palpable. Mis manos bajan hasta sus caderas, aferrándome a ella con fuerza, pegándola a mí.

Ella gime suavemente en mi oído, un sonido que me hace temblar de deseo. Cada fibra de mi ser clama por ella, por la conexión que compartimos en este momento de vulnerabilidad y pasión. La beso con más intensidad, dejando que todo el dolor y la frustración se disuelvan en el calor de nuestro encuentro.

Sin necesidad de palabras, ambos sabemos lo que queremos, lo que necesitamos. Con manos temblorosas y llenas de deseo, la ayudo a despojarse de su ropa, mientras ella hace lo propio conmigo. Cuando finalmente la tengo desnuda frente a mí, me tomo un momento para observarla, para adorarla. Ni en mis mejores fantasías podría haber imaginado la belleza de esta mujer. Todo en ella me atrae absolutamente.

Mis ojos recorren cada centímetro de su piel, grabando en mi memoria la imagen de su cuerpo desnudo, vulnerable y perfecto. La suavidad de sus curvas, el brillo de su mirada, la forma en que su pecho sube y baja con cada respiración entrecortada. Es un sueño hecho realidad.

Sin poder resistirlo más, la tomo de las caderas y la coloco sobre una de las mesas, acercándome a ella con una urgencia casi primitiva. Deslizo mi mano por su humedad, sintiendo cómo se prepara para mí. Tengo que reprimir un gemido al comprobar lo lista que está, lo mucho que nos deseamos mutuamente.

Mi pulso se acelera mientras recorro sus pliegues con mis dedos, sintiendo su calor, su humedad. Sus jadeos suaves y su cuerpo que se arquea hacia mí me indican que siente lo mismo, que está tan ansiosa como yo por este momento. La pasión entre nosotros es palpable, una fuerza arrolladora que no podemos ni queremos detener.

Quiero escucharla más, escuchar esos gemidos que me vuelven loco. Entonces me separo de ella, solo para arrodillarme y darle placer con mi boca. Quiero compensarle por lo de la otra noche en el almacén, y pienso hacerlo con mucho gusto.

Deslizo mis manos por sus muslos, separándolos suavemente, y me inclino hacia adelante, dejando que mi aliento caliente acaricie su piel antes de que mis labios la toquen. Ella gime con anticipación, su cuerpo temblando ligeramente bajo mis manos. Mi lengua se encuentra con su centro húmedo y palpitante, y el sonido que emite es música para mis oídos.

Exploro cada pliegue con mi lengua, saboreando su esencia, sintiendo cómo se estremece con cada caricia. Mis manos sostienen sus caderas, mis dedos hundiéndose en su piel mientras aumento la presión y la velocidad. Sus gemidos se vuelven más fuertes, más urgentes, y sé que estoy logrando lo que quiero: darle el placer que merece.

Ella se arquea hacia mí, sus manos se enredan en mi cabello, y su respiración se vuelve errática. Cada gemido, cada suspiro, cada jadeo es una señal de que estoy tocando los lugares correctos, de que estoy compensando por lo que pasó antes. Quiero que se sienta adorada, deseada, que sepa que para mí, no hay nada más importante en este momento que su placer.

Sigo con mi tarea, deleitándome en sus reacciones, sintiendo cómo su cuerpo se tensa y se relaja bajo mis atenciones. Y cuando finalmente llega al clímax, su grito de éxtasis resuena en mis oídos, un sonido que guardaré para siempre en mi memoria. Ella tiembla y se retuerce, sus manos aferrándose a mí mientras la ola de placer la recorre, dejándola sin aliento y completamente satisfecha.

Me levanto lentamente, observando su rostro ruborizado, su respiración agitada, y sé que he logrado mi objetivo. La beso suavemente, disfrutando del sabor de su satisfacción en sus labios.

Entonces, con un movimiento decidido, me coloco entre sus piernas, mirándola a los ojos, buscando una última confirmación. Ella asiente con una mirada cargada de deseo y necesidad, y eso es todo lo que necesito. La tomo con firmeza, entrando en ella con un suspiro de alivio y placer, mientras ella gime de satisfacción.

La sensación de estar dentro de ella es abrumadora. Su calor, su humedad, todo se siente increíblemente bien. Demasiado bien.

Ella arquea su espalda, sus uñas se clavan en mis hombros, y sus gemidos se vuelven más intensos con cada segundo que pasa. Mis manos exploran su cuerpo, acariciando sus pechos, sintiendo cómo sus pezones se endurecen bajo mis dedos. La miro a los ojos, viendo el placer reflejado en su mirada, y eso solo aumenta mi propio deseo.

La pasión entre nosotros es incendiaria, una llama que no puede ser apagada. Cada embestida es más profunda, más intensa, llevándonos a ambos al borde del éxtasis. La mesa de madera tiembla bajo nuestros cuerpos. Sus gemidos son una sinfonía que me impulsa a seguir, a darle todo lo que tengo, todo lo que soy.

Siento que estoy cerca, muy cerca, y puedo ver en sus ojos que ella también lo está. Nuestros cuerpos se sincronizan perfectamente, buscando ese clímax inevitable. Y, cuando finalmente llegamos, el mundo se detiene por un instante. Un grito de placer escapa de sus labios mientras, mientras siento cómo se aprieta alrededor de mi miembro. Mis manos se aferran a sus caderas, sosteniéndola con firmeza mientras mi cuerpo responde al placer que nos sacude.

Todavía sin separarnos, nos besamos con una intensidad que quita el aliento. Sus labios son suaves y exigentes al mismo tiempo, como si quisiera prolongar este momento para siempre. Siento cada latido de su corazón contra mi pecho, y cada beso parece profundizar la conexión que compartimos en este momento.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad, mirándonos a los ojos con una mezcla de emociones que no necesitan ser verbalizadas. La pasión que ha estado ardiendo entre nosotros ha dejado su huella en nuestros rostros, en nuestras miradas.

Kat rompe el silencio primero.

—Gracias, Lachlan —dice, su voz apenas un susurro, cargada de gratitud y alivio—. Esto es justo lo que necesitaba.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que siento en este momento. La observo mientras se viste, notando cada movimiento, cada gesto, como si quisiera

grabar esta imagen en mi memoria.

Su cuerpo, antes tenso y rígido, ahora se mueve con una fluidez que me cautiva. Cada curva de su figura se destaca bajo la tenue luz de la taberna, y por un momento me pierdo en la belleza que la rodea.

Nos vestimos en un silencio extraño, una mezcla de satisfacción y algo más profundo que no podemos nombrar. Es como si hubiéramos cruzado un umbral invisible, un antes y un después. La tensión que antes reinaba en el aire ha dado paso a una extraña calma, una quietud que solo se rompe por el suave roce de nuestras manos mientras nos abrochamos las camisas.

Siento el calor de su cuerpo cerca del mío, y una oleada de recuerdos invade mi mente. Sus besos, su tacto, la intensidad de su mirada... Todo ha sido tan arrollador, tan inesperado, que todavía no puedo creer que haya sucedido.

Cuando estamos listos, la acompaño fuera del local. La noche es fresca y el cielo está plagado de estrellas que brillan como si quisieran presenciar este momento.

—Buenas noches, Lachlan —dice ella, su voz suave pero firme.

—Buenas noches, Kat —respondo, mi voz cargada de emociones que no puedo ocultar.

La observo marcharse, sintiendo la brisa fresca de la noche acariciando mi rostro. Su silueta se aleja entre las luces de la calle, y por un momento me siento vacío, como si una parte de mí se hubiera ido con ella.

Sonrío sin querer, todavía puedo sentir su delicioso sabor en mi boca.

Sé que mañana me arrepentiré de esto, sé que voy a querer más, que voy a necesitar escucharla gemir mi nombre de nuevo. Pero ahora, ahora soy feliz. He conseguido aliviar un poco su dolor, he compartido con ella un momento de pasión y complicidad que jamás olvidaré.

Mientras me dirijo a mi habitación, repaso cada detalle de la noche, cada beso, cada gesto. Y no puedo evitar sonreír de nuevo.

Capítulo 9

El día siguiente amanece nublado, reflejando a la perfección mi estado de ánimo. Un gris opaco cubre el cielo, como si quisiera ocultar la tormenta que se agita en mi interior. Kat apenas me ha dirigido la palabra esta mañana, al menos no más de lo normal. Sus breves frases y miradas distantes me confirman lo que ya intuía: la pasión de la noche anterior ha quedado atrás, como un sueño fugaz que se desvanece con la luz del alba.

No sé qué esperaba, tal vez un trato diferente, una mirada cómplice, un gesto que indicara que lo que sucedió no había sido solo un capricho momentáneo. Pero no ha sido así. Kat se comporta como si ayer no hubiera estado poseyéndola sobre la misma mesa que ahora sirve a una pareja despreocupada.

En el fondo, sabía que me metía en un terreno peligroso. Kat me pidió una distracción, un escape momentáneo de su dolor, y yo se lo ofrecí. Lo hice con la mejor de mis intenciones, con la esperanza de poder aliviar un poco su sufrimiento. Pero ahora, al verla tan distante, tan indiferente, me invade una punzada de decepción.

Me siento como un títere, utilizado y desechado cuando ya no hay necesidad de mí. Y lo peor de todo es que no puedo culparla.

Intento concentrarme en mi trabajo, pero me cuesta. La imagen de Kat sigue presente en mi mente: su cuerpo contra el mío, sus besos ardientes, sus gemidos de placer. Cierro los ojos y trato de respirar hondo, pero su recuerdo me invade como una ola imparable.

Marcus, apiadado de mí, sabiendo a medias lo que ocurrió entre Kat y yo, decide sacarme a tomar algo. Cree que me llevé una buena bronca por parte de la jefa, lo cual es cierto, y que por eso llevo todo el día distraído. No lo saco de su error y dejo que me distraiga con su charla. Sus bromas y sus anécdotas me ayudan a olvidar por un momento mis penas.

El bar es pequeño y acogedor, con una atmósfera cálida y música ambiental que invita a la conversación. Nos sentamos en la barra, frente a dos cervezas frías y rebosantes. Marcus me observa con una sonrisa pícara, como si supiera que necesito hablar.

—¿Sabes? Cuando llegaste creí que eras un poco raro, pero en realidad eres buen tío —me confiesa él.

—Gracias, supongo —digo con una sonrisa.

Marcus alza su vaso y me mira con complicidad.

—Por la amistad —dice, y yo le brindo con entusiasmo.

Bebemos en silencio, disfrutando del sabor amargo de la cerveza y la tranquilidad del local. De repente, Marcus se anima y comienza a contarme una historia trepidante sobre su vida en Edimburgo. Habla con tanta pasión y detalle que me quedo atrapado en su relato, olvidando por completo mis propios problemas. No me da tiempo a seguirle el ritmo, pero me quedo con algo importante: lleva viviendo en Edimburgo toda su vida.

Una luz se enciende en mi cabeza. Tal vez he tenido la respuesta a mis problemas delante de mis narices.

—Marcus, ¿conoces a Ewan y Anna MacLeod? —le pregunto con un deje de esperanza en la voz.

Él se rasca la barbilla, pensativo.

—No me suena, la verdad —responde—. ¿Son antepasados tuyos o algo así? Porque si quieres averiguar algo sobre tu familia, te recomiendo que visites el castillo.

—¿Castillo? ¿Qué castillo? —pregunto, sintiendo una punzada de emoción.

Marcus se ríe, claramente ebrio.

—Pues el castillo MacLeod, claro —responde él encogiéndose de hombros—. No está muy lejos de aquí, aunque será mejor que vayas en coche.

Mi corazón se acelera. El castillo MacLeod. Mi hogar. ¿Sigue en pie? Después de ver el aspecto de la ciudad, asumí que el castillo habría sido destruido. Ni siquiera me he molestado en buscarlo. Pero qué idiota he sido. Todo este tiempo desperdiciado...

—¡Marcus, ahora mismo te daría un beso! —digo eufórico, levantándome de la silla.

Él hace un gesto de disgusto y niega con la mano.

—Eso mejor déjaselo a Kat —dice entonces, con una sonrisa pícaro en su rostro. Yo lo miro sorprendido—. Oh, vamos. Es obvio que hay algo entre vosotros.

Mi felicidad queda aplacada un momento ante el recuerdo de anoche.

—No estoy tan seguro de eso —digo, dando un trago largo a mi cerveza.

Marcus me mira con comprensión.

—Amigo —me dice, su voz llena de sabiduría—. Kat es una mujer complicada. Pero, a pesar de lo que quiere dejar ver, también tiene sentimientos. Ha pasado por muchas cosas en su vida, cosas que la han marcado profundamente. Y eso, inevitablemente, ha endurecido su corazón. No es fácil para ella abrirse a la gente. Pero créeme, cuando lo hace... Es una persona maravillosa. No desaproveches la oportunidad de conocerla, no te rindas tan deprisa. Dale un poco de tiempo.

Hace una pausa para terminarse su cerveza y luego sacude la cabeza.

—Bueno, suficiente sentimentalismo por hoy. ¡Otra ronda, por favor! —le pide al camarero.

Bebemos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La revelación de Marcus ha abierto una nueva puerta en mi mente. Tal vez, solo tal vez, haya un futuro para mí en Edimburgo. Un futuro donde pueda encontrar mi hogar, mi familia, y tal vez, incluso el amor.

Mientras observo la noche a través de la ventana del bar, una sonrisa se dibuja en mi rostro. El futuro es incierto, pero por primera vez en mucho tiempo, tengo la esperanza de que sea un futuro brillante.

Al día siguiente, abordo a Kat en cuanto entra por la puerta de la taberna. Su rostro todavía refleja el sueño de la noche anterior, y su cabello rubio está recogido en un moño desordenado que le da un aire despreocupado. La luz matutina se cuela por las ventanas, iluminando su rostro con una suavidad que contrasta con su mirada distante.

—Necesito que me lleves a un sitio —le digo, con una determinación que la sorprende. Mi voz vibra con una emoción que no puedo contener, un anhelo que ha estado latente en mi corazón durante demasiado tiempo.

Ella me mira con desgana, como si mi entusiasmo matutino la molestara.

—Claro —dice, bostezando—. Porque no tengo nada mejor que hacer que servirte de chofer. ¿Por qué no coges un taxi? Ahora que ya tienes dinero, puedes permitirte.

No cedo ante su sarcasmo y sonrío cruzándome de brazos.

—Vamos, Kat —le insisto—. Quiero que me acompañes. Es importante.

La miro a los ojos, suplicando en silencio que acepte mi petición. Ella me sostiene la mirada por un largo rato, como si estuviera tratando de leer mi alma. Finalmente, suspira derrotada.

—Está bien —dice, con un tono resignado—. ¿A dónde necesitas ir?

El motor del coche ruge mientras conducimos por la carretera, dejando atrás la ciudad y adentrándonos en el corazón de las Highlands escocesas. La mañana es fresca y soleada, y el paisaje que nos rodea es espectacular: montañas verdes que se alzan al cielo, lagos cristalinos que reflejan la luz del sol, y pintorescas aldeas.

Esto sí que me resulta familiar. Cada curva, cada árbol, cada roca me trae recuerdos de mi infancia, de los días que pasé corriendo por estos campos, jugando con mis hermanos y hermanas. Un nudo de nostalgia se forma en mi garganta, pero lo trago con fuerza. No es momento para la tristeza, es momento para la esperanza.

No puedo contener la emoción. Mis manos se remueven inquietas sobre el asiento, mi corazón late a mil por hora. Cada kilómetro que recorremos me acerca más a mi hogar, a mi familia. Siento que finalmente estoy encontrando mi lugar en el mundo.

La tensión en el coche es palpable. Kat me observa de reojo con una mezcla de curiosidad y recelo. No le gusta mi nerviosismo, le inquieta mi secreto.

—Por Dios, ¿vas a decirme de una vez qué ocurre? ¡Me estás poniendo nerviosa con tu nerviosismo! —se queja ella, su voz cargada de impaciencia.

Suspiro y me giro hacia ella, intentando calmarla.

—Ya te lo he dicho, Kat —le digo, con una voz que intenta sonar tranquila—. No puedo contarte nada todavía.

Ella gruñe, frustrada por mi falta de respuesta.

—Eres todo un misterio, ¿eh? —dice, con un tono sarcástico.

Yo sonrío y vuelvo la vista al frente. Esta salida parece haberme devuelto a la Kat de siempre. Pero, aunque me encantaría contarle el verdadero motivo de este viaje, no puedo hacerlo antes de llegar allí. Si le dijera que quiero comprobar que mi casa, la que fue mía 200 años atrás, sigue en pie, probablemente no me habría acompañado en primer lugar. Me habría tachado de loco y me habría echado de la taberna y de su vida. No puedo arriesgarme tanto. Todavía no.

En ese momento, un cartel al borde de la carretera me saca de mis pensamientos. En él, se puede leer en letras grandes y rojas: "Castillo MacLeod 5 km". Mi corazón da un vuelco. Hemos llegado.

Capítulo 10

Pronto, Kat aparca el coche al lado de la carretera.

—Ya estamos aquí —me dice—. Vaya, mi abuela vive no muy lejos de aquí.

Yo salgo del coche sin prestar demasiada atención a todo lo que no sea lo que tengo delante.

El castillo se alza imponente ante nosotros, sus torres de piedra dominando el paisaje. Es más grande y majestuoso de lo que recordaba. Me acerco a la puerta principal, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, como un tambor de guerra anunciando la batalla final.

—¡Oye! Espérame —me pide Kat siguiéndome a paso apresurado—. ¿Y ahora qué hacemos? —pregunta cuando llega a mi lado, su voz cargada de inquietud.

—Entramos —respondo yo, con una voz firme y llena de determinación. Coloco la mano sobre el pomo de la puerta, listo para abrirla y descubrir la verdad que tanto he anhelado.

—Espera, no creo que... —intenta detenerme Kat, pero yo ya estoy decidido.

Sin embargo, la puerta no se abre. Está cerrada.

Un golpe seco resuena en la madera maciza, seguido de un eco fantasmal que recorre los pasillos del castillo. Lo intento de nuevo, con más fuerza, pero la puerta permanece impassible.

La frustración se apodera de mí. No puedo creer que después de haber recorrido tantos kilómetros, después de haber soñado con este momento durante tanto tiempo, me encuentre con este obstáculo inesperado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no se abre? —cuestiono impaciente.

—El castillo MacLeod es una propiedad privada, no está abierto al público. No sin el permiso del dueño.

Yo me vuelvo hacia ella con el rostro enrojecido de ira. ¿Dueño? ¿Quién se atreve a adueñarse del castillo MacLeod?

—¿Quién es esa persona? —pregunto con voz tensa, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Ella se encoge de hombros, incapaz de responder a mi pregunta. Su mirada se dirige a la pequeña casa que se encuentra a lo lejos, una construcción humilde que alguna vez albergó a las gallinas y los cerdos del castillo.

—Tal vez podamos preguntar y averiguarlo —sugiere ella, su voz apenas un susurro.

Con la esperanza aún viva en mi corazón, me dirijo hacia la pequeña casa. Mis pasos son pesados, cargados de la incertidumbre y la ansiedad que me atormentan. Llamo a la puerta de madera desgastada, y tras unos segundos de espera, un sonido metálico resuena en el interior.

La puerta se abre lentamente, revelando la figura de un hombre mayor. Su rostro curtido por el tiempo y su cuerpo encorvado denotan una vida de trabajo duro y sacrificio. Sin embargo, hay una fuerza inquebrantable en sus ojos azules que me inspira respeto.

—Buenos días —lo saludo con una voz que intenta sonar firme, a pesar de los nervios que me carcomen.

—Buenos días —responde él, su voz profunda y resonante—. ¿Puedo ayudarles en algo, jóvenes?

—Quería conocer al dueño del castillo —explico con paciencia, sin dar demasiados detalles—. Estoy buscando a alguien y creo que podría encontrarle aquí.

El hombre me mira de arriba abajo, evaluándome con una mirada penetrante que me hace sentir desnudo. Su silencio se prolonga durante unos segundos, creando una tensión palpable en

el aire.

—Permítame que me presente, joven —dice finalmente, rompiendo el silencio—. Mi nombre es Angus MacLeod, y soy el dueño y guardián de la propiedad.

Mis ojos se abren de sorpresa y mi pecho se hincha de orgullo. Al menos el castillo ha sido heredado por alguien de la familia. Un sentimiento de pertenencia me invade, una conexión con mi pasado que me llena de esperanza.

—Es un placer conocerle, mi nombre es Lachlan MacLeod —me presento, estrechando su mano con firmeza.

La mirada del hombre vuelve a escudriñarme, esta vez con una intensidad que me hace sentir incómodo. Hay algo en su forma de mirarme que me da la impresión de que sabe más de mí de lo que yo mismo sé.

—¿Lachlan MacLeod? —repite él, como si saboreara mi nombre—. Un nombre familiar, sin duda.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Será posible que este hombre conozca mi secreto? ¿Que sepa quién soy realmente? La idea me aterra, pero no puedo evitar sentir una extraña fascinación por él.

Decido ignorar esa sensación y continúo con la conversación.

—Estoy buscando a Ewan y Anna MacLeod —explico, con la voz temblorosa por la emoción—. Me preguntaba si usted podría conocerlos, tal vez.

Estoy nervioso. Esta es la única pista que tengo de ellos, la única esperanza de encontrarlos.

—Oh, sí. Los conozco muy bien —dice entonces, y mi cuerpo empieza a temblar—. Estuvieron aquí hace unos meses, les tengo mucho aprecio, ciertamente.

Me tengo que tomar un momento para asimilar sus palabras. Ewan y Anna consiguieron volver juntos, están vivos y a salvo. Lo consiguieron. Y eso es todo lo que me importa en este momento.

—¿Sabe...? ¿Sabe si siguen en Edimburgo? —pregunto con urgencia, incapaz de contener la emoción que me embarga.

—Es usted pariente del señor MacLeod, ¿me equivoco? —pregunta él con una mirada penetrante.

—No, no se equivoca —respondo con voz firme—. Ewan es mi hermano.

El hombre sonríe y sacude la cabeza.

—El parecido entre ustedes es asombroso —dice él, luego sigue hablando—. Desgraciadamente, por lo que sé abandonaron Escocia hace un par de meses. No he vuelto saber nada de ellos desde entonces. Desconozco si tienen intención de volver, lo siento.

Un golpe de decepción me invade, pero no pierdo la esperanza. Sé que Ewan y Anna están vivos, y eso es lo único que importa. Los encontraré, sin importar lo que cueste.

Entonces, el hombre nos invita a entrar en el castillo, alegando que seguro que me encantaría poder verlo. Acepto su invitación sin dudarlo, ansioso por recorrer las estancias que una vez fueron mi hogar.

Al cruzar el umbral de la puerta principal, una oleada de recuerdos me invade. Cada rincón, cada pared, cada objeto me susurra historias del pasado, historias de una vida que he olvidado. La nostalgia se apodera de mí, y por un momento me siento como un niño perdido que regresa a casa después de muchos años.

Recorro los pasillos y habitaciones junto a Kat en silencio. La observo de reojo y me doy cuenta de que su rostro refleja una mezcla de curiosidad y compasión. Ella no puede entender lo que estoy sintiendo, lo que este lugar significa para mí. Cada paso que doy en este castillo es un

viaje a través del tiempo, un viaje a través de emociones que había enterrado profundamente.

Finalmente, llegamos a la que una vez fueron mis aposentos. La puerta cruje al abrirse, revelando una habitación perfectamente cuidada. Un escalofrío recorre mi cuerpo al ver la cama, el armario, los objetos personales que se han mantenido hasta hoy. El aire aquí es más denso, cargado con el peso de los recuerdos y el tiempo.

En ese momento, todo llega a mí: la culpa, la soledad, el miedo, la añoranza. Siento tantas cosas, las he estado reprimiendo durante tanto tiempo que ni siquiera era consciente de lo mucho que he estado guardando. La emoción me embarga, y las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos.

Me dejo caer de rodillas en el suelo, incapaz de contener más tiempo el dolor que me corroe por dentro. El frío del suelo de piedra contrasta con el calor de mis lágrimas, y esa dualidad me hace sentir aún más vulnerable. Kat se acerca a mí y me abraza con fuerza, sin decir una palabra. Su presencia me reconforta, y por primera vez en mucho tiempo, me siento menos solo. Siento su calidez, su apoyo incondicional, y me aferro a ella como a un salvavidas en un mar de emociones turbulentas.

Lloro en silencio, liberando años de sufrimiento y dolor. Cada lágrima es una liberación, cada sollozo un paso hacia la sanación. Poco a poco, la tormenta emocional comienza a calmarse, dejando paso a una sensación de paz y tranquilidad. La pesada carga de los recuerdos parece aligerarse, y siento que puedo respirar de nuevo.

Ha llegado el momento de dejar el pasado atrás. Me doy cuenta de que este lugar, aunque lleno de recuerdos dolorosos, también puede ser el comienzo de algo nuevo.

Cuando me levanto de nuevo, Kat me sostiene la mano con fuerza, su toque es firme y reconfortante. Y, juntos, salimos del castillo, dejando atrás no solo el edificio, sino también una parte del peso que había estado cargando.

—Gracias por su ayuda, señor MacLeod —digo con gratitud cuando nos despedimos—. Le agradezco la información.

—No hay de qué, joven MacLeod —responde él con una sonrisa cálida—. Me alegra haber podido ayudar. Si encuentra a su familia, hágales saber que Angus MacLeod los recuerda con cariño.

Entramos en el coche en silencio. Siento la mirada de Kat sobre mí, pero no me atrevo a mirarla. Me siento avergonzado por haber roto a llorar delante de ella. Lágrimas que no pude contener, liberando la tensión y el miedo que me habían estado atormentando durante días.

De repente, su mano cálida se posa sobre la mía. Un gesto simple, pero cargado de comprensión y apoyo. Sin decir una palabra, arranca el coche y nos adentramos en la noche. El silencio del trayecto me permite reflexionar sobre lo ocurrido. La noticia de que Ewan y Anna siguen vivos, a pesar de no saber dónde se encuentran, me ha dado un respiro. Un alivio que me permite pensar con más claridad, sin la angustia que me consumía.

Llegamos a la taberna y nos sumergimos en el ritmo frenético del trabajo. Las risas, las conversaciones y el tintineo de las copas crean una atmósfera que, por un momento, me permite olvidar mis preocupaciones.

Me refugio en la rutina, en los movimientos repetitivos de mezclar y verter. Cada vaso se convierte en una barrera que me separa de mis pensamientos. La música a todo volumen y la luz tenue de las lámparas crean un ambiente casi hipnótico.

El tiempo pasa volando. La taberna se llena de gente, de historias y de risas. Entre pedido y pedido, la observo a ella. Su sonrisa, sus caderas. Hoy parece más animada. El buen humor le sienta bien.

Pronto llega la hora del cierre y, como siempre, nos quedamos nosotros dos. La noche ha pasado deprisa, llena de actividad y de ruido. Ahora, solo queda el silencio. Un silencio que, sin embargo, no es incómodo.

Juntos recogemos las mesas, limpiamos la barra y guardamos las botellas. Cada movimiento es lento, deliberado, como si quisiéramos alargar este momento de tranquilidad.

Al final, solo queda apagar las luces y cerrar la puerta. Pero Kat tiene otros planes.

—Lo de hoy ha sido... extraño —me confiesa sentada sobre la barra mientras termina de contar el dinero de la caja—. Dijiste que me lo explicarías todo, pero no lo has hecho.

Yo trago saliva, he estado temiendo esta conversación durante todo el día. Sé lo que dije, pero ahora no sé cómo hacerlo sin parecer loco de remate.

—Es complicado de explicar —empiezo a decir, sintiendo que mi voz tiembla—. Quiero hacerlo, lo haré. Pero todavía tengo que encontrar el modo correcto de hacerlo.

Kat me mira con esos ojos verdes preciosos que siempre me han cautivado. Por un momento creo que va a ofenderse por mi secreto, por haberle ocultado algo tan importante. Sin embargo, su reacción es totalmente distinta:

—Lo entiendo —dice entonces ella.

De repente, Kat se baja de la barra de un salto y se acerca a mí con movimientos sugerentes. Sus caderas se balancean al ritmo de una música invisible, y su mirada me recorre de arriba a abajo con una intensidad que me hace estremecer.

—No hace falta que me lo expliques ahora —susurra con voz ronca, inclinándose hasta que su rostro está a centímetros del mío—. No tienes que hablar, no tienes que contarme nada. Olvídate de todo por un momento y déjame que te cuide. Deja que te consuele esta vez.

Capítulo 11

Yo aprieto la mandíbula. Sé perfectamente a qué se refiere y yo... Al diablo.

Estrello mis labios contra los suyos y la devoro con avidez. La beso con una fiereza que sorprende incluso a mí mismo, como si necesitara borrar de un plumazo todos mis miedos y frustraciones.

La tensión acumulada durante todo el día, la incertidumbre, el miedo, se disuelven en el calor de ese beso. La boca de Kat sabe a miel y a deseo, y su cuerpo se amolda al mío como si encajara a la perfección.

Mis manos recorren su espalda, acariciando cada curva, cada centímetro de su piel. Sus gemidos me incitan a seguir, a explorar más a fondo, a perderme en ella.

En ese momento, no hay nada más que nosotros dos, no hay secretos ni mentiras, solo el deseo ardiente de olvidarlo todo y entregarnos al placer.

Con un impulso ardiente y urgente, nos despojamos de nuestras prendas, la necesidad palpable en el aire. Sus pantalones y su ropa interior caen al suelo de un movimiento rápido, revelando la suavidad de su piel bajo la tenue luz del lugar. Ella se inclina sobre la superficie de la barra, ofreciéndome su cuerpo de una manera que me deja sin aliento. Mis manos la sostienen con firmeza mientras me posiciono detrás de ella, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

La necesidad me consume, es como si cada célula de mi cuerpo estuviera gritando por ella. La penetro con fuerza, la sensación de entrar en su interior es arrolladora, y me sumerjo en ella con un ansia incontenible.

Cada embestida es un choque de placer y deseo, cada movimiento me lleva más cerca del borde del éxtasis. Mis manos se aferran a su cuerpo, anclándola a mí mientras la llevo al límite una y otra vez.

Sus gemidos son música para mis oídos, una sinfonía de placer que me impulsa a seguir adelante. Cada sonido, cada susurro, alimenta mi deseo de llevarla más allá de los límites del placer.

Y en medio de este torbellino de sensaciones, ella se entrega por completo, sus manos aferradas a la barra, buscando algo que la ancle a la realidad mientras se sumerge en el éxtasis que juntos estamos construyendo.

Por el amor de Dios, podría escucharla gemir durante toda la eternidad. Es el sonido más hermoso que he escuchado, la melodía de su placer envolviéndome y llevándome hacia un lugar donde solo existimos nosotros dos.

Quiero sentirla más aún.

Mis manos acarician su piel con reverencia, explorando cada centímetro con devoción mientras nos acomodamos en una nueva postura. La siento cerca de mí, su calor envolviéndome, su respiración entrecortada mezclándose con la mía en el aire cargado de deseo.

La penetro de nuevo, esta vez desde una nueva perspectiva, sintiendo su calor envolviéndome, su humedad acogiéndome con ansias. Sus gemidos se mezclan con los míos, creando una sinfonía de pasión que nos envuelve.

Con un gemido ahogado, llego al orgasmo, dejándome llevar por la avalancha de placer que me embriaga por completo. Me derramo en su interior sin restricciones, entregándome por completo al éxtasis que nos envuelve. Pero la pasión que arde entre nosotros solo parece avivar aún más el fuego de mi deseo, dejándome anhelando más, necesitando más.

Sin perder un segundo, vuelvo a buscar sus labios en un beso apasionado, hambriento de más de ella, deseando explorar cada rincón de su ser. Nuestros labios se encuentran en un torbellino de deseo, nuestras lenguas danzando en una danza sensual que nos conecta en un nivel más profundo.

Mis manos se deslizan por su cuerpo con urgencia, explorando cada curva, cada contorno, mientras nos sumergimos en un mar de placer compartido. Quiero hacerla mía toda la noche, pero el bar no es el mejor lugar para hacerlo. Qué suerte que tenga la habitación a apenas unos metros de distancia.

La cojo en volandas, Kat enreda sus piernas a mi alrededor. Siento su cuerpo temblar en mis brazos mientras la llevo hacia arriba, cada paso hacia mi habitación es un eco de nuestro deseo desenfrenado. En cada descanso de las escaleras, la presiono contra la pared y la penetro con urgencia, sintiendo cómo el calor de su cuerpo se fusiona con el mío en un torbellino de pasión. Cada parada es un momento de éxtasis, un instante donde el tiempo parece detenerse y solo existimos ella y yo, entregados por completo al deseo que nos consume.

Por fin llegamos a mi cuarto y la dejo con suavidad sobre la cama.

Lo que sigue es una danza de piel y deseo que dura toda la noche. Nos entregamos el uno al otro con una pasión voraz, explorando cada centímetro de nuestros cuerpos como si fuera la primera vez. Cada caricia, cada beso, cada roce está impregnado de un anhelo indomable, un deseo insaciable de estar más cerca, de fundirnos en uno solo.

La noche pasa volando entre susurros de pasión y suspiros de satisfacción. Y un nuevo día llega con la luz filtrándose tímidamente por las cortinas, pero nuestro ardor no disminuye. Kat me monta con una pasión que despierta cada fibra de mi ser, llevándome al borde del abismo una vez más.

Nuestros cuerpos están derrotados, exhaustos, pero me siento abrumado por la necesidad de ella.

Kat se mueve sobre mí con una lentitud que me hace temblar de deseo. Cada movimiento es deliberado, calculado para provocar el máximo placer. Sus caderas se balancean con gracia, moviéndose en círculos que me hacen perder la razón. Me aferró a sus caderas, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis manos, mientras ella continúa su danza erótica.

Su trasero redondo y firme se mueve en perfecta armonía con cada embestida, tentándome, provocándome. Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación abrumadora de su cuerpo contra el mío. Las paredes de su intimidad rodean mi miembro con un agarre apasionado, como si nunca quisieran soltarme.

Cada gemido que escapa de sus labios alimenta mi deseo, cada roce de su piel contra la mía aviva el fuego que arde en lo más profundo de mi ser.

Entonces el orgasmo la sacude. Puedo sentir cada contracción de su cuerpo, cada gemido de satisfacción que escapa de sus labios. Sus caderas se mueven con frenesí sobre mí, llevándola al borde del abismo del placer más profundo.

Observo maravillado cómo su cuerpo se tensa con cada oleada de éxtasis, cómo su piel brilla con el sudor del esfuerzo y la pasión.

Yo no puedo evitarlo, y me veo arrastrado hacia el abismo con ella. Mis manos se aferran a sus caderas con fuerza, mis ojos se cierran instintivamente mientras el placer me envuelve por completo. Un gemido profundo y gutural escapa de mis labios cuando finalmente me derramo en ella.

Kat se desploma sobre mí, su respiración entrecortada y su piel brillando con el rocío del éxtasis. A tientas, retiro el preservativo de mi miembro. Un invento muy útil para evitar un

embarazo no deseado, aunque Kat ha mencionado algo sobre unas píldoras. Después de la tercera vez, ha preferido añadir una capa adicional de protección. Aunque debo admitir que es mucho más placentero sin esa barrera, haría cualquier cosa por estar dentro de ella, para sentir su calor y su humedad envolviéndome.

—Mierda, no hemos dormido en toda la noche —murmura ella, su voz ronca y adormecida rozando mi pecho.

Recorro con mis dedos la curva de su mejilla, acariciando su piel suave como la seda. Un suspiro escapa de sus labios mientras mis dedos se enredan en su cabello, ahora ligeramente alborotado.

—Diría que lo siento, pero sería una mentira —reconozco yo—. Aunque tampoco te he oído quejarte... —añado con una sonrisa pícaro, dejando un rastro de besos húmedos en su cuello. Siento cómo se estremece bajo mi toque, cómo su respiración se acelera.

Ella pone los ojos en blanco, una mezcla de diversión y reproche en su mirada. No estoy seguro de si su gesto se debe a mi comentario o al efecto de mis besos, pero lo que sí sé es que me encanta su reacción.

—Te ha crecido el pelo, ahora estás más guapo —confiesa en un susurro, su voz apenas audible—. Es difícil decirte que no —añade con un guiño coqueto. Su sonrisa traviesa me derrite, me vuelve loco de deseo.

Yo la abrazo con fuerza, agarrándola por las nalgas para atraerla hacia mí.

—Si hubiera sabido que sólo tenía que dejarme crecer el pelo para tener tus atenciones lo habría hecho mucho antes —le digo en tono juguetón, acercando mi rostro al suyo.

Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado, un beso que consume todo el oxígeno de mis pulmones.

—Mm, deberíamos levantarnos —murmura contra mis labios, su voz ronca y entrecortada—. Pronto llegarán los demás.

Un gruñido de protesta escapa de mi garganta. No quiero que este momento termine, quiero quedarme aquí, perdido en el laberinto de sus besos, por toda la eternidad.

—No creo que la jefa te diga nada por llegar tarde —le digo, intentando convencerla con una sonrisa pícaro.

Ella pone los ojos en blanco, un gesto que me vuelve loco, que me hace desearla aún más.

—Justamente porque soy la jefa no pueden verme contigo —susurra, su voz apenas audible—. Trabajas para mí, ¿qué dirá el resto si se entera?

—Dudo que los demás les importe demasiado —le aseguro, tratando de atraerla de nuevo hacia mí. La deseo con cada fibra de mi ser, y no me importa lo que piensen los demás—. Además, ¿quién se atrevería a decirte algo?

Ella se ríe, un sonido melodioso que me llena el corazón.

—Aún así, lo mejor será que esto quede entre nosotros —dice, apartándose a regañadientes de mi abrazo.

Se levanta de la cama y empieza a vestirse con movimientos lentos y sensuales. Yo la observo embobado, incapaz de apartar la vista de su cuerpo perfecto.

—Como deseas —digo sin apartar la mirada de ella.

Me lanza una última mirada, una mirada llena de promesas y complicidad que me hacen arder de anticipación.

—Como llegues tarde te pongo a limpiar los servicios —me amenaza antes de salir por la puerta.

Me dejo caer contra el colchón, todavía embriagado por la noche que hemos pasado y,

momentos después, me preparo para el nuevo día.

Capítulo 12

Las semanas que siguen son un torbellino de actividad y satisfacción para mí. La taberna es un éxito rotundo, llena de gente todas las noches. Los clientes disfrutan de la cerveza, la música y la animada atmósfera que se crea en el local.

En mis días libres, cuando no estoy ocupado trabajando, me dirijo al castillo MacLeod. Pregunto al señor Angus MacLeod por mi hermano, con la esperanza de tener noticias nuevas. Aunque siempre me recibe con paciencia y compasión, nunca hay noticias del paradero de Ewan. Sin embargo, saber que están vivos es suficiente para mí. Dondequiera que estén, estoy seguro de que están bien y son felices.

Pero mi buen humor no solo se debe al éxito de la taberna, sino también a Kat. Durante estas semanas, nuestra relación se ha vuelto más... intensa. Frente a los demás actuamos como siempre, pero en privado todo es diferente. En la cocina, mientras preparamos las comidas, nos robamos besos. Nos encontramos a escondidas en el baño cuando la tensión es demasiado para soportarlo, cuando no podemos esperar a que el local se vacíe.

Pasamos varias noches juntos, y cada una es más ardiente que la anterior. En la oscuridad de la habitación, la devoro. Su piel suave, su aroma embriagador, cada suspiro que escapa de sus labios... todo me vuelve loco. No me canso de ella, de mirarla, de besarla, de sentirla. Ella es mi obsesión, mi deseo incontrolable.

Por eso llevo toda la noche ocultando la excitación que se abulta en mis pantalones. Kat suele llevar pantalones, pero hoy ha decidido utilizar una falda muy corta. Llevo toda la noche sin quitarle el ojo de encima. Su figura esbelta y sus piernas descubiertas me tienen en un estado constante de deseo.

Y cuando se coloca detrás de la barra para servir cerveza, no puedo resistir más. Me acerco a ella, sintiendo la necesidad de estar cerca, de tocarla. El aroma de su perfume flota en el aire y me embriaga. Me coloco detrás de ella, mis manos rozando suavemente su cintura mientras le susurro al oído, intentando mantener la voz baja para que los clientes no noten nada.

—¿No crees que falta un poco de tela?

Ella se ríe sin mirarme, su risa un sonido suave y provocativo que hace que mi corazón lata aún más rápido.

—En absoluto —responde.

Yo gruño, la fricción de su cuerpo contra el mío enviando una ola de deseo a través de mí.

—Me vas a volver loco...

Mis manos se deslizan un poco más arriba, acariciando su espalda, sintiendo el calor de su piel a través de la fina tela de su blusa. Mi cuerpo se presiona contra el suyo, y Kat responde inclinándose ligeramente hacia mí, su precioso trasero rozando mi entrepierna, aumentando mi excitación.

—Córtate un poco, esto está lleno de gente —me reprende, pero no se mueve, su voz temblando ligeramente.

La presión de su cuerpo contra el mío y su tono desafiante me vuelven aún más loco. Mantengo mis manos en su cintura, deslizando mis dedos por debajo de la tela de su falda, sintiendo la suavidad de su piel. Cada toque, cada caricia es un acto de pura tentación.

—Lachlan —dice mi nombre en voz baja. Sé que intentaba sonar a reprimenda, pero ha sonado más como una súplica.

Mi mano derecha se desliza lentamente hacia abajo, acariciando su muslo, sintiendo su piel suave y caliente bajo mis dedos, mientras mi otra mano sigue en su cintura, acercándola más a mí. Nadie puede vernos; la barra sólo muestra nuestros torsos.

Mi corazón late con fuerza mientras mis dedos encuentran su humedad. Ella ahoga un gemido, mordiéndose el labio para no hacer ruido. Mis movimientos son lentos y precisos, provocándola suavemente. Kat cierra los ojos por un momento, disfrutando de la sensación, su espalda presionada contra mi pecho, su respiración acelerada.

—¿Te gusta? —susurro al oído, mi voz apenas audible entre el bullicio de la taberna.

Ella asiente levemente, moviéndose sutilmente contra mi mano, buscando más contacto. Los clientes están demasiado borrachos o distraídos para notar lo que ocurre. Hago a un lado su ropa interior, mi pulgar roza su clítoris con delicadeza, y sus piernas tiemblan ligeramente.

Sigo acariciándola, explorando su interior con mis dedos, sintiendo cómo se tensa y relaja al ritmo de mis movimientos. Kat apoya una mano en la barra, tratando de mantener el equilibrio mientras sus respiraciones se vuelven más rápidas y entrecortadas. Puedo sentir su deseo creciendo, su necesidad palpable.

—No pares... —murmura entre dientes, su voz cargada de deseo y urgencia.

Mis movimientos se vuelven más intensos, más rítmicos, llevándola al borde del clímax. Su cuerpo tiembla ligeramente y sé que está cerca. Me acerco más a ella, presionando mi cuerpo contra el suyo, disfrutando de cada segundo.

Finalmente, su cuerpo se estremece en un orgasmo silencioso, sus músculos tensándose alrededor de mis dedos. Kat exhala un suspiro tembloroso, mordiéndose el labio para no gritar. Lentamente, retiro mis dedos, sintiendo cómo su cuerpo se relaja poco a poco, su respiración volviendo a la normalidad.

—Eso ha sido... muy poco profesional —susurra, volviendo ligeramente su cabeza hacia mí, con una sonrisa de satisfacción en sus labios, sus ojos brillando con un brillo travieso.

Le devuelvo la sonrisa y miro a mi alrededor. A pesar de la multitud, nadie parece haber notado nada, y la noche continúa como si nada hubiera pasado.

Después del cierre, Kat decide quedarse. La taberna está silenciosa, la luz suave creando un ambiente íntimo. Me acerco a ella, mis manos temblando ligeramente de anticipación. Sin una palabra, la tomo de la mano y la guío hacia la pequeña habitación en la parte trasera.

La hago mía sin quitarle esa faldita que me ha estado volviendo loco todo el día, y cada embate está cargado de una intensidad feroz. Esta vez solo me toma tres rondas satisfacerme de ella, aunque podría continuar toda la noche. Cada vez que llego al clímax, la sensación es abrumadora, como si el mundo se redujera a este momento con ella.

Estamos tumbados, relajados. Siento el calor de su cuerpo junto al mío, sus suaves curvas moldeándose a la perfección contra mis contornos. Sus dedos recorren mi piel, dejando un rastro de fuego a su paso, mientras yo acaricio su cabello sedoso, enredando mis dedos entre sus hebras. Nuestras respiraciones se sincronizan, un ritmo calmado y sensual que refleja la armonía que reina entre nosotros.

Rompo el silencio con una voz suave y pensativa.

—Podríamos ir a alguna parte, a algún sitio bonito —propongo, dejando que la idea flote en el aire.

Ella se ríe, su risa un sonido melodioso que llena la habitación.

—Lachlan MacLeod, ¿me estás pidiendo una cita?

Me encuentro desorientado por su pregunta. No sé exactamente a qué se refiere, ni qué tipo de respuesta espera. No sé que es eso.

—Lo que quiero es pasar un rato agradable fuera de estas cuatro paredes contigo —respondo, intentando aclarar mis intenciones—. Y no te equivoques, me encanta estar dentro de ti —agrego con una sonrisa pícar—. Pero pensé que te gustaría...

Kat se vuelve hacia mí, sus ojos suavizándose un poco, pero aún con una chispa de diversión.

—No tienes por qué hacer eso —me dice con una voz suave—. Lo pasamos bien, eso es todo. No tienes que llevarme a cenar o a pasear.

—Pero quiero hacerlo —insisto—. Quiero pasar más tiempo contigo, conocerte mejor.

Ella suspira, sus dedos jugando con un mechón de mi cabello.

—Lachlan... —comienza, con un tono dubitativo en su voz—. Creía que los dos buscábamos lo mismo. Satisfacer nuestras necesidades, olvidarnos de nuestros problemas sin tener que hablarlos. Si lo que buscas es una pareja... —su voz se apaga, dejando la frase sin terminar.

Sus palabras caen como un balde de agua fría, pero la manera en que lo dice, con sinceridad y sin rastro de crueldad, me hace apreciarla aún más. Me inclino hacia ella, acariciando su mejilla.

—No sé exactamente lo que estoy buscando, Kat —le confieso con voz ronca—. Solo sé que estar contigo me hace sentir algo que no quiero dejar de explorar. Si eso significa que solo compartimos momentos como este, por ahora está bien. Podemos satisfacer nuestras necesidades en otras partes, lo de hoy me ha gustado mucho —le susurro contra los labios mientras la beso de nuevo.

Ella sonrío, una sonrisa traviesa que enciende una chispa en sus ojos.

—Eres un perverso —se ríe, apartándose de ella de manera juguetona. Luego, sin darme tiempo a responder, me besa de nuevo, un beso apasionado que enciende mis sentidos y me deja sin aliento.

Días después, Kat se marcha a Glasgow para reunirse con un cliente. Lia, Luke, Marcus y yo nos quedamos al mando de la taberna. Sólo serán unos días, y en principio transcurren sin problemas. La taberna sigue vibrando con la misma energía de siempre, aunque la ausencia de Kat deja un vacío que trato de ignorar.

Cuando llega la noche, me refugio en mi habitación, buscando un poco de paz y tranquilidad. Enciendo la lámpara de noche y me acomodo en mi sillón favorito, un libro entre las manos. La lectura me ayuda a desconectar y a olvidar los problemas del día a día. Las palabras impresas son un refugio, un escape temporal de la realidad. Sin embargo, esa noche, mi concentración se ve interrumpida por un sonido agudo que me sobresalta. Es el teléfono móvil.

Todavía no me acostumbro a estos aparatos modernos, me parecen algo extraño y fuera de lugar. Con manos temblorosas, cojo el teléfono y miro la pequeña pantalla. El nombre de Kat brilla con intensidad. Respiro hondo y deslizo el dedo para contestar.

Su voz me saluda desde el otro lado de la línea, una mezcla de calidez y familiaridad que me reconforta. Me pregunta cómo estoy, cómo va todo en el local. Hablamos de banalidades: de cómo han ido las cosas en la taberna, de los clientes habituales y sus extravagancias.

De repente, un sonido abrupto me saca de la burbuja de tranquilidad. Un golpe seco, como si algo hubiera caído al suelo. Alguien ha entrado en la taberna. Mi corazón se acelera, un escalofrío recorre mi espalda. Me levanto de golpe, dejando el teléfono olvidado sobre la mesita.

Agarro el garrote de roble que siempre tengo a mano detrás de la puerta y me dirijo fuera de la habitación, con la adrenalina corriendo por mis venas. La noche se ha vuelto oscura y amenazante, y yo me encuentro solo, enfrentando lo desconocido.

Un balbuceo ininteligible me llega desde la sala principal, mezclado con el sonido de movimientos torpes y pesados.

Sin pensarlo dos veces, enciendo la luz principal. La potente luz inunda la habitación,

disipando las sombras y revelando la figura de un hombre alto y corpulento que rebusca en la caja registradora con manos temblorosas. Varias botellas vacías de alcohol yacen esparcidas por el suelo, testigos mudos de su estado de ebriedad.

Al verme, el hombre levanta la cabeza, sus ojos entrecerrados por la luz cegadora. Un gesto de sorpresa cruza su rostro curtido por el tiempo, seguido por una mueca de reconocimiento.

—Te conozco, tú eres el que se folla a mi hija —murmura con una sonrisa idiota, el alcohol nublando su pensamiento.

Es el padre de Kat, un hombre de carácter fuerte y a menudo hosco, conocido por su afición a la bebida. Su presencia en la taberna a altas horas de la noche y en este estado no augura nada bueno.

—¿Qué hace aquí? —le pregunto con voz firme, tratando de ocultar mi recelo.

—Solo... tomando un poco de lo que es mío —responde con una sonrisa vacilante, señalando las botellas vacías—. Después de todo, el bar me pertenece.

Su tono arrogante me irrita, pero me esfuerzo por mantener la calma. Sé que discutir con él en este estado solo empeorará las cosas.

—¿No debería estar en casa descansando? —le sugiero con suavidad—. Ya es tarde y la taberna está cerrada.

Se acerca a mí, tambaleándose ligeramente. Su aliento huele a alcohol rancio y me invade una sensación de asco.

—No me digas qué debo hacer, muchacho —gruñe con voz ronca—. Soy el padre de Katherine, el bar es mío, y puedo ir a donde me plazca.

Su actitud me pone a prueba. No puedo permitir que siga comportándose de esta manera en mi local. Tomo una decisión rápida.

—Le sugiero que se retire, señor —le digo con firmeza—. Si no lo hace, me veré obligado a llamar a las autoridades.

Mis palabras parecen tener el efecto deseado. El hombre me mira con una mezcla de ira y resignación. Finalmente, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta, tropezando con sus propios pies.

Con paso firme, me dirijo hacia la puerta de la taberna. Es necesario asegurarme de que no pueda volver a entrar. Echo la llave y coloco el garrote de roble detrás de la puerta, haciendo palanca para que resulte imposible forzarla.

Las luces de la taberna se apagan, dejando solo la tenue luz de la luna que se filtra a través de las ventanas. Un silencio sepulcral se apodera del local, roto solo por el zumbido del refrigerador y el leve crujir de la madera del viejo piso.

Me dirijo a mi habitación, sintiendo una mezcla de cansancio y preocupación. La noche ha sido larga y llena de sorpresas inesperadas. Solo espero que el resto de la semana transcurra sin más incidentes.

Al llegar a mi habitación, cojo el teléfono móvil que dejé olvidado sobre la mesita de noche. La pantalla se ilumina con el nombre de Kat. Su voz resuena como un trueno a través del pequeño artefacto.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —me pregunta histérica al otro lado del teléfono.

—Tu padre ha entrado, pero no te preocupes —le explico con calma—. He conseguido echarle sin llegar a las manos. Estaba muy ebrio.

Un silencio se produce al otro lado de la línea. Puedo imaginar la expresión de preocupación en el rostro de Kat.

—¿Estás bien? —pregunta finalmente.

—Sí, estoy bien —le aseguro—. No te preocupes por mí. Descansa y nos vemos cuando regreses.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer sobre la cama. La tensión del momento se disipa, dando paso a una oleada de cansancio. Cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

Capítulo 13

Kat regresa a Edimburgo poco después, radiante de alegría. Ha conseguido el trato que tanto deseaba con un comercial. Los detalles son escasos, pero su entusiasmo es contagioso.

Uno a uno, Lia, Marcus, Luke y yo disfrutamos de nuestros días de fiesta. Salidas nocturnas, risas, música y buena compañía nos permiten olvidar por un tiempo las responsabilidades y las preocupaciones diarias.

Soy el último en disfrutar de este breve respiro. Hoy, paseo por las afueras de Edimburgo, respirando el aire fresco y observando el paisaje que me rodea. La ciudad ha cambiado mucho, pero aún conserva ese encanto especial que siempre me cautivó.

Caminando por calles empedradas, paso junto a edificios antiguos y tiendas pintorescas. Siento una mezcla de nostalgia y emoción. La nostalgia por el pasado, por la vida que dejé atrás, por los recuerdos compartidos con mi familia y amigos. La emoción por el futuro, por las nuevas oportunidades que se me presentan, por la posibilidad de construir una nueva vida en este lugar.

De repente, me detengo en seco. Un familiar aroma a pan recién horneado me invade. Me acerco a una pequeña panadería y entro, atraído por el irresistible olor. Dentro, la dueña, una mujer amable de mediana edad, me saluda con una sonrisa cálida. Le pido un panecillo y un café, y me siento en una pequeña mesa junto a la ventana.

Mientras disfruto de mi desayuno, observo a la gente pasar por la calle. Veo a familias paseando, a parejas tomadas de la mano, a niños jugando.

Un suspiro escapa de mis labios. Me encantaría poder ver a mi hermano. Poder compartir con él y con Anna este proceso de adaptación. Ahora, el pasado, el que hasta hace unos meses era mi presente, me resulta muy lejano. Casi como un sueño.

Me levanto de la mesa y termino mi café. Es hora de regresar a la taberna. Sin embargo, cuando llego horas después, me encuentro con una pesadilla.

La gente sale del local espantada, sus gritos de terror resuenan en la noche. Sin pensarlo dos veces, entro a la taberna con el corazón en la boca. La escena que me encuentro es dantesca.

El padre de Kat y sus amigos, un grupo de hombres corpulentos y de aspecto pendenciero, están destrozando la taberna con una furia desmedida. Marcus yace en el suelo inconsciente, con la nariz rota, la sangre manchando su camisa. Lia, con el rostro pálido y los ojos llenos de terror, se protege detrás de Luke, quien también parece haber recibido algún golpe.

Kat, con la adrenalina corriendo por sus venas, empuña el garrote de roble que siempre tengo a mano detrás de la puerta. Su rostro está rojo de ira y sus ojos brillan con una determinación feroz.

—¡Fuera de aquí! —grita a su padre, amenazándolo con el garrote—. ¡Marchaos ahora mismo!

El padre de Kat y sus amigos solo se ríen a carcajadas, ignorando sus amenazas. Se están divirtiendo, disfrutando de la destrucción y el caos que han creado.

No puedo permitir que esto siga así. Ni siquiera lo pienso antes de entrar en acción. Me abalanzo sobre el matón que está a punto de golpear a Luke y lo golpeo con todas mis fuerzas en la mandíbula. El hombre cae al suelo como un saco de patatas, inconsciente.

Los otros matones se giran hacia mí, sorprendidos por mi repentina aparición. Uno de ellos, el más grande y musculoso del grupo, se acerca a mí con una sonrisa maliciosa y los puños en alto.

No tengo tiempo para pensar. Solo sé que tengo que proteger a Kat y a mis amigos. Me pongo

en guardia y me preparo para luchar.

Se lanza hacia mí, sus puños volando como martillos. Esquivó el primer golpe por los pelos, pero el segundo me alcanza en la mejilla, haciéndome tambalear. El sabor metálico de la sangre llena mi boca.

No me rindo. Aprieto los dientes y contraataco. Un golpe en el estómago lo dobla, otro en la cara lo hace retroceder. Aprovecho la ventaja y lo empujo contra la pared, donde cae inconsciente.

Los dos matones restantes me miran con recelo. No se atreven a acercarse, pero tampoco se van. Me observan con odio y rencor, como si estuvieran planeando su próximo movimiento.

Me giro hacia Lia con rapidez.

—¡Llama a la policía! —le grito— ¡Ahora!

Lia corre hacia el teléfono que está en la barra y marca el número de emergencia. Su voz tiembla mientras explica la situación al operador.

Los dos matones restantes, al ver que estoy llamando a la policía, se avalanzan sobre mí. Son más grandes y fuertes que yo, pero no son rivales para mi experiencia en combate. Con movimientos rápidos y precisos, los noqueo uno a uno. No son una amenaza real para mí.

Finalmente, solo queda el padre de Kat. Su rostro está rojo de ira y alcohol, y sus ojos brillan con una luz siniestra. Se acerca a mí con paso vacilante, tambaleándose ligeramente.

Kat, todavía aferrada al garrote de roble, podría haberlo fulminado con un solo golpe. Ha tenido oportunidades de sobra, pero la indecisión la paraliza. Puedo ver la furia en su mirada, el deseo de desatar una tormenta de violencia sobre su progenitor, pero algo la retiene. Y no la culpo. Las heridas del pasado son profundas, y el miedo a convertirse en lo que más odia la consume.

Me acerco a ellos con cautela, manteniendo una distancia prudencial. Mi voz, a pesar de la tensión que recorre mi cuerpo, se mantiene firme.

—Baja el garrote, Kat —le imploro con suavidad—. No vale la pena rebajarse a su nivel.

Ella tiembla, como si un gélido viento invernal la hubiera invadido. Sus ojos, llenos de lágrimas contenidas, me miran con una súplica silenciosa. Al ver que no responde, me veo obligado a actuar. Extiendo la mano con cuidado y, con un movimiento rápido, le arrebató el garrote de las manos. Ella no se resiste, solo me observa con una mezcla de dolor y agradecimiento.

En ese instante, el padre de Kat estalla en una carcajada áspera y desagradable que resuena en la taberna en ruinas.

—¡Zorra inútil! —espeta entre risas—. Eres débil, Katherine. ¡Eres débil como tu madre! ¡Por eso se largó!

Sus palabras hirientes son como puñales que atraviesan mi corazón. La ira se apodera de mí, nublando mi juicio. Nunca he sentido tal desprecio hacia nadie. Su presencia me revuelve las entrañas, su voz me hace hervir la sangre. No puedo controlarme más.

Me giro hacia él y, en un movimiento fulminante, le propino un puñetazo en la nariz. El golpe es tan contundente que el cartílago se rompe con un chasquido seco. No cae inconsciente, lo cual agradezco en el fondo de mi alma, porque quiero que sienta el dolor de los huesos rotos. Que saboree el sabor de su propia sangre.

Me acerco a él, agarrándolo por el cuello de la camisa con una fuerza desmedida. Mi voz, ahora cargada de furia contenida, resuena en la taberna como un trueno.

—Si vuelves a acercarte a ella, te juro por Dios que utilizaré mis propias manos para matarte —le gruño entre dientes.

Mis ojos, dos brasas incandescentes, lo fulminan con una mirada de odio visceral. Él traga saliva, aterrorizado por la intensidad de mi amenaza. En ese momento, las puertas de la taberna se abren de golpe y un grupo de agentes de policía irrumpe en la escena.

La tensión se corta como un cristal. Me veo obligado a soltarlo, tambaleándose hacia atrás, derrotado y humillado. Los agentes lo rodean y, tras una breve resistencia por su parte, lo esposan.

Los agentes de policía se llevan al padre de Kat y a sus compinches, dejando tras de sí un rastro de destrucción.

Nos toman declaración sobre lo sucedido, y el oficial a cargo me felicita por mi capacidad para defenderme y proteger. Sin embargo, me advierte con seriedad:

—Ha hecho lo correcto al protegerse, pero la violencia nunca es la solución. Busque la ayuda de las autoridades si se ve en una situación similar en el futuro.

Acepto sus palabras, aunque en mi interior aún arde la furia por la agresión que hemos sufrido. En ese momento, no vi otra salida. La violencia nunca ha sido mi primera opción, pero a veces las circunstancias te acorralan y te obligan a tomar decisiones difíciles.

Me acerco a Marcus, que yace inconsciente en el suelo. Los paramédicos ya están atendiéndolo y nos aseguran que no está grave, pero necesita atención médica. Lia y Luke lo acompañan en la ambulancia, sus rostros marcados por la preocupación y el miedo.

Kat y yo nos quedamos solos en la taberna, rodeados de los destrozos que han dejado su padre y sus amigos. Un silencio pesado se apodera del local, reemplazado por una mezcla de cansancio, dolor y tristeza.

Un silencio pesado se apodera del local. La adrenalina de la pelea ha desaparecido, dejando paso a una mezcla de cansancio, dolor y tristeza.

Me miro en el espejo roto detrás de la barra. Mi rostro está hinchado y tengo un corte en la mejilla. Pero lo que más me duele es ver el dolor en los ojos de Kat.

—Lo siento —le digo, tomando su mano entre las mías—. No debería haber pasado esto.

Kat me mira con lágrimas en los ojos.

—No es tu culpa, Lachlan —me asegura—. El único que tiene la culpa de esto es culpa mi padre. Es un hombre terrible. No sé por qué sigo permitiendo que pasen cosas así. Sé que debería haberlo denunciado hace mucho tiempo, pero hay algo que me paraliza cuando se trata de enfrentarme a él. Es la única familia que me queda, mi madre nos abandonó cuando yo era apenas una niña.

La escucho en silencio, sintiendo su dolor resonar en mi corazón. No quiero romper este momento de sinceridad, de desahogo que tanto necesita.

—Lo siento —susurra entre lágrimas—, nada de esto habría pasado si le hubiera parado antes los pies. El bar estaría intacto, y Marcus... Oh, Marcus... —dice llevándose las manos al rostro — Todo esto es culpa mía.

Kat se derrumba en el suelo, sollozando incontrolablemente. Yo me arrodillo a su lado y la abrazo con fuerza, sintiendo su cuerpo temblar entre mis brazos.

—No permitiré que te culpes por esto, por nada de lo que haga tu padre —le digo con firmeza—. Sois familia, pero no le debes nada. Él es el responsable de sus actos, no tú.

La abrazo con más fuerza, acariciándole la espalda con ternura. Pasamos varios minutos en esta posición, en un silencio cómplice que dice más que mil palabras.

Cuando finalmente se separa de mí, sus ojos hinchados por el llanto y su rostro enrojecido de la rabia me miran con una mezcla de gratitud y preocupación.

—Estás horrible —dice con una mueca de culpabilidad.

No puedo evitar sonreír ante su comentario, una sonrisa teñida de tristeza y cariño.

—Tú estás preciosa —le respondo juntando mi frente con la suya.

En su mirada veo una mezcla de dolor y vulnerabilidad que me conmueve hasta lo más profundo.

—¿Quieres... venir a mi casa esta noche? No quiero... estar sola. Y no quiero estar aquí hoy —dice con voz temblorosa.

La pregunta me pilló por sorpresa, desde que nos conocemos, nunca he estado en su hogar. Siempre que pasamos la noche juntos lo hacemos aquí, en mi pequeña habitación.

—Por supuesto —le respondo sin dudarlo.

En su rostro se dibuja una tenue sonrisa, una señal de esperanza en medio de la oscuridad. Me toma de la mano y juntos salimos de la taberna en ruinas, dejando atrás los escombros de la violencia y la tragedia.

Capítulo 14

Al llegar a su hogar, me sorprende su belleza. Es una pequeña casa de madera, con un jardín lleno de flores y un porche acogedor. Se nota el cuidado y el cariño que Kat ha puesto en su hogar.

Kat me toma de la mano y me guía por su casa, revelándome cada rincón con una sonrisa tímida. Su hogar es un reflejo de su personalidad: cálido, acogedor y lleno de detalles que hablan de su buen gusto y de su espíritu creativo.

La sala de estar es pequeña pero confortable, con un sofá de felpa color crema y una alfombra de flores que cubre el suelo de madera. En las paredes cuelgan cuadros pintados por ella misma, llenos de colores vibrantes y formas abstractas. Una librería repleta de libros apilados desordenadamente completa la escena, dando un toque de intelectualidad al ambiente.

La cocina, aunque compacta, está equipada con todo lo necesario para preparar una deliciosa comida. Ollas y sartenes cuelgan de un soporte junto a la ventana, mientras que el aroma a hierbas aromáticas impregna el aire. Sobre la mesa de madera, un mantel bordado con flores silvestres da la bienvenida a las comidas familiares.

Subimos las escaleras y llegamos a su habitación, un espacio pequeño pero lleno de encanto. La cama está tendida con sábanas blancas y hay un ramo de flores frescas sobre la mesita de noche. En las paredes cuelgan fotografías de Kat con sus amigos y familia, recuerdos de momentos felices que contrastan con la tristeza que la invade en este momento.

Nos sentamos en la cama y Kat me sirve una taza de té humeante. El aroma a lavanda y menta inunda mis sentidos, proporcionándome una sensación de calma y tranquilidad. Bebemos sin hablar, disfrutando de la compañía del otro en un silencio cómplice.

Y entonces ocurre algo. Kat empieza a hablar. Me habla de su infancia, de los pocos recuerdos que tiene de su madre y del vacío que sintió cuando se marchó. En ese momento no lo comprendía, pero cuando creció y vio la realidad del monstruo que es su padre, todo cobró sentido. Su madre no los había abandonado, había huido por su propia seguridad. Kat todavía no comprende por qué la dejó a ella con él, pero con el paso de los años, aprendió a perdonarla.

Sus palabras me conmueven profundamente. Puedo sentir su dolor, su confusión y su rabia contenida. Siento la necesidad de abrazarla pero me contengo, no quiero romper este momento.

Me confiesa que su padre nunca la ha tocado, a pesar de los comentarios asquerosos que hace. Saber eso me llena de profundo alivio. Comprendo que su padre ha sido una figura aterradora en su vida, pero también me doy cuenta de que es una mujer fuerte y valiente que ha sabido superar las adversidades.

En ese momento de intimidad y confianza, siento que me acerco más a ella que nunca antes. La veo como una persona vulnerable, pero al mismo tiempo, como una guerrera que lucha por salir adelante. Admiro su fuerza y su capacidad de amar, incluso después de haber sufrido tanto.

Kat termina de narrar su historia, su voz teñida de tristeza y dolor. Me mira expectante, como si esperara que yo también comparta mis secretos, mis vulnerabilidades. Y en ese momento, me encuentro en una encrucijada.

¿Puedo abrirme con ella? ¿Puedo contarle la verdad sobre mí, sobre mi origen que la desafiaría toda la realidad que conoce? La idea de perder su confianza me llena de un terror indescriptible.

Sin embargo, no puedo negar que la necesidad de compartir, de conectar con ella en un nivel

más profundo, me invade. Anhele contarle todo, de liberarme de la carga que he estado llevando durante tanto tiempo.

Pero la razón me frena. ¿Y si no me cree? ¿Y si mi revelación la aleja de mí? No puedo arriesgarme a perderla, no ahora que la he encontrado.

Así que, con un nudo en la garganta, decido tomar un camino diferente. Le hablo de mi familia, de mis hermanos, de la mano dura de mi padre. Aunque en realidad, mi padre no es tan malo como ella podría imaginar, siempre ha sido exigente con todos nosotros.

Le cuento sobre mi matrimonio, de cómo una vez estuve casado. De cómo ninguno de los dos nos amábamos, que nunca llegamos a consumir el matrimonio. Kat parece sorprendida al principio, pero puedo ver en sus ojos que no me juzga.

Continúo narrando mi historia con Ewan y Anna. Le hablo de cómo la prometida de Ewan, Iris, amenazó todas nuestras vidas, de cómo me vi obligado a tomar una decisión difícil. De cómo me equivoqué. No entro en detalles, le cuento lo suficiente, lo esencial. Cosas que no delaten mi verdadera época.

Mientras comparto estas experiencias, me doy cuenta de que, aunque no estoy revelando toda la verdad, sí estoy creando un puente de conexión con Kat. Le estoy mostrando una parte de mí, mis errores y aciertos, mis alegrías y tristezas. Y ella, a su vez, me escucha con atención.

La conversación fluye durante horas entre nosotros como un río caudaloso. Kat me confiesa sus sueños rotos, sus miedos y sus esperanzas, mientras yo le comparto fragmentos de mi pasado, cuidadosamente seleccionados para no revelar mi verdadero origen.

La noche avanza, y el cansancio se apodera de nosotros. Nos acurrucamos uno al lado del otro sobre las sábanas, buscando el calor y el consuelo en el abrazo mutuo. No hay necesidad de palabras, solo la presencia del otro, la sensación de conexión profunda que ha nacido entre nosotros en esta noche reveladora.

En la quietud de la habitación, cierro los ojos y respiro profundamente el aroma de Kat. Siento su cuerpo junto al mío, su calor, su ritmo cardíaco acompasado con el mío. Es una sensación de paz y tranquilidad que me invade por completo.

Esta noche no ha habido besos ni caricias, pero siento que esta noche ha sido la más íntima que he compartido con Kat. Hemos abierto nuestros corazones, hemos desnudado nuestras almas y nos hemos conectado a un nivel que va más allá de la atracción física.

La semana siguiente la pasamos reconstruyendo la taberna. Unidos por un dolor compartido y un deseo ferviente de volver a la normalidad, los vecinos se unen a nosotros en la ardua tarea de levantar la taberna de nuevo. El aire se llena del aroma a madera recién cortada, pintura fresca y sudor honesto, creando una mezcla embriagadora que impregna cada rincón del lugar.

Cada ladrillo que colocamos, cada tabla que clavamos, es un paso más hacia la recuperación. Un trabajo duro, sí, pero inmensamente gratificante. Lo hacemos juntos, codo con codo, hombro con hombro, como una comunidad unida por la adversidad.

Los días son largos y agotadores, pero la recompensa es inigualable. Ver cómo la taberna, otrora símbolo de alegría y unión, renace de sus cenizas, nos llena de esperanza y renueva nuestros ánimos. Por las noches, encuentro refugio en el hogar de Kat. Entre risas, confidencias y deliciosas cenas, compartimos momentos que me permiten olvidar, por un instante, las penurias del día. Y, por supuesto, cada noche la hago mía.

Mientras la taberna renace, la salud de Marcus sigue siendo nuestra principal preocupación. Afortunadamente, los médicos nos dan la mejor noticia posible: su estado es estable y pronto podrá regresar a casa. Lo visitamos cada día en el hospital, llevándole flores, palabras de aliento y la esperanza de una pronta recuperación. Ver su sonrisa, sentir su fortaleza, nos llena de una

fuerza renovada.

En paralelo, la investigación sobre el padre de Kat sigue su curso. La policía ha interrogado a varios testigos y ha reunido pruebas suficientes para arrestarlo. El hombre es acusado de intento de asesinato, agresión y amenazas. La justicia comienza a tomar su curso, y la sombra de la violencia se aleja poco a poco de nuestras vidas.

Finalmente, tras semanas de arduo trabajo y dedicación, la taberna vuelve a abrir sus puertas. Más vibrante que nunca, se convierte en un símbolo de nuestra resiliencia, de nuestra capacidad para superar las adversidades y construir un futuro mejor. En medio de la alegría por la recuperación de Marcus y la victoria sobre la violencia, Kat suelta una noticia que nos llena de emoción: vamos a asistir a los Juegos de Escocia a servir bebidas.

La idea me llena de ilusión. He oído hablar de estas festividades y, por lo que sé, es muy parecido a lo que hacíamos en mi época. No puedo esperar a verlo con mis propios ojos. Imagino las multitudes ataviadas con trajes tradicionales, los gaiteros tocando sus melodías ancestrales, los atletas compitiendo en pruebas de fuerza y habilidad. Será una experiencia inolvidable, un viaje a mis raíces, a las tradiciones que me vieron nacer.

Capítulo 15

La noticia del viaje a los Juegos de Escocia ha corrido como la pólvora, inyectando una dosis de vitalidad que no se veía desde hace mucho tiempo. La taberna, recién reconstruida tras el incidente, vuelve a ser el centro de la vida social, donde se comparten historias, se hacen planes y se respira un ambiente de alegría contagiosa que atrae a todos como un imán.

Kat, con su energía inagotable y su entusiasmo contagioso, se ha convertido en la líder indiscutible de la organización del viaje. Se encarga de todo, desde la reserva del alojamiento hasta la elección de los trajes tradicionales que vestiremos, con una atención al detalle que me deja fascinado. Su dedicación y pasión son inspiradoras, y no puedo evitar sentirme arrastrado por su entusiasmo.

Los días previos al viaje se convierten en un torbellino de actividad que envuelve a todo el pueblo. Las calles, otrora tranquilas, se llenan de gente atareada, cada uno con su rol en la preparación para este gran evento. Las costureras, hadas de la aguja y el hilo, trabajan sin descanso en sus pequeños talleres, confeccionando los trajes con una maestría y una dedicación que me transportan a otra época. Sus manos hábiles dan vida a faldas plisadas, camisas adornadas y chalecos de tartán, creando un mosaico de colores y texturas que reflejan el orgullo escocés.

En las plazas y tabernas, los vecinos se reúnen para charlar animadamente sobre las expectativas para los juegos. Sus voces se entremezclan en un coro de entusiasmo, compartiendo historias, anécdotas y predicciones sobre las competiciones. La ilusión por participar en este evento ancestral se palpa en el ambiente, uniendo a todos en un sentimiento de comunidad y orgullo que me llena de emoción.

En casa de Kat, el ambiente es aún más frenético. Ella, con su pasión por la cocina, se dedica con esmero a la preparación de la comida que serviremos allí, escogiendo los mejores ingredientes y siguiendo recetas tradicionales que han pasado de generación en generación. El aroma a especias exóticas, hierbas aromáticas y guisos sabrosos impregna el aire, creando una atmósfera cálida y acogedora que me envuelve como un abrazo. Observarla trabajar, con tanta dedicación y cariño, me hace sentir afortunado de tenerla a mi lado.

El día de la partida llega finalmente, cargado de emoción y expectativa. Sin embargo, un pequeño contratiempo surge: la cantidad de equipaje que hemos preparado supera con creces la capacidad del vehículo previsto. A regañadientes, nos vemos obligados a alquilar dos furgonetas, lo que genera un poco de caos y confusión. Pero incluso este contratiempo no puede empañar la alegría y la ilusión que sentimos todos por el viaje que nos espera.

Tras poco más de una hora de viaje, las furgonetas llegan a Stirling. La ciudad se alza ante nosotros como un portal a otra época, con su imponente castillo dominando el horizonte, sus calles empedradas llenas de historia y un ambiente festivo que se respira en cada rincón. Los colores vibrantes de los trajes tradicionales, el sonido de las gaitas y tambores resonando en el aire, y los aromas a comida callejera y cerveza fresca nos invaden, transportándonos a un mundo diferente, lleno de tradiciones ancestrales y espíritu festivo.

Nos dirigimos a nuestro alojamiento, una gran posada, o como la llaman ahora, un hotel, situado en el corazón de la ciudad. El bullicio de los juegos se apaga momentáneamente mientras cruzamos el umbral de este refugio histórico. Allí, dejamos nuestras pertenencias y nos preparamos para sumergirnos en la atmósfera de las celebraciones.

Mientras descargamos la mercancía, un roce accidental con Kat enciende una chispa de deseo en mi interior. El aroma a lavanda y vainilla que emana de su cabello despierta mis sentidos, y la cercanía de su cuerpo me hace sentir una calidez que contrasta con la frescura del aire otoñal.

—¿De verdad quieres compartir habitación con Lia? —le susurro al oído, mi voz ronca por la emoción que me embarga.

Kat me mira con una sonrisa pícaro en sus labios. Sus ojos verdes, brillando bajo la luz del sol, me desafían con una mezcla de coquetería y complicidad.

—Lia no va a dormir con Luke y Marcus, roncan demasiado —me dice en voz baja, con un tono que me hace temblar—. Y es más barato alquilar dos habitaciones que tres. No voy a gastar más dinero solo porque tú no puedes aguantar unos días sin probarme —añade con un guiño malicioso.

Sus palabras me hacen estallar en una carcajada grave.

—¿Que yo no puedo aguantarme? —le digo, con un tono desafiante—. Veremos quién cae antes ante la tentación. Luego no me pidas que te posea en la cama contigua a Marcus y Luke... —le respondo, ganándome un codazo por su parte.

La jornada amanece con un cielo despejado y un sol radiante que baña las calles de Stirling en una luz dorada. El ambiente en la ciudad es eléctrico; la emoción por los Juegos de Escocia se palpa en el aire y se refleja en las sonrisas de los lugareños y visitantes.

Nos dirigimos al lugar donde ofreceremos nuestros servicios de bebidas y comida durante los juegos. Se trata de una gran explanada al aire libre, situada al pie del imponente castillo de Stirling. La zona está repleta de puestos de comida y bebida de todo tipo, creando un mosaico de colores, aromas y sabores que embriaga los sentidos.

A nuestro alrededor, observo carpas de lona adornadas con tartán, donde se ofrecen platos típicos escoceses como haggis, neeps and tatties, stovies y Cullen skink. El aroma a especias, carne asada y verduras frescas se mezcla con el olor a cerveza recién servida y whisky añejo, creando una atmósfera irresistible. Cada bocanada es un viaje a través de la gastronomía tradicional escocesa, un festín para el paladar que me transporta a otra época.

En otros puestos, se pueden encontrar dulces tradicionales como shortbread, cranachan y fudge, que deleitan el paladar con su dulzura y textura. Los colores vibrantes de las frutas frescas y las verduras de temporada también atraen la atención, invitando a probar productos locales y de temporada. Cada pieza es una explosión de sabor, una oda a la frescura y la calidad de los ingredientes.

El sonido de las gaitas y tambores resuena por toda la explanada, creando una atmósfera festiva que invita a bailar y celebrar. Grupos de bailarines tradicionales, ataviados con trajes de tartán, realizan danzas ancestrales con una energía contagiosa. El público los observa con fascinación, admirando su destreza y sincronización. Cada paso, cada giro, cada melodía me transportan a las raíces de esta tierra, a un legado cultural que se mantiene vivo a través del tiempo.

En algunos rincones, encuentro artesanos locales que exhiben sus productos: joyería hecha a mano, tallas de madera, tejidos de tartán y otros objetos que reflejan la rica cultura y tradiciones de Escocia. Cada pieza es una obra de arte única que lleva consigo la historia y el alma de este pueblo. Admiro la dedicación y el talento de estos artesanos, que mantienen viva la esencia de Escocia a través de su trabajo.

Nos dirigimos a nuestro puesto, una pequeña caseta de madera situada en un extremo de la explanada. La decoramos con banderines de colores y carteles que anuncian nuestra oferta de bebidas y comida. Colocamos mesas y bancos para que los clientes puedan disfrutar de nuestros

productos con comodidad.

Kat y Marcus se encargan de preparar una variedad de platos típicos escoceses, utilizando ingredientes frescos y de alta calidad. Cada receta la elabora con mimo y dedicación, buscando capturar los sabores y aromas auténticos de la cocina tradicional.

Yo, por mi parte, me encargo de servir las bebidas. Ofrezco una selección de cervezas artesanales locales, whiskys añejos y refrescos para todos los gustos.

Lia y Luke nos ayudan sirviendo y atendiendo a la gente, y reponiendo lo necesario. Su energía y entusiasmo son contagiosos, y contribuyen a crear un ambiente cálido y acogedor en nuestro puesto.

El primer día en los Juegos de Escocia transcurre a un ritmo trepidante. La explanada se convierte en un hervidero de gente, un mar multicolor de rostros alegres y expectantes. El aire se llena de una mezcla embriagadora de aromas: el ahumado del haggis, el dulzor del shortbread, el frescor de la cerveza recién servida y el intenso aroma del whisky añejo.

No tenemos un momento de calma. La demanda de comida y bebida es incesante. Las colas en nuestro puesto no se acortan, y Kat, Marcus, Lia y yo trabajamos sin descanso para atender a los clientes.

Y cuando el sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos naranjas y violetas, la explanada se transforma en un escenario mágico. La música de las gaitas y tambores se intensifica, elevándose como un canto ancestral que invita a la celebración. Los bailarines tradicionales, ataviados con trajes de tartán multicolor, se mueven con una energía contagiosa, sus pies golpeando el suelo con fuerza y precisión, sus cuerpos girando en un torbellino de color y movimiento.

A pesar del cansancio acumulado por un día frenético, me siento lleno de satisfacción. Observo la explanada iluminada por la luz de las antorchas, y por un momento, me invade una sensación de familiaridad, como si hubiera regresado a un hogar que creía perdido en las brumas del tiempo.

De repente, Kat sale de la caseta con una sonrisa radiante en su rostro. Sus ojos verdes brillan con picardía mientras me mira de arriba abajo.

—¡Eh, tú, Highlander! —me dice con un tono juguetón— Algo me dice que te sabes todos los pasos de baile.

Mi mirada se dirige hacia los bailarines tradicionales, y una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios. Por supuesto que los conozco, tuve muy buenos profesores en las fiestas y celebraciones de mi pueblo. Pero eso no significa que quiera mostrárselos a ella.

Como si pudiera leer mi mente, Kat me lanza una mirada desafiante. Se acerca a mí, me toma del brazo con firmeza y me arrastra hacia el gentío que rodea a los bailarines. La gente se mueve al ritmo de la música, sus cuerpos entregados a la alegría del momento. Kat comienza a bailar con una gracia natural que me sorprende, moviendo sus caderas con una sensualidad que me cautiva.

—¡Vamos! —me apremia ella con una sonrisa radiante—. ¡No te quedes ahí parado!

Me veo rendido ante su entusiasmo y, con un suspiro de resignación, empiezo a moverme también. Mis pies se unen al ritmo frenético de la música, y enseguida siento cómo la adrenalina recorre mis venas. No tardo en notar la felicidad inundar mi pecho. La gente baila y ríe a nuestro alrededor, formando un círculo de alegría que nos envuelve en su calor. La música es alegre, vivaz, y me transporta a un mundo de libertad y despreocupación.

Bailamos durante un rato que parece una eternidad. Nuestros cuerpos se mueven al ritmo de la música, como si estuviéramos en trance.

Finalmente, exhaustos pero felices, decidimos regresar a la caseta. Luke, Marcus y Lia nos reciben con una mezcla de reproches y risas. Nos han estado buscando por toda la explanada, preocupados por nuestra desaparición.

Con un poco de vergüenza, les pedimos disculpas y nos ponemos a trabajar con renovadas energías. La última hora de la jornada es un torbellino de actividad, pero logramos atender a todos los clientes con profesionalidad y amabilidad.

Cuando la jornada llega a su fin, nos sentimos satisfechos por un trabajo bien hecho. El cansancio se nota en nuestros cuerpos, pero la sonrisa no abandona nuestros rostros. Nos dirigimos al hotel, ansiosos por descansar y reponer fuerzas para mañana.

Capítulo 16

El segundo día en los Juegos de Escocia transcurre con una intensidad similar al anterior. La explanada sigue repleta de gente, el ambiente es festivo y la demanda de comida y bebida es alta. Kat, Marcus y Lia trabajan sin descanso para atender a los clientes, mientras que Luke y yo, por primera vez, nos animamos a participar en algunas de las actividades que se ofrecen.

Al caer la tarde, cerramos la caseta para que nuestros compañeros puedan venir a apoyarnos en las últimas competiciones del día. No conseguimos ganar ni una sola vez, pero reconozco que ha sido divertido.

Entre lanzamiento de troncos y carreras de sacos, Luke, con su habitual entusiasmo contagioso, se me acerca con una propuesta inesperada.

—¿Y si te haces un pendiente?.

La idea me sorprende, pero la verdad es que las cervezas han fluido y el ambiente festivo de los Juegos de Escocia me tiene en un estado de ánimo abierto a la improvisación. Además, la sonrisa traviesa de Luke y los comentarios jocosos de nuestros amigos no ayudan a que me resista.

Con una mezcla de duda y curiosidad, me dejo llevar por la espontaneidad del momento. Nos dirigimos a una de las tiendas ambulantes que ofrecen artesanías locales, donde encontramos a una amable señora que, con destreza y buen gusto, nos perfora la oreja. La sensación es un poco incómoda, pero la adrenalina del momento y la emoción de lo desconocido me hacen superar el pequeño pinchazo.

Al final, el resultado no es tan desastroso como me temía. El pendiente, un pequeño aro de plata con un diseño celta, luce bastante bien en mi oreja. Mis amigos me felicitan por mi valentía y algunos incluso me dicen que me queda "muy bien". La verdad es que me siento un poco extraño, pero al mismo tiempo, satisfecho de haberme atrevido a salir de mi zona de confort. Sobre todo después de la mirada lasciva que me lanza Kat.

Una vez terminadas las competiciones, nos reunimos todos en la explanada para celebrar el éxito del día. Compartimos comida, bebida y risas, mientras disfrutamos del espectáculo de fuegos artificiales que ilumina el cielo nocturno.

En algún momento, la noche nos invita a dispersarnos. Lia, con una sonrisa tímida y una mirada llena de ilusión, se marcha junto a una chica que no ha dejado de ponerle ojitos desde hace horas. Luke y Marcus se lanzan a la pista de baile, sus pasos son... interesantes.

Kat y yo nos quedamos solos, sentados sobre la hierva con una botella de whisky para nosotros solos. La luz tenue de las estrellas y el eco distante de la música crean una atmósfera íntima y acogedora.

Kat toma un sorbo de whisky y me mira con una sonrisa traviesa.

—¿Es tu primera vez en los juegos? —me pregunta con un tono de voz juguetón— Pareces bastante familiarizado con todo esto.

—Donde yo vengo se celebran festejos como este, sólo que más pequeños.

Ella alza una ceja con curiosidad. Y antes de que me pregunte más, yo sonrío y la tomo de la mano.

—Claro, que esto podría ser mucho más divertido... —susurro con voz ronca, acercándome a ella para besarla.

Kat me devuelve el beso con una avidez que me hace comprender que lo desea tanto como yo.

Nuestros cuerpos se encienden enseguida, como si una chispa eléctrica hubiera recorrido nuestras venas. La beso con pasión, sintiendo cómo la tensión entre nosotros aumenta con cada roce, con cada caricia.

Tenemos que forzarnos a detenernos antes de dar un espectáculo. Con el rostro ruborizado y la respiración entrecortada, me mira con esos ojos verdes que me hipnotizan.

—Hay unas tiendas que podríamos alquilar por unas horas... —me propone ella en voz baja, con un tono sensual que me hace temblar.

Yo sonrío y vuelvo a besarla, esta vez con más intensidad, con más deseo.

—No sé a qué estamos esperando, entonces —le respondo con voz ronca, sintiendo cómo la adrenalina corre por mis venas.

No tardamos en encontrar una disponible. Y al entrar, el ambiente cambia. La luz es más tenue, y el espacio reducido añade una intimidad que nos envuelve. No hay necesidad de palabras. Cerramos la cremallera de la entrada y, en un segundo, estamos uno contra el otro, besándonos con una intensidad que casi nos consume.

—Debo admitir que el pendiente te queda muy sexy... —murmura sonriente contra mis labios.

Yo gruño como respuesta mientras mis manos exploran su cuerpo con avidez, deslizando la tela de su vestido hacia arriba, dejándola expuesta. Kat responde desabrochando mi camisa con dedos ágiles y seguros, sin dejar de besarme ni un segundo. Sus manos viajan por mi pecho desnudo, sus uñas raspando ligeramente, provocando una serie de escalofríos que recorren mi columna.

Finalmente, nos tumbamos en el suelo de la tienda, sobre una manta que, aunque áspera, se siente perfecta en este momento de pasión desenfrenada. Me hundo en ella sin preámbulos, sintiendo su calidez envolverme. La necesidad de sentirla es abrumadora, urgente.

Kat me envuelve con sus piernas, acercándose más, sus uñas dejando surcos suaves en mi espalda que me electrizan. Sus ojos se cierran y su boca se abre en un gemido ahogado que se mezcla con el ritmo de la música distante. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada centímetro de piel ardiente.

La embisto con fuerza, sin miramientos, cada movimiento llenándose de una satisfacción profunda y primaria. Siento sus músculos tensarse a mi alrededor, su cuerpo respondiendo a cada embate con una urgencia igual a la mía. La tienda se llena de sus gemidos, susurrando mi nombre entre jadeos, un sonido que me vuelve loco.

—Dios, cómo te deseo —susurro entre dientes, mi voz cargada de lujuria.

Kat arquea su espalda, sus pechos presionándose contra mi pecho, su rostro contorsionándose en una expresión de puro placer. Sus ojos, normalmente verdes y brillantes, ahora están oscuros y nublados por la pasión. Sus labios entreabiertos dejan escapar suspiros y gemidos que me incitan a ir más profundo, a moverme más rápido.

La veo retorcerse de placer debajo de mí, cada movimiento de su cuerpo una respuesta a mi toque, a mis embates. Su piel brilla con una fina capa de sudor, sus mejillas enrojecidas, su cabello desordenado alrededor de su rostro. Es absolutamente preciosa, una visión de deseo y abandono que me hace sentir como si estuviera soñando.

La sensación de estar dentro de ella, de sentirla tan íntimamente, es abrumadora. Mis manos acarician su cuerpo, subiendo por sus costados, sosteniendo sus caderas mientras empujo una y otra vez.

—Ah, Lachlan... —gime mi nombre, su voz quebrándose por la intensidad del momento.

Sus uñas se clavan en mis hombros, sus piernas apretándose más fuerte. Puedo ver cómo se

acerca al borde, sus músculos tensándose, su respiración volviéndose errática.

Finalmente, el momento llega. Nos movemos juntos una última vez, alcanzando el clímax en una explosión de sensaciones. Siento su cuerpo estremecerse bajo el mío, sus gemidos llenando la tienda mientras yo también me dejo llevar, entregándome completamente a la ola de placer.

Nos dejamos caer, agotados pero satisfechos, sobre el lecho improvisado dentro de la tienda. Nuestras respiraciones pesadas llenan el aire caliente, mezclándose con el aroma de la tierra húmeda y la hierba mojada. La luz tenue de la luna se filtra a través de la tela fina, creando un ambiente íntimo y acogedor.

La miro una vez más, observando su rostro angelical, enmarcado por mechones de cabello dorado que han escapado de su trenza. Sus labios, aún hinchados por nuestros besos apasionados, dibujan una leve sonrisa reflejando la satisfacción y la plenitud del momento. No puedo evitar sonreír al contemplarla, sintiendo una calidez que recorre mi pecho y me llena de una felicidad inexplicable.

—¿Qué pasa? —me pregunta ella en voz baja, con una sonrisa tímida asomándose a sus labios.

Entonces me doy cuenta de algo que ha estado latente en mi interior durante las últimas semanas, algo que se ha ido intensificando con cada mirada, cada sonrisa, cada roce. Algo que ya no puedo reprimir más.

—Creo que me estoy enamorando de ti —le digo con voz firme.

Las palabras salen de mis labios sin previo aviso, sin tiempo para planearlas o meditarlas. Son la expresión sincera de un sentimiento que ha ido creciendo en lo más profundo de mi corazón, un sentimiento que ni siquiera yo mismo he podido negar por más tiempo.

La sonrisa de Kat se desvanece, reemplazada por una expresión de sorpresa y confusión. Sus ojos verdes se ensombrecen, y un gesto de inquietud se dibuja en su rostro.

—Lachlan, ya hemos hablado de esto... —dice con voz temblorosa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para expresar lo que siente.

Me incorporo antes de que pueda continuar. Tomo su rostro con mis manos cálidas y la miro a los ojos con intensidad, tratando de transmitirle la sinceridad de mis sentimientos.

—No te estoy pidiendo que me ames, Kat —le digo con suavidad, tratando de calmar sus miedos—. Puedo vivir así, con lo que tenemos. Pero he creído que deberías saberlo.

Ella me mira en silencio durante un largo rato. Sus ojos verdes parecen escudriñar mi alma, buscando las verdades ocultas en mi corazón. Su expresión refleja una lucha interna, un torbellino de emociones que no sabe cómo gestionar.

—Eres especial para mí, Lachlan —murmura finalmente, con un tono de voz que refleja su confusión interna—. Pero ahora yo no...

Sus palabras me golpean como olas contra un acantilado, pero no me derrumban. He vivido en una época en la que el amor no siempre era el motor del matrimonio, en la que la felicidad muchas veces era un espejismo.

—Está bien, puedo esperar —le digo con determinación, sin dejar rastro de duda en mi voz.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y una expresión de culpabilidad se dibuja en su rostro.

—¿Y si nunca llego a sentir eso por ti? —pregunta con voz temblorosa, como si temiera hacerme daño—. ¿Y si nunca llego a ser lo que necesitas?

La abrazo con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo tiembla entre mis brazos.

—Entonces lo soportaré —le digo con convicción—. Por ti, lo haré.

Me separo de ella lo justo para poder mirarla a los ojos, que ahora brillan con lágrimas. Con mis pulgares, le acaricio las mejillas y limpio las lágrimas que surcan su rostro.

—Pero, por favor, Kat —le suplico con voz ronca—, no me alejes de tu lado.

En ese momento, sus ojos se llenan de una emoción que no puedo descifrar. Es una mezcla de tristeza, confusión y algo más profundo, algo que no puedo nombrar. Y entonces, sin previo aviso, me besa.

Un beso inesperado, lleno de una intensidad que me deja sin aliento. Su lengua busca la mía con una necesidad que me sorprende, pero no me resisto. Me dejo llevar por la pasión que emana de sus labios, por la fuerza de su deseo.

Kat se coloca sobre mí, sus movimientos llenos de una sensualidad que me hipnotiza. La veo deslizarse sobre mi miembro, lenta y deliberadamente, como si quisiera prolongar este momento de conexión. Mis manos se aferran a sus caderas, guiándola suavemente mientras ella marca el ritmo.

Sus ojos se cierran y su cabeza se inclina hacia atrás, dejando que su cabello caiga en cascada sobre sus hombros, sus caderas girando en un ritmo que me vuelve loco. Sus manos descansan en mi pecho, sus uñas clavándose ligeramente en mi piel cada vez que se desliza hacia abajo. Sus gemidos se vuelven más intensos, cada uno resonando en el pequeño espacio de la tienda, mezclándose con la música lejana del festival.

Mis manos recorren su espalda, bajando hasta sus nalgas, ayudándola a moverse con más fuerza, con más urgencia. Cada embate es una ola de placer que nos consume a ambos, llevándonos al borde una y otra vez.

Kat se mueve con una gracia casi felina, su cuerpo ondulando sobre el mío, cada movimiento un reflejo de la pasión que arde entre nosotros. Veo cómo se retuerce de placer, su rostro contorsionado en una expresión de éxtasis puro. Sus gemidos se vuelven más fuertes, más desesperados, y puedo sentir cómo sus músculos se tensan a mi alrededor, acercándonos al clímax.

—Lachlan... —gime mi nombre, su voz quebrándose por la intensidad del momento.

Siento una oleada de deseo recorrer mi cuerpo, y con un último empuje, nos encontramos en una explosión de sensaciones. El mundo parece desvanecerse, dejando solo el latido frenético de nuestros corazones y el éxtasis compartido. Kat se deja caer sobre mí, sus respiraciones pesadas sincronizadas con las mías.

Mis manos recorren su espalda, acariciando la piel suave y caliente, mientras espero a que recupere el aliento. En ese momento de quietud y cercanía, una revelación se abre paso en mi mente. Algo que ella todavía no sabe. Un secreto que guardaré hasta que sea capaz de verlo por sí misma.

Capítulo 17

No regresamos a nuestras habitaciones en el hotel esa noche. La oscuridad se convierte en cómplice de nuestros susurros y caricias, estirando el tiempo en una danza sensual que solo nosotros conocemos.

El resto del día transcurre entre una mezcla de normalidad y la emoción latente de lo ocurrido la noche anterior. A pesar de que nos esforzamos por actuar con naturalidad, las miradas sugerentes y las risitas mal disimuladas de nuestros compañeros son una constante. Sabían lo nuestro desde hace tiempo, lo habían intuido en las miradas furtivas, en los roces fugaces, en la tensión palpable que reinaba entre nosotros. Pero esta noche, hemos dejado de escondernos, hemos dado rienda suelta a nuestros deseos bajo la luz de la luna, y ahora, las pruebas de nuestra pasión son evidentes.

A pesar de las miradas indiscretas y los comentarios murmurados, nos movemos con una naturalidad fingida. Servimos comida y bebidas con sonrisas forzadas, nos escapamos por turnos para disfrutar de las festividades con el resto del grupo, y bebemos juntos, tratando de ahogar la incomodidad en el fondo de nuestras copas.

Pero en nuestros ojos, en la forma en que nos miramos cuando nadie nos observa, se refleja la verdad. Algo ha cambiado.

Por la noche cerramos el negocio de nuevo para disfrutar de los últimos días en los Juegos de Escocia. Kat y yo estamos bailando al son de la música, nuestros cuerpos se mueven en una danza sincronizada que desafía las tradiciones escocesas. En vez de eso, Kat ha decidido provocarme en público, contoneándose a mi alrededor con movimientos de lo más sugerente. Sus caderas se balancean al ritmo de la gaita, sus ojos me miran con una chispa de desafío y deseo. No puedo evitar sonreír, encantado por su descaro y por la forma en que me hace sentir.

Estoy besándola de nuevo, con pasión y entrega, cuando escucho un estallido de aplausos y vítores. Nos giramos con curiosidad para ver qué está pasando, y mi corazón se detiene en seco. En el centro de la pista de baile, sobre unos tabloncillos improvisados, está bailando un hombre pelirrojo. Sus pasos son impecables, llenos de energía y precisión, pero no es eso lo que me deja sin aliento. Lo que me deja totalmente descolocado, lo que hace que se me detenga el corazón y me cueste respirar, es que conozco a ese hombre.

El bailarín no es otro que mi hermano Ewan.

Lo miro sin poder creer lo que estoy viendo. Su rostro está iluminado por una sonrisa triunfal, sus ojos brillan con una energía que no reconozco. Parece feliz, contento, como si recordara nada de lo que pasó unos meses atrás.

No sé qué hacer, cómo reaccionar. La música sigue sonando, la gente sigue aplaudiendo, pero para mí el mundo se ha detenido. Solo existo yo, Ewan y el espacio que nos separa.

Kat me mira con preocupación, sin entender lo que está pasando. Pero yo no soy capaz de hablar. Mi mente se bloquea, incapaz de procesar la imagen frente a mí. Pero mis pies se mueven por sí solos, guiándome hacia el centro de la pista, donde Ewan brilla bajo las luces.

Espero a que termine la canción, el ritmo vibrante resonando en mis oídos. La gente aplaude, vitorea al bailarín, pero yo solo tengo ojos para mi hermano. Cuando la música se apaga, doy un paso al frente.

—Ewan —susurro, con la voz temblorosa por la emoción.

Mi hermano se gira, su rostro contorsionado en una mezcla de sorpresa e incredulidad. Se ha

puesto pálido, como si viera un fantasma. Y, en cierto modo, podría decirse que así es.

Se acerca a mí con pasos dubitativos, su mano extendida tentativamente. La tomo entre las mías, sintiendo el calor familiar de su piel. No puedo creerlo. Está aquí, de pie frente a mí, vivo y sano.

—Lachlan —murmura él, con la voz entrecortada por la emoción contenida—. Estás... Estás aquí de verdad. ¿Cómo es posible...?

Las palabras se agotan en nuestras gargantas, reemplazadas por un abrazo que encierra meses de angustia, incertidumbre y anhelo. En ese momento, solo importa que estamos juntos, que estamos vivos, que nos hemos encontrado de nuevo.

Las lágrimas brotan de mis ojos mientras lo aprieto contra mi pecho. No puedo creer que esté aquí, frente a mí, sano y salvo. Lo he estado buscando durante meses, sin descanso, sin esperanza. Y ahora, aquí está, como si no hubiera pasado nada.

—¡Ewan! Has estado increíble... —dice una voz familiar que me saca de mi trance— ¿Lachlan? —exclama Anna al verme.

Me separo de mi hermano justo a tiempo para que su esposa se me lance a los brazos.

—¡Oh, Lachlan, estás aquí! —exclama Anna entre sollozos, su rostro empapado de lágrimas de alegría.

Aprieto el abrazo con fuerza, sintiendo su cuerpo temblar en mis brazos. No puedo creerlo. Están bien. Están juntos y bien. Y están aquí, conmigo.

—¿Pero qué llevas colgado de la oreja? —dice Ewan con curiosidad— ¿No se supone que eso es de mujer?

—Hay que modernizarse, hermano —respondo yo, explicándole cómo me convencieron para agujerearme la oreja.

La alegría se desborda en mi corazón, llenando cada rincón de mi ser. He encontrado a mi hermano, he reencontrado a mi familia. Pero de repente, la realidad me golpea como un balde de agua fría. Kat está a mi lado, mirándome con una mezcla de curiosidad y preocupación. No puedo seguir ignorándola.

Me separo de Ewan y Anna, que se miran con complicidad y comprensión.

—Kat —digo, girándome hacia ella—, te presento a mi hermano pequeño, Ewan. Y a su esposa, Anna.

Kat sonríe con calidez.

—Es un placer conoceros —dice—. He oído hablar mucho de vosotros.

—El placer es nuestro —dice Ewan.

Anna parece que va a decir algo, pero no ha dejado de llorar desde que me ha visto. Ewan la abraza con ternura para consolarla.

—Debéis disculparla —dice mi hermano—, las hormonas del embarazo la tienen un poco sensible últimamente.

Yo los observo sin comprender del todo sus palabras. Tardo demasiado en darme cuenta del abultado vientre de Anna. La noticia me pilla desprevenido, y un torbellino de emociones me invade. Me invade la alegría por la próxima llegada de un nuevo miembro a la familia, pero también el recuerdo de mi otro sobrino, al que tuve que enterrar con mis propias manos, me arrolla.

Me arrodillo frente a Anna y coloco las manos sobre su barriga.

—Siento tanto... —empiezo a decir, pero no consigo terminar la frase.

Las lágrimas brotan de mis ojos. No sé cómo expresar las emociones que me invaden.

Anna me acaricia el pelo con ternura.

—Cumpliste tu promesa, Lachlan —dice—. Estamos a salvo. Y es todo gracias a ti.

Me levanto y los abrazo con fuerza, un abrazo lleno de cariño, agradecimiento y esperanza. La alegría por la nueva vida que está por llegar se mezcla con el dolor de la pérdida, pero en ese momento, lo que predomina es el amor que nos une como familia.

—Enhorabuena —digo, con la voz entrecortada por la emoción—. Estoy muy feliz por vosotros.

—Gracias, hermano —responde Ewan, abrazándome con fuerza—. No podríamos estar más contentos.

Kat observa la escena con una mezcla de curiosidad y confusión. No entiende lo que está pasando, pero no dice nada. Sé que más tarde me pedirá explicaciones acerca de tanto dramatismo.

El resto de la velada la pasamos juntos, compartiendo historias, risas y planes para el futuro. Intercambiamos números de teléfono y comenzamos a esbozar ideas para visitas y reuniones familiares. Ewan y Anna me cuentan que, después de todo lo que han pasado, necesitaban alejarse un poco de Escocia. Lo que comenzó como una luna de miel de unas semanas se alargó en un viaje por el mundo de varios meses. Ahora viven en una casa en Inverness, una vida tranquila y llena de paz que se merecen.

Me alegro por ellos. Han pasado por muchas dificultades, pero han salido adelante, más fuertes y unidos que nunca. Y ahora, con la llegada de un nuevo bebé, su futuro se presenta lleno de esperanza.

La noche se pasa volando entre risas, recuerdos y sueños compartidos. Cuando llega el momento de despedirse, me siento pleno. La alegría del reencuentro, el amor por mi familia y la esperanza por el futuro me llenan el corazón. Me despido de Ewan y Anna con un fuerte abrazo, prometiéndoles que nos volveremos a ver pronto. Kat me mira con una sonrisa traviesa, ansiosa por escuchar la historia completa.

Espera a quedarnos a solas antes de comenzar su interrogatorio.

—Bueno, Lachlan MacLeod —dice finalmente—, creo que ha llegado el momento de contarme todo.

Suspiro y le dedico una sonrisa cansada, preparándome mentalmente para la conversación que sé que se avecina. Sé que será difícil, que tendré que revivir momentos dolorosos y explicar cosas que son difíciles de creer. Pero también sé que Kat merece la verdad. No quiero ocultárselo más. Quiero que conozca todo de mí, es lo mínimo que puedo hacer si quiero recibir lo mismo a cambio.

Sin embargo, antes de encontrar siquiera el valor para empezar a hablar, alguien nos interrumpe. Una anciana de cabello largo y gris, cuyos ojos envejecidos me observan con gran expectación. Su mirada penetrante parece escrutarme hasta el fondo del alma.

—Otro viajero —murmura sin dejar de mirarme.

—¡Abuela! —exclama entonces Kat— ¿Qué haces aquí? ¿Sigues ganándote la vida leyéndole el futuro a la gente? —luego se vuelve hacia mí— Lachlan, te presento a mi abuela, Mairi Abernethy.

La anciana se acerca a mí con paso lento, su presencia irradiando una energía mística que me pone los pelos de punta. Me toma una mano entre las suyas, y sus dedos fríos me transmiten una extraña sensación de paz.

—Lachlan MacLeod —dice con una voz ronca y profunda—, el destino te ha traído hasta aquí por una razón. No temas compartir tu verdad, pues solo así podrás encontrar la paz que anhelas.

Sus palabras me dejan sin aliento. ¿Cómo sabe quién soy? ¿Cómo ha adivinado mi secreto?

Siento la ansiedad crecer en mí.

—Abuela —dice Kat, algo intrigada—, ¿qué quieres decir? ¿Conoces a Lachlan?

Mairi Abernethy sonríe con una sabiduría ancestral.

—El tiempo es un río que fluye en ambos sentidos, Kat. Y algunos, como Lachlan, están destinados a navegar por sus aguas.

Su mirada se posa en mí una vez más, y en sus ojos veo un reflejo de mi propia alma. En ese instante, sé que no tengo que temerle. Ella me comprende, me acepta.

—Vamos, seguidme —dice la anciana antes de cogernos a ambos por los brazos y guiarnos por el gentío—. Tenemos mucho de qué hablar.

Capítulo 18

Nos lleva a una tienda llena de un olor a especias y talismánes exóticos. El ambiente es denso, impregnado del aroma a incienso y hierbas aromáticas. Un sinfín de objetos cuelgan del techo y se apilan en las estanterías, creando una atmósfera misteriosa y fascinante.

Mairi nos conduce hasta el fondo de la tienda, donde hay una pequeña mesa redonda con dos sillas. Nos indica que nos sentemos y luego se sienta frente a nosotros, con una sonrisa enigmática en el rostro.

—Vaya —exclama Kat a mi lado—. Cada vez te lo montas mejor, pareces una bruja de verdad —dice entre risas.

Pero su abuela no se ríe. Y yo tampoco.

—Katherine, burlarte de mi don no hará que el tuyo desaparezca —la reprende, y yo la miro sorprendido.

¿Kat tiene un don?

Ella pone los ojos en blanco y se inclina hacia mí para susurrar:

—Está convencida de que soy una bruja como ella.

Mairi no responde al comentario, en vez de eso enfoca su atención en mí.

—No sé por qué a los MacLeod les gusta tanto viajar, pero algo me dice que tú, al igual que tu hermano, no tienes ninguna intención de volver.

Me quedo sin palabras. No, lo cierto es que no tengo ninguna intención de volver.

—El pasado te persigue, Lachlan —dice Mairi, con una mirada penetrante—. No puedes escapar de él. Pero puedes aprender a controlarlo, dejarlo atrás.

Pero ya lo he hecho, ahora que sé que Ewan y Anna están bien ya no hay nada que me atormenta.

—¿Estás seguro? —dice la mujer, como si hubiera escuchado mis pensamientos—. Todavía te queda algo por hacer antes de poder encontrar la paz entre nosotros. Si no, tu alma estará dividida, y el pasado podría volver a llamarte sin previo aviso.

Abro y cierro la boca, sin saber muy bien qué decir. Entonces miro a Kat, quien, a pesar de aparentar desinterés, me observa con una mezcla de curiosidad y preocupación. Tal vez sepa más de lo que aparenta. Algo que ni ella misma se atreve a creer. Puede que ya intuya mi origen, esperando solo a que yo se lo confirme.

—Cuéntale tu historia, Lachlan —dice Mairi con suavidad—. No tengas miedo. La verdad te hará libre.

Me miro a los ojos de Kat, y en ellos veo reflejada la misma curiosidad y preocupación. Sé que no puedo seguir ocultándole la verdad. Es hora de que ella conozca al verdadero Lachlan MacLeod.

Tomo aire hondo y comienzo a hablar, relatando desde la llegada de Anna a nuestro tiempo, la dolorosa pérdida de mi sobrino, cómo me recluí huyendo de los malechores y de mi propia culpa. Le hablo de mi viaje en el tiempo.

Se lo cuento todo, hablo durante un buen rato sin detenerme. Las palabras me salen solas, como si hubiera abierto un canal de emociones que ahora no puedo contener. La historia fluye con naturalidad, sin rodeos ni secretos. Kat me escucha con atención, sus ojos se abren de par en par a medida que avanzo en mi relato. No sé si cree todo lo que digo, pero puedo sentir que algo dentro de ella está cambiando.

Finalmente, le hablo de mis sueños. Le confieso cómo su rostro aparecía noche tras noche, atormentándome con su presencia intangible. Le describo la extraña sensación que me invadía cada vez que la veía en mis sueños, como si una fuerza invisible me atrajera hacia ella. Y le relato la sorpresa que me llevé al verla en aquel coche, conduciendo por las calles de Edimburgo, como si fuera una aparición fantasmal.

Le hablo de la necesidad imperiosa que sentí de conocerla, de descubrir quién era esa mujer que había invadido mis sueños sin siquiera haberla visto. Una fuerza irresistible me empujaba a buscarla, a desentrañar el misterio que la rodeaba. Porque en lo más profundo de mi ser, algo me decía que mi lugar estaba junto a ella.

Y ahora, tras reencontrarme con mi hermano y confirmar mis sentimientos por Kat, la certeza se ha apoderado de mí: mi destino está entrelazado con el de ella. Es como si una brújula interior me guiara hacia su lado, indicándome el camino hacia la felicidad que tanto he anhelado.

Cuando termino mi relato, Kat me mira con una expresión que no puedo descifrar. Sus ojos, antes llenos de curiosidad, ahora parecen nublados por la confusión y la duda. Un silencio incómodo se instala entre nosotros, cargado de una tensión palpable.

Intento leer sus pensamientos, buscar alguna pista en su rostro que me revele lo que está pasando por su mente. Pero ella permanece impassible, con la mirada perdida en algún punto lejano.

—¿Qué piensas? —pregunto finalmente, incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo.

Kat parpadea, como si despertara de un trance, y me mira directamente a los ojos. Su mirada es profunda, penetrante, como si intentara ver hasta el fondo de mi alma.

—Todo esto es tan extraño, tan irreal —dice finalmente, con voz apenas audible.

Un nudo se forma en mi garganta.

—Tienes que creerme —suplico—, todo lo que he dicho es cierto y...

Ella me mira con recelo, sus ojos llenos de dudas.

—Eso es lo que más me preocupa —dice entonces, su voz cargada de desconfianza—. Hemos trabajado juntos durante meses. Has tenido infinitas oportunidades para contarme la verdad.

—Quería hacerlo, te lo juro —respondo con vehemencia—. Pero no sabía cómo reaccionarías. No quería que pensaras que estoy loco, ni perder tu amistad.

Kat se levanta de la silla de golpe, su rostro enrojecido por la ira.

—¡Me abrí a ti, Lachlan! ¡Te conté mis secretos más profundos, mis miedos más íntimos! —exclama con amargura—. Y lo único que obtenía como respuesta cuando te preguntaba por tu pasado, eran evasivas y medias verdades. ¡Y ahora me vienes con esta historia increíble de que eres del pasado, que soñabas conmigo y que te acercaste a mí por obligación!

—No, bueno, sí —tartamudeo, sin saber qué decir—. Pero eso no significa que no sea real.

—¡Ayer me dijiste que me querías! —me reprocha—. Pero no es verdad, estás enamorado de la idea que tienes de mí. Crees que soy algo así como tu salvadora...

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. No esperaba esta reacción tan visceral. Sinceramente, había esperado que me creyera, que comprendiera la inexplicable conexión que siento con ella.

—Kat, por favor, escúchame —suplico, tomando sus manos entre las mías con desesperación—. Esto no cambia nada. Mis sentimientos por ti son reales, te lo juro.

Pero ella se aparta de mí con brusquedad, sus ojos llenos de lágrimas y rabia.

—No, esto lo cambia todo —escupe—. Sabía que ocultabas algo, pero no creí que... Confiaba en ti, Lachlan. No puedo creer que me hayas mentado.

No, no. Esto no está saliendo como yo lo imaginaba. Sin embargo, tampoco creo que su reacción sea lógica.

—¿Sabes qué? Creo que estás utilizando esto como excusa para alejarte de mí —digo, con voz firme a pesar del temblor que siento en mi interior—. Te asustaste cuando te dije lo que sentía. ¿Y sabes por qué? Porque tú también lo sientes. No estás furiosa por esto, me cuesta mucho creer que sea así de verdad.

—Tú no sabes nada de mí —responde con voz ronca.

—No, sí que lo sé —insisto, con la determinación de hacerla entender—. No conocía el amor hasta que conocí a Anna. Lo que ella tiene con mi hermano es tan puro, tan real... Y cuando te conocí a ti creí sentirlo también, esa conexión extraña e inusual que me atraía hacia ti como un imán. Pero estaba solo, eras la única persona a mi lado, y podría haber confundido mis sentimientos. Pero ahora lo sé seguro, Kat. Lo que hay entre nosotros es mágico, algo único que no puedo negar. No puedes decirme que no lo sientes tú también.

—No sé de qué me hablas —gruñe, intentando ocultar el temblor de su voz.

Me acerco a ella y la miro a los ojos, buscando un destello de reconocimiento, una señal de que ella también siente lo mismo.

—Mírame, Kat —le digo con suavidad, tomando su rostro entre mis manos—. No puedes negar la conexión que tenemos. La has sentido tanto como yo.

Ella aparta la mirada, incapaz de soportar la intensidad de mis palabras. Sus ojos se llenan de lágrimas y su voz tiembla cuando murmura:

—Yo no siento nada —dice antes de darse la vuelta y marcharse de la tienda, dejando un vacío en mi interior que solo ella puede llenar.

La acalorada discusión con Kat se apaga de golpe, dejando en su lugar un silencio gélido que cala hasta mis huesos. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y solo entonces me percató de la presencia de Mairi, observándonos desde el otro lado de la mesa con una mirada serena.

—Siento que haya tenido que presenciar esto, señora Abernethy —murmuro, deslizándome en la silla como un títere sin hilos.

Mairi se acerca con pasos lentos, su figura esbelta y frágil se mueve con una gracia que contrasta con la tormenta que acaba de azotar mi alma. Se detiene frente a mí y posa su mano huesuda sobre la mía, transmitiéndome una calidez que penetra en mi corazón.

—Katherine es una mujer fuerte, Lachlan —dice con voz suave y comprensiva—. Pero la vida la ha obligado a crecer a marchas forzadas, a construir un muro alrededor de su corazón para protegerse del dolor. Esperaba que al escuchar tu historia, al comprender la naturaleza de tu conexión, aceptara sus sentimientos hacia ti. Lo siento, no ha salido como esperaba.

Un rayo de esperanza se abre paso entre las nubes de desolación que nublan mi mente. ¿Es posible que Mairi tenga razón? ¿Que Kat me ame, a pesar de todo lo que ha pasado?

—¿Entonces es cierto? —pregunto con voz temblorosa, levantando la vista hacia sus ojos—. ¿Ella me quiere?

Mairi sonríe con una sabiduría ancestral que solo se adquiere con el paso de los años.

—Cada viajero del tiempo debe encontrar su propio camino, Lachlan —dice—. Cada historia es única, cada destino está escrito con tinta invisible. Pero hay un factor común que nos une a todos: el amor. El destino de tu hermano era Anna, y el tuyo es Katherine. Ella lo sabe, en el fondo de su corazón, aunque aún no lo acepta. Supo quién eras desde el momento en que te vio, supo que vuestras vidas estaban entrelazadas. Mi nieta tiene mi don, aunque no tan desarrollado, claro.

Sus palabras me dan un nuevo impulso, una fuerza que no sabía que poseía. No puedo

rendirme ahora, no cuando Kat me necesita tanto como yo la necesito a ella. Debo encontrar la manera de llegar a su corazón, de derribar los muros que ha construido a su alrededor y hacerle ver la verdad.

—No me daré por vencido —afirmo con determinación, levantándome de la silla con una renovada energía—. Encontraré la manera de que Kat acepte nuestros sentimientos.

Mairi asiente con la cabeza, sus ojos brillan con una luz cálida y comprensiva.

—Te deseo lo mejor, Lachlan MacLeod —dice, su voz cargada de afecto—. Y bienvenido al presente.

Capítulo 19

Los últimos días de los Juegos de Escocia transcurren como una lenta agonía. Kat y yo nos movemos como dos fantasmas en la misma habitación, evitando el contacto visual, nuestras palabras reducidas a monosílabos forzados. La tensión entre nosotros es palpable, una corriente invisible que electrifica el aire y nos ahoga en un silencio incómodo.

El regreso a Edimburgo no hace más que intensificar la situación. La ciudad, que antes rebosaba de vida y alegría, ahora se siente fría y hostil. Cada calle, cada monumento, cada rincón nos recuerda la conexión que habíamos compartido y que ahora parece haberse desvanecido como un sueño fugaz.

Intento acercarme a Kat, hablar con ella, explicarle mis sentimientos, pero ella se aleja como si fuera un animal herido. Sus ojos, antes llenos de vida y pasión, ahora están opacos y distantes. Me siento impotente, incapaz de romper la barrera que ella ha construido a su alrededor.

Con el corazón roto y el alma en pena, decido tomarme unas vacaciones para alejarme de Edimburgo y buscar un poco de paz interior. Emprendo un viaje hacia el norte, hacia las Highlands, donde la naturaleza me abraza con su belleza salvaje y me ofrece un refugio para mi dolor.

En Inverness, me encuentro con mi hermano Ewan y su esposa Anna. Ellos, con su calidez y comprensión, me brindan el consuelo que tanto necesito. Me reciben en su acogedora casa, donde el aroma a té recién hecho y galletas caseras me envuelve en una atmósfera de hogar.

Les cuento lo sucedido con Kat, la revelación de mi origen, su reacción y la desoladora realidad en la que nos encontramos. Ewan me escucha con atención, su rostro surcado por la preocupación.

—Entiendo tu dolor, Lachlan —dice finalmente—. Pero no puedes rendirte. Katherine te ama, eso es evidente. Solo está confundida y asustada.

Anna asiente con la cabeza, sus ojos llenos de compasión.

—A veces, el amor necesita tiempo y paciencia para florecer —afirma entrelazando su mano con la de Ewan—. Deja que procese lo que ha sucedido. Y mientras tanto, disfruta de este tiempo con tu hermano y conmigo. Te hará bien.

Sus palabras me reconfortan, como un bálsamo para mi alma herida. Acepto su consejo y decido pasar unos días con ellos, disfrutando de la belleza de las Highlands y de su compañía.

Los días transcurren entre paseos por la montaña, picnics junto al lago y largas conversaciones junto a la chimenea. Ewan y Anna me muestran los rincones más secretos de la región, lugares llenos de magia y encanto que me ayudan a olvidar por un momento mis penas.

Una tarde, mientras caminamos por un sendero rodeado de árboles frondosos, Ewan me detiene y me mira con seriedad.

—Lachlan —dice—, sé que estás pasando por un momento difícil, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. Lo que sea que necesites, solo tienes que pedirlo.

Lo abrazo con fuerza, agradecido por su apoyo incondicional. Su amistad y la de Anna son un faro de luz en medio de la oscuridad que me rodea.

En las noches, cuando la luna llena ilumina el cielo estrellado, me quedo solo en mi habitación, pensando en Kat. La extraño con una intensidad que me duele en el pecho. Cierro los ojos y puedo sentir su presencia, su calor, el roce de sus labios en los míos.

No puedo permitirme seguir así, atrapado en este torbellino de emociones. Es hora de tomar

una decisión. Al día siguiente, me despido de Ewan y Anna con un abrazo cargado de gratitud, y les prometo que volveré pronto para visitarles antes de que nazca su bebé, un pequeño ser que llenará sus vidas de alegría y amor.

No me dirijo a la taberna, mi hogar en Edimburgo. Por suerte, Kat no me ha despedido del trabajo y sigue permitiéndome dormir en la habitación encima del pub. En cambio, mis pies me llevan instintivamente hacia su casa, guiados por una fuerza invisible que me impulsa a buscarla.

Cuando llego, la noche ha caído sobre la ciudad, envolviéndola en un manto de oscuridad. La lluvia cae con fuerza, golpeando las calles adoquinadas con un ritmo incesante. Una tenue luz brilla en una de las ventanas de la casa, indicándome que está dentro. Me acerco con el corazón palpitando con una mezcla de nerviosismo y esperanza.

Me detengo frente a la puerta, observando la luz que se filtra a través de la ventana. Imagino a Kat en el interior, tal vez leyendo un libro, tal vez perdida en sus pensamientos, tal vez anhelando mi presencia tanto como yo la anhelo a ella.

Tomo aire hondo y toco la puerta con suavidad. Espero unos segundos, y enseguida escucho los pasos acercarse. Un instante después, la puerta se abre lentamente, revelando su figura. Sus ojos, enmarcados por el cabello dorado que cae sobre sus hombros, me miran con una mezcla de sorpresa y recelo.

—Lachlan —murmura su voz, apenas un susurro.

La lluvia continúa cayendo con fuerza, creando una cortina líquida que nos separa del resto del mundo. El silencio es denso, cargado de una tensión palpable. No sé qué decir, ni cómo actuar. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mientras mis ojos recorren su rostro buscando alguna señal que me indique sus sentimientos.

El tiempo parece dilatarse, cada segundo se convierte en una eternidad. Finalmente, decido romper el silencio, sin importar las consecuencias.

—Estoy enamorado de ti —digo sin rodeos, dejando que mis palabras salgan sin filtro, movidas por la fuerza de mis emociones—. Te dije que podía aceptar que tú no me quisieras, pero ya no puedo más. Tú también me quieres, admítelo.

Sus labios se abren y cierran como si quisiera decir algo, pero no encuentra las palabras. Su mirada se clava en el suelo, evitando la mía.

—Lachlan... —comienza, su voz apenas audible.

—¡Admítelo! —gruño en voz grave, sin poder contener el dolor que me carcome—. Necesito que lo admitas porque me voy a volver loco. Lo único que puedo hacer es pensar en ti, en tus labios, en la suavidad de tu piel, en el sonido de tu risa. Sé que lo que tenemos es algo real, algo único. Es imposible que tú no lo sientas también.

La miro con intensidad, esperando su respuesta. No puedo soportar más esta agonía.

—Eres del pasado, no perteneces a este tiempo —dice entonces ella, su voz apenas audible, rota por la emoción—. No puedo... Si tu...

Y algo en mi interior comprende lo que quiere decir. El miedo a lo desconocido, la incertidumbre del futuro, la carga de un pasado que la atormenta.

—No voy a marcharme, voy a quedarme aquí —afirmo con rotundidad, con la fuerza de la convicción—. Con mi familia, contigo.

Ella me mira, sus ojos verdes ahora al borde de las lágrimas, llenos de una mezcla de sorpresa, esperanza y temor. Se acerca a mí bajo la lluvia, va descalza y lleva muy poca ropa para el frío que hace. Pero no parece importarle lo más mínimo.

—Repítelo —me pide entonces, su voz apenas un susurro.

—Te quiero y no me voy a ir a ninguna parte —prometo con la mano en el corazón.

Entonces, sin previo aviso, me besa. Bajo la lluvia, ambos empapados, sus labios son una mezcla de dulzura y desesperación. La cojo en volandas, sintiendo su cuerpo temblar mientras Kat envuelve sus piernas alrededor de mi tronco. La lluvia sigue cayendo, pero ya no importa. Con ella en mis brazos, entro en la casa, buscando el calor y la intimidad que tanto necesitamos.

Cierro la puerta tras de nosotros, y sin dejar de besarla, empiezo a desvestirla. La lluvia ha empapado su ropa, haciendo que se adhiera a su piel como una segunda capa. Deslizo mis manos bajo su camiseta mojada, levantándola y sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos. Kat gime suavemente, sus labios temblando contra los míos.

La dejo caer suavemente sobre el sofá, mis labios recorriendo su cuello, saboreando las gotas de lluvia en su piel. Sus manos buscan ansiosamente el borde de mi camisa, tirando de ella hasta que se la quito y la arrojo al suelo. Sus pechos, apenas cubiertos por un sostén empapado, suben y bajan rápidamente con cada respiración.

—Cómo te he añorado —murmuro contra su cuello, mis manos deslizándose hacia abajo, explorando cada curva de su cuerpo.

—Yo también a ti —responde ella, su voz cargada de lujuria.

Mis manos viajan hasta el borde de sus pantaloncitos, deshaciéndome de ellos lentamente mientras mis dedos acarician la piel suave de sus muslos. Kat arquea la espalda, presionándose más contra mí, buscando más contacto. Desabrocho su sostén con un movimiento rápido, liberando sus pechos que se levantan firmes y expectantes. Mis labios se posan sobre uno de ellos, lamiendo y chupando suavemente, mientras mis manos continúan su exploración.

Kat gime mi nombre, sus uñas clavándose en mi espalda mientras yo la llevo al borde de la locura con cada caricia, con cada beso. Finalmente, la desnudo por completo, sus piernas abiertas para mí. Me deslizo entre ellas, sintiendo su calor, su deseo palpable.

—Admítelo —le pido, mi voz llena de necesidad.

—Te quiero, Lachlan. Yo también estoy enamorada de ti —responde, su voz cargada de emoción y deseo.

La penetro lentamente, sintiendo cómo se arquea hacia mí, cómo sus músculos se tensan alrededor de mí. Nos movemos juntos, cada embate un reflejo de nuestro deseo, cada movimiento una declaración de amor y pasión. Sus gemidos llenan la habitación, un canto de placer que me impulsa a ir más profundo, a moverme más rápido.

Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada centímetro de piel ardiente. La veo retorcerse de placer, su rostro contorsionado en una expresión de éxtasis puro. Sus pechos se mueven con cada empuje, y su boca se abre en un gemido ahogado que se mezcla con el ritmo de nuestros movimientos.

Kat se aferra a mí con fuerza, sus piernas apretándome mientras siento cómo su cuerpo se prepara para el clímax. La velocidad de nuestros movimientos aumenta, la intensidad creciendo a cada segundo. Puedo ver cómo sus ojos se nublan de placer, su piel brillando con una fina capa de sudor.

—Lachlan... —gime, su voz quebrándose por la intensidad del momento.

Nos acercamos juntos al borde, nuestros cuerpos sincronizados en una danza frenética y desenfadada. El mundo parece desvanecerse, dejando solo el latido frenético de nuestros corazones y el éxtasis compartido.

Kat alcanza el orgasmo primero, su cuerpo temblando violentamente bajo el mío, sus gemidos llenando la habitación. La sigo de cerca, dejándome llevar por la ola de placer que ella desata en mí. Nos quedamos así, unidos, nuestras respiraciones pesadas y entrecortadas llenando el aire.

—Lo sabía —susurro contra sus labios, sin darle tiempo a recomponerse—. Sabía que no

podía estar imaginándomelo.

Ella se ríe, un sonido melodioso que me hace vibrar por dentro.

—Es difícil admitir que te has enamorado de un viejo de 200 años —dice con un tono juguetón, mordiéndome el labio inferior con suavidad.

—Bueno, creo que me conservo bastante bien —respondo con una sonrisa pícaro, mientras la acerco más a mi cuerpo.

Kat suspira, y puedo sentir su cuerpo relajarse entre mis brazos. Me refugio en su aroma, una fragancia que me embriaga y me hace sentir en casa.

—Entonces, ¿me prometes que no volverás? —pregunta, su voz teñida de preocupación.

La miro a los ojos, esos ojos verdes que me han robado el corazón. En ellos veo el reflejo de mi propio amor, un amor puro y verdadero que trasciende el tiempo y las barreras de lo imposible.

—Mi lugar está contigo, Kat —afirmo con rotundidad—. Sólo contigo.

Ella sonríe, una sonrisa radiante que ilumina su rostro como un sol. Se acurruca en mi pecho, buscando mi calor, y yo la abrazo con fuerza, sintiendo que por fin he encontrado mi hogar, mi destino.

En ese instante, bajo la lluvia que cae como una bendición del cielo, sé que lo he logrado. He redimido mis errores, he pagado mis deudas con el pasado y ahora tengo otra oportunidad para ser feliz.

Capítulo 20

Kat duerme a mi lado, su respiración tranquila y acompasada me llena de paz. La miro con ternura, admirando su belleza, incluso dormida.

Han pasado ya varios meses desde aquella noche bajo la lluvia, cuando me enfrenté a sus sentimientos y le profesé mi amor eterno. Desde entonces, la vida no ha hecho más que sonreírnos.

Me mudé con ella a su pequeña casa, ya no vivo en la mugrienta habitación de la taberna.

El local se ha convertido en el corazón del pueblo. La gente viene a disfrutar de la buena música, la cerveza fresca y la deliciosa comida que Kat prepara con tanto amor. Yo me encargo de la barra, sirviendo bebidas y charlando con los clientes. Me encanta escuchar sus historias, sus penas y sus alegrías. Me hacen sentir parte de este mundo, de este tiempo que no es el mío, pero que ahora comparto con Kat.

Su padre sigue en la cárcel, cumpliendo condena por sus crímenes. Kat lo visita de vez en cuando, pero no es fácil para ella. Sin embargo, es fuerte y valiente, y sé que con el tiempo conseguirá superar el dolor que le ha causado.

Yo también he cambiado. He aprendido a vivir en el presente, a disfrutar de cada momento junto a Kat. He dejado atrás los fantasmas del pasado, las culpas y los remordimientos. Ahora solo miro hacia el futuro, un futuro lleno de esperanza.

Y no solo eso. Ewan y yo también hemos tomado una decisión importante. El anillo que utilizamos para viajar en el tiempo desapareció sin rastro tras nuestros viajes, dejando solo el que Anna encontró en el presente. Tras reflexionar sobre lo ocurrido, hemos decidido fundir este último anillo para evitar que algo similar vuelva a pasarnos en el futuro.

Cada mañana, cuando me despierto junto a Kat y la veo sonreír, sé que he tomado la mejor decisión de mi vida. Juntos, hemos encontrado la felicidad que tanto buscábamos.

Un llanto desgarrador la despierta de golpe. Y yo, con manos suaves, acaricio su cabello intentando calmar su sobresalto. Bajamos las escaleras, donde nos encontramos con Ewan y Anna acunando a su bebé, tratando de calmarlo en vano. Me acerco a ellos, notando el visible agotamiento en sus rostros, y extendiendo mis brazos, invitándolos a que me den a la criatura. Lo tomo entre mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpecito contra mi pecho. Le susurro palabras en gaélico, una lengua que hace tiempo no uso, pero que fluye con naturalidad cuando se trata de mi sobrino.

—Vamos, pequeño —le digo con voz suave mientras siento cómo se adormece en mis brazos—. Llevas mi segundo nombre por algo. No nos dejes en evidencia, ¿vale? —le pido con una sonrisa.

El bebé se acurruca en mis brazos, sus ojos se cierran lentamente y se duerme entre arrullos y palabras de cariño. Harry Lachlan MacLeod Thompson. Es el nombre que Ewan y Anna han elegido en mi honor, algo que me llena de emoción cada vez que lo pienso.

Les hago un gesto para que se vayan a dormir, asegurándoles que me quedo con él. Kat se acurruca a mi lado, observando la escena con una sonrisa tierna. Hemos venido a Inverness unos días para visitarlos y ayudarles con el recién nacido, y la experiencia ha sido aún más gratificante de lo que imaginábamos.

El pequeño duerme plácidamente en mis brazos, su respiración suave y regular me llena de paz. Lo miro con fascinación, sintiendo una oleada de ternura hacia este ser tan pequeño e

indefenso. Una fina mata de pelo pelirrojo, como un halo de fuego, cubre su cabecita, un rasgo inconfundible de su herencia MacLeod. Es increíble pensar que solo lleva unos días en el mundo, y ya ha llenado nuestras vidas de una alegría inmensa.

Cuando me aseguro de que el pequeño Harry ha sucumbido al sueño más profundo, lo dejo con cuidado en una pequeña cuna que hay en el comedor. Me quedo a su lado, observándolo dormir, fascinado por la paz y la serenidad que emanan de su diminuto cuerpo.

Me vuelvo para mirar a Kat, quien observa al niño con una expresión que no consigo entender.

—¿Qué ocurre? —digo preocupado.

Ella sacude la cabeza, como si hubiera despertado de un trance. Su expresión se suaviza y se acerca a nosotros.

—Nada. Es precioso, ¿verdad? —susurra Kat a mi lado, mientras acaricia suavemente la mejilla del bebé.

—Sí, lo es —respondo, sintiendo una oleada de orgullo y ternura hacia mi sobrino. Es como si una parte de mí latiera en ese pequeño ser, una conexión de sangre que me llena de emoción.

Un silencio cómodo se instala entre nosotros, roto solo por la suave respiración de Harry. De repente, Kat me mira con una expresión pícara en sus ojos, sus labios dibujando una sonrisa traviesa.

—Sería maravilloso tener uno propio —dice, sus ojos brillando con una chispa de ilusión que me deja sin aliento.

La idea de tener un hijo con Kat me llena de una alegría indescriptible. Siempre he soñado con formar una familia, y ahora, por fin, tengo la oportunidad de hacerlo realidad con la mujer que amo.

—¿Lo dices en serio? —pregunto, sintiendo que mi corazón late con fuerza en mi pecho—. Lo has dicho como si fuéramos a adoptar un perrito.

Ella reprime una carcajada, contagiándome su alegría.

—No seas tonto, Lachlan —dice, acariciando mi mejilla con ternura—. —Solo digo que tenemos buena mano con los bebés y que podría estar bien tener uno propio. Uno que se pareciera a ti, con esos ojos grises que tanto me enamoran, y a mí, claro. Por no hablar de lo divertido que va a ser crearlo.

Sus palabras me provocan una carcajada espontánea, pero en el fondo sé que tiene razón. La idea de crear juntos un nuevo capítulo en nuestras vidas, uno rebosante de amor y risas compartidas, me llena de una emoción indescriptible. Mis latidos se aceleran como un tambor salvaje, resonando en mi pecho con una intensidad electrizante.

—¿Entonces, a qué esperamos? —pregunto, inclinándome para robarle un beso apasionado. Sin embargo, me aparto un instante y la observo con una sonrisa traviesa dibujada en mis labios—. Ah, ya lo sé —digo, guiñándole un ojo con picardía.

Sin perder tiempo, me alejo de su lado y corro hacia la habitación, rebuscando entre mis pertenencias hasta encontrar lo que buscaba. Mi corazón, como un pájaro enjaulado, palpita con fuerza en mi pecho mientras regreso con Kat, que me mira como si me hubiera vuelto loco. Y tal vez lo esté.

Me arrodillo frente a ella, con las manos temblorosas por la emoción que me embarga. En mis manos, sostengo el anillo que he estado guardando durante semanas, esperando el momento perfecto para revelarlo.

—Ay, mi madre —susurra ella, llevándose las manos a la cabeza al comprender la situación.

—Katherine Abernathy —comienzo, mi voz temblorosa por la emoción—, ¿te casarías

conmigo?

Ella se ríe entre lágrimas, sus ojos brillando con una intensidad que me deja sin aliento. Sin dudarle un instante, se arrodilla a mi lado, tomando mi rostro entre sus manos.

—Cariño, hace un instante te he pedido formar una familia juntos —dice con voz entrecortada por la emoción—. Por supuesto que me casaré contigo.

Se lanza a mis brazos con la fuerza de un huracán, estrellando su cuerpo contra el mío en un abrazo que consume todo el aire a nuestro alrededor. Puedo sentir su corazón latiendo a ritmo desenfrenado contra mi pecho, como un tambor tribal celebrando nuestra victoria sobre el pasado. Sus besos, húmedos y salados por las lágrimas, recorren mi rostro con una pasión arrolladora que enciende cada fibra de mi ser.

Nos separamos del abrazo, pero nuestros cuerpos permanecen unidos por una invisible red de deseo y complicidad. Katherine se seca las lágrimas con una sonrisa radiante que ilumina su rostro como un sol naciente. Sus ojos, enmarcados por sus pestañas húmedas, me miran con una intensidad que me deja sin aliento.

—¿Y ahora qué? —pregunta con un toque de picardía en la voz, su tono cargado de una mezcla de emoción y travesura.

Me río, contagiado por su contagiosa alegría. Un torrente de felicidad recorre mi cuerpo, calentándolo desde dentro hacia afuera.

—Ahora, mi amor, ahora comienza el resto de nuestras vidas —respondo con voz ronca por la emoción.

La tomo entre mis brazos y la beso con una pasión que solo ella puede despertar en mí. Un beso lleno de promesas, de sueños compartidos, de un futuro radiante que se extiende ante nosotros como un lienzo en blanco.

Sus labios rozan los míos, y un fuego recorre mi cuerpo como una ola de calor. En su abrazo, me siento acunado, protegido, como si finalmente hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

Y entonces sé que mi vida ha cambiado para siempre.